





## JORNADAS 167



HISTORIA DE  
LATINOAMÉRICA  
Desde las primeras culturas  
hasta el presente

*Stefan Rinke*

*Traducción de Enrique G. de la G.*



EL COLEGIO DE MÉXICO

980

R582h

Rinke, Stefan H., 1965-

Historia de Latinoamérica : desde las primeras culturas hasta el presente / Stefan Rinke ; traducción de Enrique José García de la Garza. – 1a ed. – México, D.F. ; El Colegio de México, 2016

183 p. ; 17 cm. – (Jornadas ; 167).

ISBN 978-607-462-858-6

1. América Latina – Historia. I. García de la Garza, Enrique José, tr. II. t. III. ser.

La primera edición de este libro apareció en 2010

Segunda edición actualizada: 2014

Primera edición en español, 2016

D.R. © El Colegio de México, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-858-6

Impreso en México

## ÍNDICE

Prefacio	9
Orígenes y culturas antiguas (hasta 900 d.C. aproximadamente)	11
Culturas indígenas hasta el contacto con los europeos (900-1540 aproximadamente)	23
Descubrimiento, conquista y erección de los reinos coloniales (1492-1570)	33
Consolidación y reforma de los siglos xvii y xviii	55
Itinerarios revolucionarios hacia la independencia (1760-1830)	75
Conformación de las naciones e integración del mercado mundial (1830-1910)	95
Nacionalismo y crisis global (1910-1945)	119

Democracias y dictaduras bajo la sombra de la Guerra Fría (1945-1990)	137
Los retos de la nueva globalización	157
Datos básicos sobre la historia latinoamericana	167
Selección bibliográfica	175
Registro onomástico	181

## PREFACIO

El descubrimiento de un nuevo mundo —para los europeos— es el origen de la “modernidad” y el inicio de una globalización que, entre tanto, se ha precipitado e intensificado enormemente. En la época de los descubrimientos, Latinoamérica fue la “primera América”. Fue la columna de los primeros reinos coloniales europeos y la intersección de grandiosas corrientes humanas y comerciales de cuatro continentes. Pero no sólo los “descubridores” europeos confeccionaron la historia de Latinoamérica sino también los habitantes originales, a quienes encontraron en ocasiones de modo pacífico, pero casi siempre de manera violenta. Esto es válido también para los numerosos africanos y asiáticos que fueron transportados a Latinoamérica como esclavos o que llegaron en busca de trabajo. Los ancestros de las personas que conoció Cristóbal Colón se habían establecido en aquellas tierras miles de años atrás, habían desarrollado diversas formas de vida, y así continuaron tras la conquista, a pesar de todos los auspicios de mal agüero que presagiaban su “desaparición”. Hoy, en la era de la nueva globalización y tras 200 años de independencia de muchos países de la región —su bicentenario—, Latinoamérica

sigue siendo un foco y un laboratorio de desarrollo, que se extiende más allá del continente.

Cualquier historia de Latinoamérica desde los orígenes de los asentamientos humanos hasta la época presente en un formato como el referido puede señalar tan sólo los lineamientos de desarrollo centrales y debe prescindir de muchos aspectos importantes. Así, por ejemplo, únicamente se esbozará a las culturas precolombinas a continuación. El lector informado descubrirá lagunas, que tampoco pudieron evitarse en la segunda edición del libro. Este ensayo aspira a presentar los trazos básicos de la historia latinoamericana y a posibilitar una orientación, ni más ni menos.

Berlín, abril de 2014.

*Stefan Rinke*

## ORÍGENES Y CULTURAS ANTIGUAS (HASTA 900 D.C. APROXIMADAMENTE)

América es la región de las migraciones. Hoy es válido asegurar que fueron los primeros hombres quienes emigraron hacia aquel nuevo mundo, puesto que ahí se han encontrado tan sólo restos de *homo sapiens*. Cuándo se efectuaron las migraciones, desde dónde y por qué ruta se desplazaron son preguntas que aún se debaten científicamente. La mayoría acepta la tesis según la cual la migración se realizó en la época de las glaciaciones a través de un puente terrestre en el mar de Bering desde Siberia hasta Alaska. Durante mucho tiempo se consideró la prueba más antigua de presencia humana el hallazgo arqueológico de las puntas de flecha encontradas alrededor de Clovis, en el actual Nuevo México, que se ha comprobado que datan de 11 500 a.C. Si esto fue así, grupos de migrantes se desplazaron posteriormente con bastante rapidez hacia el sur, de manera que en los siguientes 1 000 años alcanzaron Tierra de Fuego.

Esta dispersión relativamente veloz por la superficie del doble continente provocó dudas entre los especialistas. Desde 1997 se ha impuesto la teoría pre-Clovis, cuyos defensores habían afirmado ya desde hacía décadas que el primer

asentamiento debió de efectuarse mucho antes, pero carecían de indicios concretos. Con la datación del hallazgo en Monte Verde, Chile, de 12 500 a.C. se han desvanecido las dudas a propósito de esta tesis. Los trabajos en Monte Verde muestran que los cazadores y los recolectores tenían ya la capacidad de establecer un pueblo provisorio con pieles de animales y madera, y de instalar puntos de cocción comunes.

Esto quedó corroborado mediante los hallazgos arqueológicos realizados en Brasil los últimos años. En el norte y en el noreste de Brasil y en el Amazonas hay vestigios con una antigüedad de entre 11 500 y 13 000 años. Como Monte Verde, también éstos se encuentran entre los testigos más antiguos de la presencia humana en el doble continente americano. Los hallazgos de las culturas de Lagoa Santa, que reciben su nombre a partir de los restos encontrados en el actual estado de Minas Gerais, son más jóvenes pero esencialmente más vastos y determinantes; entre ellos destaca el famoso icono brasileño de Luzia, proveniente de Lapa Vermelha, descubierto en 1975.

En su conjunto, los nuevos hallazgos permiten concluir que las migraciones de los primeros hombres a América se efectuaron algunos milenios antes de la cultura de Clovis o que hubo otras rutas migratorias. A propósito de la segunda versión se ha postulado la tesis de que debió haber un desplazamiento a través del mar desde el sudeste asiático y Oceanía. Pero permanece aún irresoluta la cuestión de si los primeros americanos tenían orígenes distintos o si se trató de un único grupo migratorio a partir del cual se desarrollaron, a lo largo de los milenios, las distintas poblaciones y las culturas tan heterogéneas.

Los primeros hombres de América fueron cazadores y recolectores que vivían primordialmente de la megafauna, aunque ésta se extinguió con el final de la era del hielo a partir de 10 000 a.C., aproximadamente. Por lo tanto, se presume que la dieta consistía en primer lugar en carne, pues su obtención entrañaba menos riesgos que la vegetal. Por otro lado, con la caza disminuyó el número de animales, de suerte que los grupos se vieron empujados a nuevos desplazamientos. Hoy se rechaza, en términos generales, la tesis según la cual los hombres podrían ser responsables de la extinción de la megafauna a raíz de su cacería desmedida. La investigación supone que este proceso obedece a consecuencias derivadas del cambio climático y de la vegetación.

Alrededor del año 8000 a.C., Latinoamérica se presentó con sus peculiaridades naturales y geográficas distintas, tal y como la conocemos hoy. Estas condiciones y los hallazgos arqueológicos permiten reconocer básicamente ocho grandes territorios que se prolongan desde el norte hacia el sur, desde Mesoamérica hasta el Cono Sur, pasando por una zona central compuesta por Centroamérica, la parte norte de Sudamérica, el Caribe, el altiplano de los Andes Centrales, los Andes Australes, la tierra baja del trópico y Brasil oriental. En la mayor parte de las regiones se impuso el proceso de sedentarismo, a pesar de que los hallazgos de Monte Verde muestran que, en casos puntuales, ya se había dado. Se ha demostrado que en este periodo existió una amplia gama de herramientas, desde hachas hasta instrumentos de cocina. También se perfeccionaron los métodos de caza. La cacería de mamíferos acuáticos exigió botes que posibilitaron el poblamiento

de islas caribeñas, tales como Trinidad (alrededor de 5000 a.C.), Cuba y La Española (alrededor de 3000 a.C.), que es la isla donde se encuentran actualmente Haití y República Dominicana.

En términos generales se originó una diferenciación de las culturas. A lo largo de la costa se han descubierto asentamientos con cúmulos de conchas que pueden datarse alrededor de 5000 a.C. En esta etapa se efectuó la transición de cazadores a recolectores. Además se intensificó el uso de las plantas comestibles. Si en un principio se recolectaban aún plantas salvajes, pronto se pudo recurrir a las primeras plantas domésticas. Algunos descubrimientos en Mesoamérica y en la región central de los Andes señalan que se trataba de calabaza, chile, aguacate, frijoles y tubérculos. Rara vez es posible señalar con claridad el momento a partir del cual se trata ya de formas culturales. Este problema se presenta, por ejemplo, ante la valoración botánica del hallazgo más antiguo de una planta de maíz en México, alrededor de 5000 a.C. La siembra del maíz, que habría de ser tan importante para las culturas latinoamericanas, se diseminó con relativa velocidad tanto hacia el norte como hacia el sur.

Las primeras manifestaciones de siembra estaban consagradas a completar la dieta. A raíz de la herencia alimenticia de los nómadas de regirse por las estaciones del año, con el transcurso del tiempo se estableció una especie de economía que, mediante la inversión en reservas, permitió una estadía más larga en una misma región. Esto obligó a la constitución de asentamientos con viviendas fijas, de las cuales se han encontrado restos tempranos (de alrededor

del año 3500 a.C.), por ejemplo, en la costa peruana y en Ecuador.

En la zona central de los Andes se comenzó muy tempranamente con la ganadería (llamas y cuyos). Se erigieron edificaciones especiales, posiblemente para propósitos sagrados, que se propagaron en la región durante el tercer milenio antes de nuestra era. La disposición de cementerios señala también la existencia de asentamientos fijos. Respecto de los enterramientos, las momias artificiales de la cultura chinchorra, en el norte del actual Chile (alrededor del año 5000 a.C.), causan particular sensación, puesto que se trata de los ejemplares más antiguos a nivel mundial. Considerando que las innovaciones técnicas, como el trabajo del metal, el tejido y la alfarería, deben datarse en los milenios cuarto y tercero antes de Cristo, y considerando que algunos hallazgos de esta época muestran transacciones comerciales, puede establecerse el nomadismo hasta el año 2000 a.C. En los últimos años, los arqueólogos han encontrado hallazgos especialmente interesantes en la cuenca del Amazonas, que hasta entonces había permanecido poco explorada. En la zona de la costa norte del estado de Maranhão se descubrieron cerámicas que tienen al menos una antigüedad de 5 500 años, quizás incluso de 7 000. Muy probablemente se trate del hallazgo de cerámica más antiguo del continente americano. Quizá también provenga originalmente de la cuenca del Amazonas la yuca, que se plantó por primera vez en el Perú hace unos 4 000 años.

Alrededor de 1800 a.C. se establecieron en la costa peruana sistemas de riego. De esta época proceden los ha-

llazgos más antiguos de cerámica en la zona sur del actual Chiapas, de Guatemala y de la región central de los Andes. En este último contexto se desarrolló decisivamente, durante el segundo milenio antes de la era cristiana, el trabajo del metal como, por ejemplo, la soldadura, la fundición y la aleación. Puede inferirse el aumento de las relaciones comerciales a partir de la multiplicación de distintas técnicas y de plantas útiles. El comercio conformó una base para la edificación de centros religiosos y artísticos, que en las costas y en el altiplano de la región andina pueden encontrarse ya en el siglo IV a.C. De esta manera, en el valle de Casma, a las faldas del cerro Sechín, surgió una temprana arquitectura monumental. A partir del año 1100 a.C., aproximadamente, Chavín de Huántar, en la parte norte de Perú, destacó por su estilo y otorgó su nombre a una cultura, a su arquitectura, a su escultura y cerámica, que dominaron durante mucho tiempo.

Aproximadamente en esa misma época, la cultura de los olmecas desarrolló en Mesoamérica un papel similar al de Chavín en Sudamérica, en términos formativos y de enlace transregional. Los centros ceremoniales más importantes de La Venta, San Lorenzo y Tres Zapotes florecieron en el litoral sur del Golfo de México. Los relieves en piedra y las edificaciones piramidales en dicha región señalan que se trató de un gobierno temprano con relaciones comerciales que llegaban hasta Costa Rica, desde donde se importaban jade y cacao. Los olmecas no sólo idearon un calendario con 260 días, sino también un sistema de escritura.

Cerca de los territorios olmecas, en Guatemala y en los actuales estados de Chiapas y Oaxaca, hubo desarrollos

culturales independientes. Florecieron alrededor del año 400 a.C., con su culmen en Monte Albán, donde se refinó aún más la escritura. Unos 100 años más tarde apareció en Oaxaca el juego de pelota, que, con su carga religiosa, se habría de extender por toda Mesoamérica. Monte Albán alcanzó su apogeo a partir del año 200 después de nuestra era. Durante cinco siglos, la ciudad fue el centro sagrado y político de los zapotecos. Los palacios monumentales y edificios sagrados estaban separados de las zonas residenciales de las clases no privilegiadas. Su periodo clásico se extiende desde el año 200 hasta el 900 de nuestra era.

Más al norte, en la planicie del Anáhuac, competían ya desde el año 200 a.C. las ciudades-estado de Teotihuacan y de Cuicuilco. Gracias al castigo infringido por erupciones volcánicas, Teotihuacan pudo salir victoriosa alrededor del año 150 de nuestra era, y en el lapso de pocos siglos se convirtió en una de las ciudades más grandes del mundo. Sobre una superficie de 20 kilómetros cuadrados vivieron, en su época de esplendor, entre los años 200 y 600, alrededor de 200 000 personas. En un primer momento, la ciudad ganó importancia como centro religioso, de lo que dan testimonio las impresionantes pirámides. Pronto se desplegó una potencia política y económica a raíz del trabajo de la obsidiana. Teotihuacan dominó el espacio mesoamericano y estableció puntos de apoyo y colonias a lo largo de las rutas comerciales importantes. La ciudad atrajo a migrantes de otras regiones, quienes se asentaron en barrios propios. También en esta ciudad, trazada según una retícula, los barrios de la clase alta estaban separados de la masa de la población.

A pesar de que Teotihuacan desplegó una fuerza impresionante, en México hubo espacio para otros centros. Además de Monte Albán, con el que se mantenía un contacto de alianza a pesar de las inmensas diferencias, los otros centros fueron Cholula, cerca de la actual ciudad de Puebla, con su inmensa pirámide del Sol, y El Tajín, en el actual Veracruz. Cuando Monte Albán y Teotihuacan decayeron alrededor del año 700, los centros más pequeños, entre los que deben considerarse Xochicalco y Cacaxtla, pudieron desarrollarse libremente. El reino de Teotihuacan se colapsó 50 años más tarde por influencia de una violencia desconocida, mientras que Monte Albán permaneció como un significativo centro religioso.

En paralelo a estos desarrollos en el área central de México surgieron las culturas mayas clásicas en la parte sur de la península de Yucatán y en ciertas regiones de Centroamérica, donde la población había crecido fuertemente desde el año 250 a.C. Los mayas fundaron numerosas ciudades con pirámides monumentales. En un primer momento erigieron centros bajo la influencia de Teotihuacan, como Tikal y Kaminaljuyú. Se conformaron dinastías de gobernantes y de reyes divinos, que combatieron entre sí. Los sacerdotes cobraron un papel importante gracias a sus conocimientos astronómicos. Los mayas produjeron una escritura jeroglífica muy desarrollada y tallaron estelas con inscripciones que permiten una datación más precisa. El despliegue de poder de las ciudades-estado del periodo clásico, sobre todo de Tikal y de Calakmul, decayó con el derrumbamiento de Teotihuacan. El final relativamente abrupto de las culturas clásicas mayas alrededor del año

900 puede explicarse gracias a factores como la sobrepoblación, problemas ecológicos, catástrofes naturales y el aumento de guerras intestinas y externas.

En el Caribe, en la parte sur de Centroamérica y en las regiones de las actuales Colombia y Venezuela, no hubo configuraciones políticas parecidas durante este periodo. Allí se desarrollaron culturas independientes, aunque con relaciones comerciales con los mayas. Cultivaban la tierra y producían cerámica, pero no crearon arquitectura monumental alguna. Las culturas de Centroamérica descuellan por el trabajo de la piedra, mientras que en Colombia, donde San Agustín constituyó un centro importante, la producción del metal alcanzó altos niveles, como lo demuestra la joyería en oro de la región de Calima. Si Colombia fue una zona de paso de influencias del norte y del sur, Venezuela permaneció al margen. Allí se desarrollaron centros sagrados de menor tamaño, igual que en las Antillas.

Además de Mesoamérica, en el periodo clásico a partir del año 200 a.C., la zona central de los Andes se convirtió en un polo de desarrollo cultural. Al menguar el estilo de Chavín se conformaron en un primer momento numerosas culturas regionales. A lo largo de la costa del actual Ecuador surgieron importantes señoríos que erigieron centros de culto y cuyas artesanías podían compararse con las de Colombia. Las culturas de Bahía y de La Tolita introdujeron novedades técnicas en la manipulación del oro, el cobre y el plomo.

En la costa norte del actual Perú se desarrolló a partir del año 200 de nuestra era la cultura moche sobre la base de un gobierno centralista. Los fuertes trazos de su cerámica

permiten inferir una sociedad poderosa que sacrificaba a los prisioneros. Los moches erigieron en sus centros ceremoniales pirámides construidas con ladrillos de adobe en las que enterraban a sus gobernantes, por ejemplo, al Señor de Sipán o a la Dama de Cao. Dominaban elaborados métodos de siembra con sistemas de riego y de terrazas. Al sur de los moches se estableció la cultura de Lima, como muestra el oráculo de Pachacámac. Más al sur todavía se desarrolló la cultura de Nazca, conocida por sus dibujos sobre la tierra, pero que en términos políticos no fue significativa. Desde una perspectiva técnica, esta fase es importante para la cultura peruana, especialmente por el perfeccionamiento de los tejidos.

En el altiplano, hacia el suroriente del lago Titicaca, Tiahuanaco se convirtió en el centro de una cultura clásica que alcanzó su florecimiento alrededor del año 450. Entre las edificaciones monumentales pueden encontrarse troncos de pirámides, patios hundidos y barrios palaciegos y residenciales. La influencia cultural de Tiahuanaco fue significativamente más importante que la política. Esta ciudad impregnó también la región vecina al norte de Huari, donde se conformó otra urbe mayor a partir del año 650 que desplegó campañas de conquista hacia el norte. Las tropas controlaron los territorios sometidos y la población fue parcialmente desplazada. Mientras que el reino de Huari tuvo una duración de tan sólo dos siglos, Tiahuanaco continuó hasta el año 1000. La influencia de los centros peruanos llegó hasta la parte sur de los Andes, a Chile y a la zona norponiente de Argentina, donde surgieron culturas independientes como El Molle y La Aguada,

que, sin embargo, no alcanzaron el grado de organización de sus vecinos del norte. Esto puede decirse aún con mayor fuerza a propósito de las culturas en la Tierra de Fuego y la Patagonia. Allí siguieron existiendo culturas de cazadores que no practicaban la agricultura, sino que se alimentaban de la caza y la pesca. Algo similar ocurrió en Brasil. A partir del año 500 se multiplicaron los grupos lingüísticos tupi-guaraníes, que expulsaron a otros grupos indígenas de sus territorios. Ejercían la agricultura migratoria y vivían principalmente de la yuca y el maíz. También la pesca desempeñaba un papel importante, por lo que se extendieron a lo largo de los valles y ríos.

Desde las primeras migraciones, los hombres se adentraron a profundidad, cubrieron un inmenso continente con asentamientos casi continuos y se apropiaron de técnicas de supervivencia y destrezas culturales adecuadas para las peculiares condiciones del entorno. Vivieron al margen de la influencia de los acontecimientos en otras zonas del planeta y desarrollaron culturas independientes. Las tesis en favor de los portadores de cultura desde el Viejo Mundo son indemostrables. Los procesos de desarrollo no son lineales sino que se distinguen inmensamente en sus formas de vida. Alrededor del año 900, las diferencias culturales eran ya enormes entre, por ejemplo, un recolector nómada de la Patagonia y un sacerdote en Monte Albán, a pesar de que los dos vivían en el mismo continente.



## CULTURAS INDÍGENAS HASTA EL CONTACTO CON LOS EUROPEOS (900-1540 APROXIMADAMENTE)

Durante mucho tiempo, el periodo que va del año 900 hasta el contacto con los europeos se consideró entre los especialistas como la fase de surgimiento de las “altas culturas”, que alcanzaron su esplendor con el imperio azteca en el norte y el inca en el sur. Esta interpretación estableció un decurso histórico tal que conducía desde los primitivos recolectores, pasando por pequeñas sociedades tribales agrarias y pequeños principados, hasta sociedades estatales “altamente desarrolladas”. Hoy ha sido descartado este planteamiento histórico, que tan sólo se refería a la estructura política y a los logros económicos, sociales y culturales vinculados a ella. Las distintas culturas se reconocen ahora como respuestas independientes a retos específicos.

En conexión con el desarrollo del periodo clásico, a partir del año 900 surgieron ámbitos de señorío con una especialización social avanzada, principalmente en las zonas donde ya antes se había experimentado la irrupción de ciudades-estado. Estas entidades estatales integraban grupos poblacionales étnicamente diferentes en un sistema de clases sociales, en su mayoría con una nobleza hereditaria,

una clase sacerdotal, militares, burócratas, comerciantes, obreros, campesinos y esclavos. Produjeron gobiernos centralizados con sólidas estructuras administrativas y jurídicas. A menudo se confundían el gobierno mundano y el espiritual. El príncipe era también el sacerdote mayor o un ser divino y, con ello, el representante más alto de un culto o de una religión oficial. A esto hay que añadir una economía comparativamente intensa mediante la cual podían alimentarse quienes tenían una profesión diferente al trabajo de la tierra. Estos reinos estaban caracterizados por la división del trabajo, el acceso desigual a los recursos, principalmente a la posesión de tierra, y las complejas relaciones de mercado en el interior y hacia el exterior. Sin embargo, fueron suaves las transiciones cronológicas y espaciales entre los estados y los principados. Sobre este periodo poseemos claramente mejores conocimientos gracias a las fuentes escritas que se conservan.

En la parte central de México debieron pasar casi 250 años después de la caída de Teotihuacan, es decir, alrededor del año 1000, para que muy cerca de allí mismo surgiera una nueva ciudad-estado poderosa, Tollan, la actual Tula, que, por ejemplo, en el trabajo de la obsidiana se aproximaba a su predecesora. Sus habitantes, los toltecas, eran inmigrantes étnicamente heterogéneos. Como muestran las dimensiones monumentales de las edificaciones ceremoniales y de las plazas de armas; las esculturas, y los relieves en piedra, se trataba de una sociedad guerrera que dominaba una extensa red comercial.

En el mismo siglo XI terminó el sanguinario periodo de Tollan, y la ciudad fue víctima de saqueos alrededor del

año 1170. En torno al último gobernante se generó un mito que durante siglos trascendería en distintas versiones: Ce Ácatl, quien supuestamente tomó el rango de dios en una doctrina monoteísta, y quien portaba el título de Quetzalcóatl (“Serpiente Emplumada”), habría abjurado de los hombres y, tras un pecado, que significó la ruina de la ciudad y su purificación, se hizo al mar. La razón real para el hundimiento de Tollan es, de manera similar al caso de las culturas mayas clásicas, una confluencia de problemas ecológicos y de guerras.

En paralelo a Tollan, Oaxaca, continuó su desarrollo en la parte central de México de una manera independiente. En el norte se extendían los pequeños estados mixtecos, cuyos glifos informan acerca de los conflictos que sostuvieron entre sí. Cerca de la actual capital de Oaxaca y no lejos de Monte Albán, Mitla se volvió el centro espiritual de los zapotecas y, más tarde, de los mixtecos que habían emigrado a la región.

También en los territorios de asentamientos mayas se presentaron problemas sociales después del abandono de los sitios clásicos. El centro de las culturas mayas se reubicó hacia el norte, adentrándose en las tierras bajas de la península de Yucatán, donde la ciudad de Chichén Itzá adquirió un papel principal, mientras que el altiplano se atomizó en principados rivales. Hay fragmentos de esta historia descritos en el libro *Popol Vuh*. En todo el territorio maya se observan alrededor del año 1000 invasiones desde el norte que atrajeron hacia Chichén Itzá un intercambio de élites. Algunos especialistas sostienen la tesis de que fueron los toltecas, posiblemente bajo el mando de Quetzalcóatl.

Chichén Itzá se desarrolló entonces hasta convertirse en una capital altamente organizada, donde convergían distintas manifestaciones culturales y que poseía extensas redes comerciales. Hacia el año 1200 perdió su señorío ante la ciudad-estado rival de Mayapán, que se apropió de las estructuras de los conquistados y que dominó la región hasta el año 1500, aproximadamente. A la llegada de los españoles, este reino había decaído también ya, y eran 16 los señoríos que combatían entre sí.

Las agitaciones en el territorio maya están estrechamente relacionadas con los acontecimientos en el área central de México, donde, desde el ocaso de Tollan, hacía falta un centro poderoso. Desde el año 1200 también allí se presentaron movimientos migratorios de grupos guerreros nómadas provenientes desde el norte, como los chichimecas, que se establecieron en Tlaxcala y Cholula, entre otros sitios, o los tarascos, quienes se asentaron alrededor del lago de Pátzcuaro. En una época posterior, el interés de los recién llegados, entre los que ya se contaba también a los tepanecas y otomíes, se concentró en la cuenca de México, donde pronto se encontró un conglomerado étnicamente heterogéneo de ciudades-estado.

El núcleo distintivo de estos estados radicaba en la edificación de templos. Como ya había sucedido entre las culturas tempranas en otras regiones de América, el sacrificio humano desempeñó a menudo un papel central, pues, según las creencias religiosas, de él dependía la vida entera. La sociedad estaba compuesta por una pequeña capa de linaje noble proveniente del grupo étnico dominante, en cuya cima se erguía el gobernante, y la masa étnicamente

heterogénea de los súbditos. Era posible el ascenso social mediante proezas de guerra. Los comerciantes y los artesanos poseían un papel especial.

El pueblo de los mexicas o aztecas, denominados así por su sitio de origen mitológico llamado Aztlán, constituyó uno de estos pequeños estados. Se habían establecido en el siglo XIII en la colina de Chapultepec, en la costa poniente del lago de Texcoco, y desde allí se habían trasladado a una isla del lago, donde fundaron en 1325 la ciudad de Tenochtitlan. Los aztecas debieron su ascenso a las victorias bélicas, que en primer lugar obtuvieron como tributarios y como tropas auxiliares de los tepanecas, quienes por entonces dominaban la región. A partir de 1426, los aztecas, en alianza con algunas ciudades vecinas, se levantaron contra sus antiguos señores. Después de obtener su independencia en 1431 se convirtieron rápidamente en el poder principal del Anáhuac, y fundaron, junto con las ciudades-estado vecinas de Texcoco y Tlacopán, la Triple Alianza, que ellos mismos dominaron.

Con sus aliados, los aztecas se expandieron y establecieron un amplio territorio en donde era obligatorio el pago de tributos. La expansión del imperio azteca se debe no sólo a los intereses económicos de los esclavos tributarios sino también a concepciones religiosas, puesto que su dios principal, Huitzilopochtli, demandaba sacrificios humanos. Los prisioneros sacrificados se obtenían en combates o en las llamadas “guerras floridas” contra los vecinos, como Tlaxcala y Cholula, quienes, sin embargo, conservaban su independencia, y quienes propinaron una amarga derrota a los aztecas en el año de 1499. Cuando Moctezuma II subió

al poder en 1502, se convirtió en el señor de un imperio todavía joven que dominaba ya una gran parte de Mesoamérica, pero que en muchos casos colindaba con vecinos respetables. Si la influencia de los aztecas en Mesoamérica alrededor del año 1500 fue determinante, en la parte norte de Sudamérica no había imperio similar. La cultura chibcha, la más parecida, estaba dividida en numerosos estados pequeños y cacicazgos, entre otros, el de los muisca, que desde el año 900 se habían expandido pero cuya consolidación todavía no se efectuaba. Estaban al mismo nivel que los aztecas en lo técnico y artístico, lo que puede advertirse especialmente en el muy elaborado trabajo del oro. El mito de las víctimas durante la toma de posesión del nuevo señor muisca se convirtió en la base del mito de El Dorado. También la agricultura, el comercio y la administración de señoríos particulares, sobre todo en el altiplano de Bogotá, señalan ya la presencia de estructuras complejas. La segunda región cultural en importancia se desarrolló en el norte, en la zona comprendida entre la costa y la montaña. La cultura local, los taironas, descollaron ante todo por sus ciudades construidas sobre terrazas.

El territorio central de los Andes tuvo otro derrotero. Allí se constituyeron nuevos reinos tras la caída de los huari y tras un periodo de divisiones políticas, durante el cual se peleó por ciertos valles en busca de las superficies más fértiles para el cultivo de la coca. A partir de 1200 fue significativo el reino chimú, con su capital Chan Chan, en la costa norte del Perú. Chimú adoptó tradiciones culturales y administrativas tanto de los moches como de los huari. De esta manera se establecieron tropas y centros adminis-

trativos en los territorios dominados, y se les cargó con tributos que debían pagar en especie o con trabajo. Para el suministro de Chan Chan, que durante mucho tiempo fue la ciudad más grande de Sudamérica, se trazaron canales de riego artísticamente trabajados. Desde una perspectiva religiosa, en el centro se erguía el culto a la luna y al mar. El sometimiento a manos de los incas en 1465 significó prácticamente el fin del reino Chimú, a pesar de que los gobernantes continuaron su señorío en términos oficiales.

Los conquistadores incas se habían convertido poco antes en una potencia expansiva. Bajo su primer señor, Manco Cápac, los clanes incas (*ayllu*) se establecieron en Cuzco, probablemente a principios del siglo XIII. Mediante empresas militares y una notable política matrimonial, los descendientes de Manco Cápac se impusieron ante los vecinos, aunque su ámbito de influencia permaneció reducido hasta inicios del siglo XV. La guerra contra los rebeldes chancas en 1438, quienes amenazaban la existencia de los incas, significó un punto de inflexión, puesto que colocó en el poder al guerrero Pachacútec Inca Yupanqui.

Bajo Pachacútec y sus sucesores Túpac Yupanqui y Huayna Cápac se dilató el Imperio de las Cuatro Regiones (Tahuantinsuyo), gracias a las conquistas en el norte hasta Ecuador, en el sur hasta Chile, y en el oriente hasta el Amazonas y la cuenca de Chaco. Pachacútec reorganizó la administración imperial, lo que posibilitó el contacto directo con los vasallos. La estandarización sirvió también para introducir el quechua como la lengua inca oficial, el quipú —el uso de cuerdas y nudos como sistema de contabilidad— y la implantación del culto oficial al Sol,

del que la dinastía se decía descendiente. Fueron evidentes las transformaciones en los numerosos proyectos de construcción, de manera que Cuzco, trazada según la forma de un puma, se convirtió en una capital representativa con palacios, templos, fortificaciones, bodegas y sofisticados sistemas acuíferos. Allí convergían los cuatro caminos del Tahuantinsuyo. Pero en otras regiones del imperio surgieron también grandes centros, como Machu Picchu, el famoso señorío de Pachacútec. Cuando Huayna Cápac murió, probablemente en 1527, víctima de una epidemia de viruela, que fue un presagio de los conquistadores españoles, el poderoso imperio había llegado ya a su expansión máxima.

La dinámica expansionista del imperio inca alcanzó sus límites, igual que los aztecas en el norte, en cuanto entró en contacto con poblaciones nómadas aguerridas y difíciles de apresar. Estos cazadores y recolectores nómadas constituían, todavía después del año 900, las culturas más frecuentes en el continente americano. Vivían, por ejemplo, en las regiones fronterizas del actual norte de México y en el Cono Sur, y también se les encontraba en territorios profundos como el Amazonas y Chaco. En parte se trataba de regiones bastante deshabitadas que fueron pobladas por grupos araucanos y patagónicos en el sur, y en el norte por seminolas, yaquis y muchos otros, además de los arahuacos, caribes y yês.

Los grandes reinos no habrían de ser los primeros en entrar en contacto con los europeos en 1492, sino los habitantes de las islas caribeñas y, poco después, los de las zonas costeras del oriente y del norte de Sudamérica. Ha-

bía allí una densidad poblacional algo mayor. Las sociedades organizadas por rangos y con caciques, a la manera de tribus, como los tupis, se asentaban generalmente en pueblos. Otras sociedades tribales se desplegaban bajo un soberano, quien adoptaba la función de guerrero y, a menudo, también la de chamán. Amplios territorios se habían convertido ya en cultivos de yuca mediante la técnica de la tala y quema. También la cerámica se propagó a lo largo del Amazonas y de las costas.

A finales del siglo xv, Cuba, Puerto Rico, Jamaica y La Española estaban profusamente habitadas por taínos, que se organizaban en cacicazgos y que pertenecían a la familia lingüística arahuaca. Existía una jerarquía escalonada primero de caciques, que ejercían funciones de señorío mundano y espiritual; después venía el pueblo, y luego los cautivos. Vivían juntos en poblaciones de distintos tamaños y desarrollaban una intensa agricultura. La multiplicación de campos para el juego de pelota permite inferir una transmisión cultural desde tierra firme. Los taínos fueron los primeros en entrar en contacto con los españoles. Además existían los caribes, principalmente en las Antillas Menores y en la parte norte de Sudamérica. Gozaban de una fama de beligerantes y de practicar el canibalismo, lo que en parte se debía a los prejuicios de sus enemigos, los taínos.

En el momento del contacto con los europeos, la América indígena estaba impregnada por la gran diversidad de culturas, que incluía probablemente más de 125 familias lingüísticas distintas, desarrolladas en diferentes territorios geográficos y zonas climáticas. Casi siempre existían

relaciones estrechas entre tales espacios. Deben entenderse los conflictos en el interior y entre culturas indígenas como una importante precondition para su conquista. La experiencia de los aztecas, incas y muchos predecesores había mostrado ya que las comunidades constituidas a modo de estado podían conquistarse y dominarse con mayor facilidad que las sociedades menos especializadas. En los estados dominados los invasores podían aprovechar para su propio beneficio las estructuras y jerarquías sociales existentes, que se fundaban sobre creencias religiosas. En el caso de las sociedades tribales, a menudo no era posible la apropiación de estructuras existentes, pues debía reprimirse o expulsarse a la población para fundar una nueva sociedad, o los conquistadores fracasaban en su intento y las regiones permanecían fuera de su dominio. Este patrón habría de repetirse en el siglo xvi, aunque bajo signos completamente nuevos.

## DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA Y ERECCIÓN DE LOS REINOS COLONIALES (1492-1570)

Ya fuera en grupos de cazadores y recolectores, en comunidades tribales o de clanes, o como reinados, se fueron conformando sociedades más o menos complejas que contaban con diversos mecanismos de disciplina social y de jerarquía, y que a lo largo de los siglos se desarrollaron mediante transformaciones internas y contactos interculturales. Hacia 1492 vivían probablemente más de 50 millones de personas en aquel continente que pronto se bautizó como *América*. Más de 90% de dicha población vivía en la región que tres siglos y medio más tarde pasó a llamarse Latinoamérica. Pero no fueron los propios indígenas quienes acuñaron este término, sino los europeos.

La expansión de los europeos en el —para ellos— Nuevo Mundo no fue casualidad alguna. En Europa, la imagen de una tierra desconocida hacia el occidente se retrotraía hasta los mitos de la Antigüedad. En la Edad Media cobraron nueva relevancia gracias a las navegaciones por el Atlántico de los monjes irlandeses y de los vikingos. La expansión de la imagen del mundo medieval comenzó en la zona del Mediterráneo a final del siglo XIII y se dirigió

primeramente hacia el oriente. Con su viaje a través de Mongolia, Marco Polo sobreestimó la vastedad del mundo oriental y, así, estableció la condición para que surgiera la idea de un viaje de exploración hacia el occidente.

Para la dinámica expansionista de la Baja Edad Media fueron decisivos los avances políticos y económicos en el Mediterráneo. Las especias y los metales preciosos del oriente eran el objetivo de todos los exploradores. A esto hay que sumar la misión cristiana. Por doquier brotó el interés por los pueblos y las culturas ajenas. Las razones se fundieron en cuanto la amenaza creció ante la expansión del islam y quedaron interrumpidas las antiguas rutas comerciales. A partir del siglo XIV, y especialmente después de la caída de Constantinopla en 1453, el comercio con el mundo oriental se volvió más dificultoso. Por esta razón, la Corona portuguesa se esmeró en constituir una flota para explorar el Atlántico Sur, con la experiencia y el capital provenientes de Génova, Florencia y Venecia.

En comparación con Portugal, la Corona de Castilla fue arribista. En este caso, las bases para una expansión independiente se establecieron después, en la segunda mitad del siglo XV, una vez que se hubo concluido la reconquista de los territorios bajo dominio árabe-islámico. Ya algunos empeños expansionistas por vía marítima habían provocado disputas con Portugal en torno a la propiedad. El Tratado de Alcáçovas las dirimió en 1479, pero le impidió a Castilla toda expansión en el continente africano. Quedaba, pues, sólo el peligroso camino marítimo que se abría hacia el occidente. Tras mucho vacilar, la Corona envió en abril de 1492 al genovés Cristóbal Colón a un viaje

de exploración hacia “las Indias”, con la encomienda de tomar posesión en favor de la Corona española de toda isla y territorio descubiertos.

El 12 de octubre de 1492 desembarcó Colón en Guanahani, hoy San Salvador, en las Bahamas. Creyó haber alcanzado la India y, por lo tanto, llamó *indios* a los habitantes que encontró. Desde el primer momento, Colón miró a aquellos hombres extraños bajo el cristal de su propio provecho, fáciles de explotar y como fuerza de trabajo que debía evangelizar. El encuentro entre los europeos y las poblaciones indígenas estuvo marcado por una falta de mutua comprensión y, muy pronto, por violentas disputas. Esto último sería una constante en los encuentros sucesivos entre los españoles y las poblaciones indígenas.

Al mismo tiempo, a nivel cultural hubo una serie de procesos de intercambio entre los dos continentes. De manera que al Nuevo Mundo llegaron desde el Viejo plantas domésticas tales como la caña de azúcar, el arroz y distintos granos; en la dirección opuesta se transportó maíz, papa, tomate, piña y aguacate, además de plantas medicinales como la cinchona y la ipecacuana. También cruzaron el Atlántico animales como el caballo, la oveja y la vaca, desde Europa, y el guajolote y el cuyo, desde América. La transferencia modificó decisivamente la vida de muchas personas. Efectos más profundos tuvo para la población indígena la introducción de numerosas enfermedades por parte de los europeos, como sarampión, difteria, viruela o gripe, pues carecían de la protección inmunológica necesaria, por lo que se suscitaron las mayores catástrofes demográficas de la era moderna.

Tras el retorno de Colón, los españoles se esforzaron de inmediato por asegurar, en términos diplomáticos, sus descubrimientos en occidente. En 1493, el papa Alejandro VI certificó en favor de la Corona española las nuevas posesiones y las justificó con el trabajo misionero que excluyó explícitamente a las demás potencias europeas. Esta legitimación papal era una medida usual según la interpretación jurídica del trato con los gentiles. A partir de entonces, la conquista y la evangelización estuvieron vinculadas. Los religiosos debían acompañar a los conquistadores españoles en sus campañas. Tan importante como la seguridad religiosa era la seguridad del poder político de la expansión. Por lo tanto, en 1494 se propuso el Tratado de Tordesillas, mediante el cual España y Portugal acordaron una línea divisoria del gobierno sobre los territorios. Sin saberlo, los españoles obtuvieron por este conducto un inmenso continente, y Portugal reclamó entonces la parte oriental de Brasil.

La explotación económica de los nuevos territorios resultó más ardua de lo que había imaginado Colón. Resultó imposible la construcción originalmente planeada de puestos comerciales según la práctica portuguesa en África, pues faltaban los socios comerciales adecuadamente organizados. El primer asentamiento de La Navidad fracasó por las querellas entre los colonizadores y la resistencia de los indígenas. Por lo tanto, la Corona suprimió rápidamente el monopolio de Colón, quien para 1504 había emprendido ya tres viajes más, en los que descubrió la desembocadura del río Orinoco y Centroamérica. A partir de 1499, numerosos “descubridores menores” se desplazaron desde España hacia las Indias Occidentales. Exploraron la

costa oriental de Sudamérica, el Golfo de México, la Florida —en busca de la mítica fuente de la juventud— y Centroamérica, y emprendieron violentas incursiones desde la base de Santo Domingo, en la isla de La Española, y, más tarde, también desde Cuba. Después de que Vasco Núñez de Balboa descubriera en 1513 el Pacífico, al poner pie en el Golfo de Panamá, se buscó febrilmente un paso navegable, que el portugués Fernão de Magalhães habría de encontrar en el extremo sur en 1520 cuando, al servicio de la Corona española, circunnavegó el globo.

La intensificación de las actividades españolas también se debió a que Portugal había conseguido en 1499 establecer el primer viaje transatlántico hasta las Indias, bajo la capitania de Vasco da Gama, lo cual había significado un enorme éxito. Al año siguiente, una flota bajo las órdenes de Cabral llegó casualmente a una latitud bastante al oeste y se ocupó la costa oriental de Brasil en favor de la Corona portuguesa. A causa de la madera ahí existente —llamada palo de brasil— el nombre pasó a referir a todo el territorio. En uno de los viajes subsiguientes participó el florentino Amerigo Vespucci, quien escribió en 1503 su famoso informe sobre el viaje al Nuevo Mundo, en el que reconoce su estatuto de continente. Entonces, el continente se llamó *América* en honor al divulgador Vespucci, y no en honor a su descubridor Colón.

Sin embargo, durante mucho tiempo Brasil no cobró la importancia que representaban para Portugal sus empresas en las Indias Orientales y en África. Por el contrario, los conquistadores españoles, provenientes casi siempre de la nobleza baja —los hidalgos—, continuaron su empresa

de conquista, y en 1519 hicieron contacto con el Imperio azteca. Llegado desde Cuba, Hernán Cortés necesitó tan sólo dos años para derrocarlo, con ayuda de aliados indígenas y gracias a las enfermedades que introdujo consigo. La capital, Tenochtitlan, con sus 225 000 ciudadanos, sobrepasaba en tamaño y fausto a la mayoría de las ciudades europeas. Su capitán Pedro de Alvarado sometió Centroamérica en 1523. Otros —empujados por la ambición del oro e inspirados por mitos europeos, que se entremezclaban ya con los indígenas— buscaron en el norte de México y en el suroeste de los Estados Unidos las legendarias Siete Ciudades de Cíbola.

También en tierra firme sudamericana progresaron las conquistas con relativa celeridad, desde Panamá, la principal base de operaciones. En la década de 1520 se multiplicaron las noticias acerca de un gran imperio en el sur. Tras dos intentos fallidos, los conquistadores Francisco Pizarro y Pedro de Almagro comenzaron su campaña de conquista en 1531. Su avance se vio beneficiado por el hecho de que el imperio inca estaba escindido por una guerra de sucesión que había estallado, tras la muerte de Huayna Cápac, entre sus dos hijos, Huáscar y Atahualpa. Justo cuando Atahualpa había vencido, cayó preso de Pizarro en Cajamarca en 1532. Lo ejecutó en agosto del año siguiente y colocó en el gobierno a un inca dependiente de él. Pizarro disolvió la resistencia del Imperio inca mediante la extorsión, el asesinato y el aprovechamiento de las rivalidades entre las distintas élites indígenas.

La Corona le permitió a Almagro, quien acababa de llegar al Perú, conquistar un señorío en el sur del imperio

inca. En 1535 transitó por la actual Bolivia hasta el desolado desierto de Atacama, desde donde volvió sobre sus pasos. Poco después se suscitó un levantamiento por parte de Manco Inca contra Pizarro, pero no todos los indígenas lo apoyaron debido a las malas experiencias que habían sufrido bajo el yugo inca. La rebelión fracasó, por lo tanto, y Manco Inca se replegó hacia Vilcabamba, donde él y sus sucesores constituyeron un enclave independiente que no fue derrocado sino hasta 1572, con la ejecución de Túpac Amaru. Pronto, las contiendas derivaron en una disputa por el botín suscitada entre Almagro y Pizarro; ambos encontraron la muerte en las guerras civiles sucesivas.

Desde el Perú de Pizarro, el subcapitán Sebastián de Belalcázar conquistó el actual Ecuador en 1533. A finales de la década de 1530 se dominó la región nordandina, incluido el imperio chibcha, una empresa en la que también tomaron parte conquistadores alemanes. Pronto se buscaron los tesoros de El Dorado. En este contexto efectuó Francisco de Orellana el cruce de Sudamérica por el Amazonas en 1541-1542. En paralelo se desarrolló la conquista de la región del Río de la Plata. A dicha zona dirigió Pedro de Mendoza una gran expedición en 1535, y al año siguiente fundó la ciudad de Buenos Aires. Desde allí se anexó el interior y, así, se fundó la provincia del Paraguay en 1537. En los años sucesivos, los conquistadores alcanzaron los territorios de la actual Bolivia y de la zona norponiente de Argentina, que conectaron con el Perú en 1549. La última gran empresa tuvo lugar después de 1540 bajo Pedro de Valdivia en el actual Chile. En 1552, la conquista española llegó a sus límites, pues como había sucedido

anteriormente con el Imperio inca, los indígenas de la región austral no se dejaron derrocar.

A mediados del siglo XVI concluyeron las conquistas de los territorios a los que se desplazó la colonización española en los años siguientes: el Caribe, Centroamérica, el norte de Sudamérica y su costa poniente. En general, los conquistadores tuvieron menos dificultades con los grandes imperios centralistas que con los pueblos descentralizados y parcialmente nómadas de las regiones periféricas, quienes ya antes se habían opuesto eficazmente a la expansión azteca e inca. Una vez eliminada la clase gobernante de estos imperios y sometidos sus señores, como Moctezuma o Atahualpa, la resistencia se desmoronó con cierta rapidez.

Se ha discutido bastante sobre las causas de este éxito impresionante. Hoy se señala un cúmulo de factores. Desempeñaron cierto papel las mejores armas de los españoles, además de sus caballos y perros, pero esto se relativizó después del primer impacto sorpresa. También se desvaneció casi siempre pronto el efecto de las creencias religiosas: la identificación de los europeos con dioses poderosos. Por el contrario, fue más importante el apoyo que obtuvieron los españoles de los aliados indígenas, quienes buscaban saldar cuentas pendientes con sus antiguos enemigos. Un factor central fueron las enfermedades que trajeron consigo los europeos, pues diezmaron a la población nativa y debilitaron los ánimos de resistencia.

En el momento de establecer sus sistemas de gobierno, los vencedores se guiaron por las estructuras ya conocidas en Europa y, así, las trasladaron al Nuevo Mundo, aunque

debieron integrar también elementos indígenas. En primer lugar se planteó la pregunta acerca de la legitimidad de la conquista, sobre la que se debatió tempranamente en España, pues no se trataba de territorios acéfalos. La misión cristiana concedía la legitimidad necesaria a las acciones bélicas, y las convertía en una “guerra justa”. Pero esto tan sólo después de que a los evangelizados se les hubiera concedido la oportunidad de abrazar la nueva fe y de someterse al nuevo gobierno. Por este motivo, el jurista real Juan López de Palacios Rubio redactó en 1513 el *Requerimiento*, un documento oficial que ofrecía la paz pero que al mismo tiempo amenazaba con la guerra en caso de que se rechazaran las condiciones. Puesto que los indígenas no podían entender el texto —como en el caso en 1532 de Atahualpa, en Cajamarca—, se trataba en última instancia tan sólo de un instrumento que servía para suprimir remordimientos de conciencia entre militares y religiosos.

De esta manera se justificaron las acciones militares. Según la jurisprudencia castellana, y también la portuguesa, los nuevos territorios conquistados pertenecían a la Corona. El Nuevo Mundo era, por lo tanto, propiedad patrimonial de los reyes, y, así, parte de los reinos y títulos que había heredado o conquistado anteriormente. La expresión española “reinos de las Indias” se dio porque estos territorios, al menos desde la teoría política, constituían partes del Imperio con igualdad jurídica, a diferencia de los demás países de la Corona, que eran colonias. Sin embargo, la realidad fue otra, pues hubo un gobierno colonial, en el que la explotación de los hombres y de la naturaleza tuvieron un lugar central.

Con el paso a la colonización en 1495, la Corona española comenzó a constituir su poderío a costa del almirante Cristóbal Colón. Esto condujo a querellas que continuaron con los conquistadores posteriores, pues los contratos que se entablaban con la Corona implicaban bastantes riesgos, y se esperaba que la recompensa consistiera en riquezas y señoríos heredables. Ciertas quejas sobre su veleidad le otorgaron a la Corona la oportunidad, por ejemplo en el caso de Colón, de enviar comisiones de investigación. Era ineludible el conflicto con los emisarios reales, quienes debían reinstaurar el orden al moderar los deseos de poder de los conquistadores y de sus descendientes. En este periodo inicial, las pugnas alcanzaron su punto máximo al convertirse en levantamientos —como sucedió con el hermano de Pizarro, Gonzalo, en 1543, o con el hijo de Cortés, Martín, en 1566— que la Corona suprimió eficazmente.

La Corona creó, según el modelo español, autoridades centrales que sofocaban la influencia de los representantes de los intereses locales y que garantizaban la recaudación de impuestos y tributaciones, sobre todo de los indígenas, con lo que se continuó la práctica existente desde tiempos prehispánicos. En 1503 se fundó la Real Casa de la Contratación como la principal autoridad comercial, y en 1524 el Consejo de Indias como máxima instancia para la administración y la justicia en las Indias. Para regular la administración, también en América se estableció una estructura centralista. Las decisiones se tomaban en nombre de la Corona, a la que debían informarse, pero que podía disolverlas. Con todo, esto no siempre se pudo llevar a cabo.

En la cumbre de la jerarquía se colocaron virreyes —en México desde 1535 y en Lima desde 1543—, quienes ocupaban cargos primordialmente representativos. Al mismo tiempo contaban con importantes oficinas para el gobierno de sus capitales y sus provincias. A partir de 1511, primeramente en Santo Domingo, se volvieron instancias centrales las audiencias, que eran autoridades administrativas colegiales con funciones de control administrativo y político, y que conformaron importantes puntos de referencia para la ordenación del territorio. Con las audiencias, la Corona podía ejercer, al menos parcialmente, la centralización y el control de los intereses locales. En un nivel administrativo intermedio fungían los gobernadores o los capitanes generales, quienes, además de ejercer tareas administrativas, debían garantizar la defensa. El cargo más importante a nivel local era el de corregidor.

Otro pilar importante del sistema de gobierno español era la Iglesia, sobre la cual podía decidir la Corona desde 1508 gracias al derecho de patronato. En 1511 se constituyeron las primeras diócesis americanas. En Hispanoamérica se fundaron en una primera fase numerosas ciudades importantes —alrededor de 280 para 1580— que no sólo eran expresión de la colonización típica, sino también un importante instrumento de gobierno de la Corona, pues más allá de las áreas urbanas ejercían su poder también sobre las zonas de influencia de la provincia.

Por el contrario, en un primer momento los portugueses le concedieron poca atención a sus posesiones americanas. Tan sólo un conflicto con los franceses fue ocasión para la Corona de establecer intentos de colonización

adecuadamente planeados a partir de 1532. Para ello, la tierra localizada entre la desembocadura del Amazonas a lo largo de la costa hacia el sur se dividió en 15 capitanías que, en su mayoría, se otorgaron en forma de feudos a personas nobles llamadas donatarios. Los terratenientes, obligados a colonizar la tierra, recibieron a cambio amplios privilegios. En términos básicos se regían por las mismas leyes que en Portugal. Puesto que los donatarios no satisficieron las expectativas de la Corona, en 1549 ésta tomó para sí la administración y fundó en la capital São Salvador da Bahia una administración central bajo la dirección de un gobernador general, quien la mayoría de las veces provenía de la alta nobleza, de manera similar a la práctica de los virreyes españoles. Además existían los gobernadores, quienes debían poseer experiencia militar y que estaban facultados para entablar una comunicación directa con la Corona.

Pero ¿quiénes eran los súbditos? En la base de la pirámide poblacional se encontraba la inmensa masa de indígenas y, pronto, también la de los esclavos africanos. Los indígenas eran nominalmente vasallos libres del rey, quien debía protegerlos. En realidad, la imagen negativa de inferioridad del indio justificaba su variopinta explotación mediante tributos y sistemas de trabajos forzados, como en el caso de la mita —la obligación a trabajar en minas de plata—, que en parte se había originado en tiempos de los incas. En términos generales, los indígenas siguieron siendo menores de edad, poseedores de una cultura inferior y a quienes los señores habían de conducir hacia la civilización, a pesar de que una declaración pontificia los había validado como seres humanos en 1537. En conformidad

con las bulas papales, la Corona española tenía la responsabilidad de cristianizar a los súbditos.

En un primer momento se persiguió este objetivo con el sistema del repartimiento o de la encomienda, mediante el cual se adjudicaba o confiaba a cada conquistador un número concreto de indios, quienes estaban obligados a trabajar. Como contraparte, los encomenderos se obligaban a educar y cristianizar a los indios que se les confiaban o que caían bajo su protección. Pero los conquistadores y colonizadores anhelaban en realidad volverse ricos rápidamente. Trataban a los habitantes indígenas como esclavos, y propiciaron su merma. Más aún, la encomienda se utilizó también como elemento para garantizar militarmente el señorío. La conquista se efectuó por contratistas militares con la orden explícita de llevarla a cabo, la mayoría de los cuales buscaba un beneficio a corto plazo para volver a la brevedad a casa. Pero para asegurar la conquista eran necesarias colonizaciones y defensas prolongadas. Por lo tanto, los propietarios de la encomienda estaban obligados también al ejercicio de la defensa. De esta manera se perdió el objetivo original de la protección y de la cristianización de los indígenas.

Contra el abuso de los indígenas se levantó la crítica, que principalmente encabezaron los religiosos de órdenes misioneras. El más importante crítico de la encomienda fue el famoso protector de los indígenas y posterior obispo Bartolomé de Las Casas. A partir de esta presión, la Corona española decidió emitir leyes especiales de protección de los indígenas, las Leyes Nuevas de 1542, y separar a los blancos de los indígenas. En consecuencia, los indígenas

pasaron a estar bajo el control de los corregidores o protectores de indios, y siguieron siendo sujetos de tributos y de trabajo, además de ser, jurídicamente, menores de edad. Mediante este aislamiento pudo detenerse la total aniquilación de los indígenas. Sobrevivieron sus lenguas y tradiciones, como la economía colectiva basada en la propiedad comunal de la tierra de los pueblos de indios, y la organización social en clanes (el *calpulli* en México y el *ayllu* en la zona andina). A pesar de todo, la población indígena permaneció fácticamente marginada.

Al menos, la Corona española había prohibido en 1500 la esclavitud de los indígenas y los entendía como súbditos. Pero la realidad era otra en los territorios portugueses, donde no existía una política proteccionista consecuente por parte del rey. Después de que los colonizadores establecieron en un primer momento alianzas con los tupis para expulsar a los ambiciosos franceses, a mediados de siglo cambió la situación con el paso de la colonización por asentamiento. Como consecuencia, los indígenas fueron esclavizados con argumentos similares al requerimiento español y se les envió a Europa. Se les utilizaba especialmente en la economía de las plantaciones. Pronto se volvieron necesarias las búsquedas legales de esclavos en la provincia, puesto que el potencial de la fuerza de trabajo se redujo drásticamente en la costa.

La explotación, agudizada por las enfermedades y por una desesperación general, condujo a una reducción dramática de la población indígena incluso más allá de Brasil. Los grupos de tupis, que con probabilidad sumaban más de un millón de personas en las regiones costeras de Brasil,

desaparecieron casi completamente, igual que los taínos en el Caribe. En México y Centroamérica, la población se redujo entre 1519 y 1568 en más de 90%, pasando de un total de entre 20 y 25 millones a sólo 2.6 millones, y en la mayoría de las demás regiones la reducción fue de entre 80 y 98%. Por el contrario, la población experimentó un crecimiento a partir de dos fuentes: por un lado, los esclavos africanos fueron transportados hacia América desde el inicio del siglo xvi como sustitutos de la fuerza laboral indígena, incluso por recomendación de fray Bartolomé de Las Casas; además, creció constantemente el número de los inmigrantes europeos. Las distintas etnias se entremezclaron, de suerte que surgió un grupo poblacional completamente nuevo llamado *mestizo*, que cobró importancia con gran rapidez.

Las nuevas clases sociales dirigentes de América se distinguieron de la comparativamente pequeña cantidad de conquistadores y de sus sucesores, de las élites de los colonizadores blancos que llegaron más tarde y también de los pocos descendientes de los antiguos nobles indígenas. Puesto que estos últimos argumentaban y demandan su autonomía ante la Corona, en muchos sentidos crearon una base para la construcción de las diversas identidades en América. Surgió una sociedad con dos estratos: una delgada clase alta europea y europeizante y una gran masa de marginados, compuesta por indígenas, esclavos y por las distintas castas —llamadas así desdeñosamente por los blancos— de mestizos, todos ellos privados de sus derechos.

Para las potencias colonizadoras no era prioridad la proliferación de sus súbditos. América se descubrió a raíz de

los intereses económicos en el comercio con Asia Oriental. Tanto para la Corona española como para la portuguesa, los territorios conquistados eran fuente de riqueza, especialmente de metales preciosos, que servían para financiar el gasto público y la política en Europa. La receta de la época fue el aislamiento hacia afuera, y tanto España como Portugal —aunque este último con muchísima menor consecuencia que la primera— lo llevaron a cabo en tanto que edificaron un sistema económico y comercial cerrado. En teoría, este sistema excluía del comercio a todas las demás potencias. Sólo las madres patrias tenían permitido ejercer el comercio con las colonias siguiendo rutas establecidas y desde puertos privilegiados.

En España gozaron de este estatus Sevilla, donde un consulado controló el comercio desde 1543, y más tarde también Cádiz. Los puntos finales en América de las flotas comerciales, que tenían bitácoras de viaje determinadas con precisión, eran Cartagena de Indias y Portobello, en el istmo de Panamá, y Veracruz, en México. A partir de allí continuaba el transporte hacia las capitales de los dos virreinos y, en el caso de Lima y de Callao, en dirección sur. Además, a partir de 1573 se volvió importante la ruta comercial de Veracruz que, pasando por la ciudad de México, iba hasta Acapulco, y desde allí hasta las Filipinas con el viaje anual del galeón de Manila. En territorio portugués había una ruta naviera de Lisboa hacia Pernambuco desde donde, siempre en dirección sur, se aprovisionaban las plazas en la costa. Sin embargo, se mantuvo la licencia de tránsito de naves independientes, así como la conexión directa desde Brasil hacia los enclaves portugueses en África.

Fieles a los intereses mercantilistas, las madres patrias debían enviar productos terminados, mientras que, por el contrario, del Nuevo Mundo se extraían materia prima y metales preciosos. La Corona exigió, en un primer momento, la quinta parte y, después, la décima parte de los metales preciosos obtenidos. Hasta 1560 el oro fue, sin duda, el producto de exportación principal de la América española, independientemente de si se trataba de los tesoros de las altas culturas conquistadas o del oro fluvial de las Antillas, aunque ya en la década de 1540 comenzó la minería de plata en el Potosí, en el Perú, y en Zacatecas, México. Se comenzó también una economía de plantaciones en las costas sudamericanas, en las islas caribeñas y, sobre todo, en Brasil. Las plantaciones generaron productos agrícolas tales como tabaco, cacao, azúcar y algodón. Como fuera, la base era el trabajo de los esclavos africanos. Como importadores de esclavos actuaron en un primer momento los portugueses, que nutrieron, con esclavos africanos, no solamente sus propios territorios sino también los españoles.

El hecho de que el sistema económico no funcionara como estaba previsto en la teoría se debía en buena medida a los rivales europeos de las potencias ibéricas, que muy tempranamente se expandieron por el continente americano. Los deseos monopólicos de las colonias peninsulares, regulados mediante las bulas papales y el Tratado de Tordesillas, resultaron, tras el descubrimiento, ser mera teoría. Puesto que los ingleses, bajo el gobierno de Henry VIII, se contuvieron en un primer momento, los franceses fueron los primeros en oponerse a los deseos monopólicos de los ibéricos en América. Desde principios del siglo XVI, los

pescadores franceses se dejaron seducir por la riqueza pesquera de Terranova. Cuando, poco más tarde, los franceses dirigieron su interés hacia Brasil, encontraron oposición. Los navegantes franceses deseaban establecer allí un punto de apoyo para la extracción de la muy demandada madera brasileña. Los ataques le prestaron al rey portugués João III la oportunidad para ordenar en 1530 la colonización de Brasil y la expulsión de los franceses.

Pero la situación cambió a partir de 1549, cuando la Corona atacó directamente en Brasil al introducir un gobierno general. Se trataba de una medida necesaria, puesto que los franceses se expandieron bajo la dirección de su almirante Gaspard de Coligny, de acuerdo a un plan para establecer una Francia Antártica para los hugonotes perseguidos. En 1555 fundaron el asentamiento de Río de Janeiro, que, sin embargo, debió entregarse pocos años más tarde a causa de conflictos entre los colonizadores. Los portugueses contraatacaron enérgicamente a partir de 1560 y en los siguientes siete años destruyeron todas las plantaciones y asentamientos franceses. También fracasó el intento de Coligny en favor de un asentamiento hugonote en la Florida, pues los españoles lo destruyeron en 1565. Se trataba de una situación fácil para los portugueses y españoles, ya que los fuertes se encontraban a su suerte a causa de las guerras de religión francesas.

Desde el punto de vista de las potencias peninsulares, las actividades de los piratas franceses e ingleses eran más problemáticas. Apenas se dejaban atrapar, pues caían con ataques sorpresa sobre embarcaciones y puertos para hacerse de las riquezas del Nuevo Mundo. Al principio

provenían casi exclusivamente de las ciudades portuarias del norte de Francia, en el Canal de la Mancha, en donde existía una larga tradición del robo naval. Desde 1513, los españoles debieron disponer de barcos de guerra con objetivos de vigilancia. Sin embargo, Jean Fleury consiguió capturar algunas embarcaciones cargadas con los tesoros del conquistado imperio azteca en 1522. Con la introducción del sistema de convoyes español a partir de 1543, estos ataques se volvieron más peligrosos pero disminuyeron. Por lo tanto, los piratas se concentraron en el saqueo de los puertos hispanoamericanos y, por tratarse a menudo de hugonotes, destruían iglesias y monasterios. Los españoles contestaron brutalmente. De esta manera, las concepciones religiosas se utilizaron una y otra vez como justificación para actos violentos y de venganza, una dinámica que se repetiría también en las relaciones de las demás potencias noreuropeas ante los imperios ibéricos.

Durante una tregua en la lucha por la primacía en Europa alrededor de 1559, franceses y españoles convinieron en la creación de ciertas líneas de amistad. Estas líneas imaginarias trazadas sobre el Atlántico debían dividir a Europa de América. Lo que sucediera detrás de la línea, en América, no debería tener efecto alguno en los tratados válidos en Europa. De esta manera, el Nuevo Mundo representó una esfera propia en donde se continuaron la lucha, la explotación y la piratería, a pesar de que reinara la paz en Europa. Por tanto, América se convirtió en una zona prácticamente al margen del derecho europeo y donde regía tan sólo el derecho del más fuerte. En los siguientes siglos se mostrarían las consecuencias una y otra vez.

El descubrimiento y la conquista de las potencias ibéricas condujeron hasta alrededor de 1570 a la fundación de imperios coloniales de dimensiones hasta entonces desconocidas. Los probablemente menos de 100 000 europeos que en el siglo xvi emigraron —en un 75% a la América española y en un 25% a la portuguesa— no fueron los únicos actores en este proceso. La población indígena fue un factor activo en tanto que participó en alianzas con los conquistadores para debilitar a antiguos adversarios. A pesar de la catástrofe demográfica y de la destrucción y violencia por las que la conquista destacó, la convivencia entre los indígenas, los europeos y la creciente presencia de africanos consiguió su adaptación y el mutuo aprendizaje. Surgió entonces una nueva vida de la que participaban todos los implicados, aunque en una constelación de poder de lo más asimétrica.

Mapa 1. Estructuras administrativas en la época colonial temprana.





## CONSOLIDACIÓN Y REFORMA DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Alrededor de 1570, los imperios coloniales se consolidaron a distintos niveles, por lo que en la historiografía se menciona este año como el principio de un “largo” siglo xvii. El afianzamiento del dominio colonial se advierte ya, por ejemplo, en la ejecución del último inca, Túpac Amaru, en 1572, o en las nuevas regulaciones de los descubrimientos tardíos mediante las ordenanzas reales de 1573. También a un nivel económico y eclesiástico se observa una consolidación alrededor de ese mismo año. En el ámbito portugués se presentaron de igual manera importantes cambios con ocasión del inicio de la unión dinástica con España (1580-1640).

Un factor esencial para el destino de las colonias fue el desarrollo poblacional. En concreto continuó la catástrofe demográfica de la población indígena, e incluso se intensificó en algunas regiones hasta alrededor de 1650. Después disminuyó este empeoramiento y la población indígena creció nuevamente. La razón principal fue la conformación de sistemas inmunológicos contra las enfermedades europeas. Fue otra la situación en Brasil, donde se prolongó la catástrofe poblacional. Por otro lado existieron

inmensos territorios, como el Amazonas, sobre cuyos procesos demográficos tan sólo puede especularse.

El crecimiento poblacional se nutría de distintas fuentes. La emigración desde Europa estaba motivada por la esperanza de un enriquecimiento veloz en América. Con todo, en las colonias españolas estaba sujeta a ciertas reglamentaciones. A los extranjeros y a todos los que no pudieran demostrar su limpieza de sangre, por ser descendientes de moros o de judíos, se les prohibía el ingreso. Por el contrario, en el Brasil portugués se toleró a estos grupos. En términos cuantitativos, la inmigración a Hispanoamérica y a Brasil se hizo sentir más bien poco. En términos cualitativos fue de gran importancia debido al alto nivel social de los inmigrantes. El crecimiento de la población de origen europeo se dio a lo largo del tiempo gracias a la reproducción natural. En este contexto se habla de una criollización, es decir, el número de los descendientes de europeos nacidos en América —los criollos— se mantuvo en aumento respecto de los recién emigrados.

Los africanos trasladados por la fuerza llegaron a ser el elemento poblacional más importante en algunas regiones. En este caso, el transporte desde afuera resultó decisivo, ya que la reproducción natural se mantuvo baja. En el siglo xvii se transportaron desde África alrededor de 1.3 millones de personas, y en el siglo xviii aún más de 6 millones. A partir del siglo xvii, la mayor densidad recayó sobre Brasil y el Caribe. A pesar de los altos riesgos y costos floreció el comercio gracias a los esclavos africanos a causa del decaimiento de la fuerza laboral indígena. Además de los portugueses, que adquirieron oficialmente de parte de la Corona

española el asiento o monopolio del comercio de esclavos, pronto participaron en él también traficantes noreuropeos y latinoamericanos.

En América se mezclaron los inmigrantes africanos con los elementos poblacionales europeos e indígenas, y todos entre sí, lo cual generó un proceso llamado mestizaje, según el término *mestizo*, que designa al hijo de la relación de un hombre español con una mujer indígena. Esto condujo a un fuerte incremento de los mestizos, el principal factor del crecimiento poblacional a partir de la mitad del siglo xvii. Alrededor de 1800, casi una tercera parte de los 17 millones de habitantes de Latinoamérica eran mestizos. Con el paso del tiempo se desarrolló un amplio espectro de mezclas, para las cuales hubo distintas denominaciones regionales y que se agrupaban bajo el concepto de castas. Surgió así una población heterogénea, desde el punto de vista étnico, que habría de marcar a América.

En las colonias, la calificación de la “pureza de sangre” fue la base —cada vez más importante— para la conformación de una jerarquía social que se definió de acuerdo a criterios étnicos. En la cúspide de la pirámide estaban los “blancos” o “españoles”, aunque básicamente se trataba tanto de personas venidas de la madre patria y de criollos como también de mestizos nacidos en matrimonios legales. El objetivo de la Corona era controlar esta capa superior. Sin embargo debieron establecer pactos continuos a causa de las agudas crisis económicas, lo que se deja ver en la venta originalmente no planeada de títulos nobiliarios y en el tolerar la propiedad de territorios inmensos. El ascenso social a través del éxito económico era más sencillo

en América que en Europa. Hacia adentro, la capa superior tan sólo se diferenció con el transcurrir del tiempo, de manera que la distinción entre criollos y europeos fue cobrando importancia. También se engrosaron las diferencias sociales entre pobres y ricos.

Hacia el exterior, los descendientes de europeos se diferenciaron marcadamente respecto de las otras etnias. Para la población indígena aumentó la discrepancia entre la política proteccionista imperial, que en términos rudimentarios podía percibirse también en Brasil, y la realidad social. Teóricamente, los indígenas de la sociedad colonial americana estaban por encima de los hombres de origen africano y de las castas. Sin embargo, en la vida real su situación era, a menudo, peor. A pesar de todo, no eran sujetos a cualquier tipo de arbitrariedad. En algunas regiones consiguieron mantener un control parcial y edificar nuevas estructuras sociales. Esto también es válido para los esclavos, cuya situación en una plantación era diametralmente opuesta en la ciudad. Parte de la realidad social de los americanos de origen africano eran también la liberación, la compra y las comunidades independientes de escapados en las provincias. Aún más variada era la situación social de los habitantes mestizos, quienes podían hacerse contratar como trabajadores de paga y moverse libremente. Sin embargo, eran también parte de un sistema que medía el valor de la persona según el color de la piel.

En términos generales surgió una nueva sociedad en América que, a pesar de todos los intentos de reglamentación, se salió del control de Europa. Resultaron evidentes los enclaves autónomos, que comenzaron seriamente en el

siglo XVII con el mestizaje aún más prolífico y con la introducción de la esclavitud. De igual manera se mantuvo en términos de movilidad social una preferencia por Europa.

La Corona deseaba gobernar eficazmente esta población tan dispar, y desde la década de 1570 emprendió esfuerzos por consolidar su soberanía a largo plazo. Para ello aprovechó las estructuras ya existentes. A pesar de que los procesos de conquista continuaban en muchas regiones del interior, para finales del siglo XVI se había consumado ya la institucionalización de un sistema administrativo en Hispanoamérica. Se erigieron virreyes, diócesis y audiencias que hasta el siglo XVIII no sufrieron ningún cambio significativo. En contraste con esto, en Brasil se continuó con la conquista y colonización de amplios territorios. En Pernambuco y Río de Janeiro se desarrollaron dos polos a costa de la autoridad en Bahía, cuyo gobernador general pasó a llamarse virrey en 1729.

España procuró establecer una clara estructura jerárquica con puestos distinguibles y precisos mediante una febril actividad legislativa. El inicio quedó constituido por las ordenanzas de 1573, que regulaban de manera detallada la adquisición de tierra en América y la pacificación de los indígenas. El punto culminante fue el resumen de las leyes contenidas en la *Recopilación General de las Leyes de Indias*, que en 1680 prescribió por primera vez normas legales válidas para toda América. Con esta medida era evidente el esfuerzo de la Corona por mejorar su presencia en las colonias; por debilitar a los conquistadores y encomenderos, e incluso por situar a los virreyes bajo el control de los funcionarios.

El objetivo más importante de la política colonial imperial siguió siendo el aumento de los ingresos, por lo que se introdujeron nuevos impuestos y se mejoró su recaudación. Para los intentos centralizadores fue esencial la desconfianza de la Corona ante los órganos de administración en ultramar. Finalmente, la Corona se reservaba el derecho a decidir por sí misma todas las cuestiones personales. Las prolijas leyes para la procuración del orden; las visitaciones generales desde la madre patria, como la del virrey Francisco de Toledo en Perú (1570-1575), y los llamados a cuenta de los burócratas al término de su periodo condujeron a una extensión de la burocracia. A esto se correspondía una tendencia general por regularizar la vida. El Estado quiso, de pronto, reglamentarlo prácticamente todo: desde los horarios laborales o las prescripciones de mercado y vestimenta hasta la coreografía de las fiestas públicas.

Pero, a pesar de estos empeños, en América definitivamente no se permitió que se controlara todo desde la lejana madre patria. Esto se deja ver, por ejemplo, en el campo crítico de la defensa, que escapaba de la influencia de los encomenderos y que se mantuvo bajo fuerzas locales organizadas en milicias. Igual que en lo militar, también en otros ámbitos faltaban los medios financieros necesarios para un control eficaz por parte del Imperio. Además era ineficiente la administración pública. En parte, esto se debía a que brotaron disputas entre personas privadas a causa de la comisión y la acumulación de puestos. El ajuste de personal originó una fatiga burocrática y procesos administrativos extremadamente lentos. Esto condujo al descontento, junto con el aumento fiscal y con las pres-

cripciones económicas mercantilistas, que, por ejemplo, prohibían la vinicultura y la sericultura, y que limitaban el comercio en el interior de las colonias.

Por el contrario, en el interior de las élites criollas se generó una especie de oposición pasiva que se reflejó en el lema de “Obedézcase pero no se cumpla”. Esto se debía primeramente a que el virrey podía exigir una revisión de los señalamientos del Consejo de Indias si no eran acordes a las costumbres americanas. Más tarde se aprobó una ampliación de dicho principio en todos los niveles administrativos. Con ello entró el ejercicio corrupto del poder, que ya se había presentado en la época temprana de la conquista y que más tarde llegó hasta el nivel del virrey. Esto sucedió no sólo en Hispanoamérica, sino también en Brasil.

De tal manera, el aparato administrativo de América se autonomizó ante la vista de todos. El elemento decisivo por el que se evidenció la creciente autonomía de la administración y el ejercicio del poder en Hispanoamérica fue la venta de cargo, que resultó de la urgencia financiera de la Corona a causa de las guerras europeas. Originalmente, los burócratas y religiosos llegados directamente desde España recibían las posiciones más altas en el aparato administrativo, pero, mediante la venta de cargos, los criollos obtuvieron acceso, primero, a los puestos bajos y, después, a puestos más altos. En Brasil al menos se mantuvo la votación de los consejos ciudadanos, de manera que no fue posible un abuso mayor al de Hispanoamérica.

La venta de cargos socavó la moral de los funcionarios, pues deseaban recuperar la suma invertida en la compra. Para la población indígena, esto fue especialmente pro-

blemático a nivel de corregidores, ya que los detentores de puestos procuraban mantenerse incólumes mediante el sistema de repartimiento de bienes. Los indígenas, que estaban obligados a rendir tributo, en términos comparativos, pagaban indirectamente las altas sumas para la venta de cargos. La incompetencia de los nuevos gobernantes, por ejemplo en lo administrativo, afectó negativamente el ámbito de las finanzas reales. Además, la Corona se volvió prácticamente cómplice de la corrupción. La venta de cargos, que debía mejorar las finanzas de la Corona, resultó contraproducente.

Por otro lado posibilitó cierto equilibrio de intereses entre los españoles europeos y los criollos. Sobre todo, los criollos de la capa socioeconómica superior y rica pudieron adquirir influencia por este medio. Por sí misma, la pertenencia étnica no era necesariamente motivo de impedimento. Incluso personas de origen no europeo podían, por así decirlo, adquirir el tono de piel “blanco” al comprar un cargo si poseían los medios necesarios y, sobre todo, las relaciones imprescindibles. La venta de cargos no se consideraba ilícita, puesto que fue introducida, practicada y consolidada por la propia Corona. En América, esta práctica posibilitó, en una extensión limitada, cierta movilidad social que ayudó a estabilizar la soberanía de la Corona.

A esto contribuyó también la Iglesia católica, que fue un importante apoyo del sistema soberano en América. Recibía los medios financieros por parte de la Corona, pero también estaba más controlada y reglamentada que en Europa. La Iglesia se convirtió en la dependencia educativa, crediticia y social más importante de la época

colonial. En esta época, el clero pudo consolidar su poder y riqueza, que quedaron evidenciados públicamente mediante pomposas edificaciones catedralicias y procesiones. En ello desempeñaron un papel cada vez más importante los elementos criollos. En 1600, el número de clérigos criollos sobrepasó al de los españoles europeos. El hecho de que estos últimos mantuvieran los puestos más altos en la jerarquía eclesiástica condujo al descontento.

Fue importante la cristianización de los indígenas en el siglo xvii. Sobre todo en los territorios fronterizos, los jesuitas conformaron la vanguardia del poder temporal. La misión de ninguna manera fue una historia de éxito puro. En muchas regiones, largos años después de los empeños podía hablarse de una cristianización tan sólo superficial, que se había mantenido a pesar de una persecución brutal de la religiosidad y de las tradiciones indígenas. El sueño de una Ciudad de Dios sobre la Tierra, con la que soñaban muchos misioneros, no se constituyó en ningún lado, a pesar de que los jesuitas trabajaron febrilmente en el lejano Paraguay durante más de un siglo por establecerla.

Un objetivo central de la misión fue el establecimiento de la monogamia. En las sociedades coloniales ibéricas la familia era la unidad social básica, y las mujeres desempeñaban un papel importante. Aunque las mujeres de la clase alta adquirirían a modo de excepción un papel público, como en el caso de la famosa sor Juana Inés de la Cruz, la Corona las veía como transmisoras de cultura, cuyo ejemplo debía influir en la población indígena. Esto se consiguió tan sólo parcialmente. La planeada europeización de los indígenas se estancó en los orígenes igual que su cristianización.

Sin embargo, las lenguas y culturas indígenas no se mantuvieron al margen del cambio. Mediante la convergencia de distintas tradiciones indígenas, europeas y africanas surgieron nuevos productos culturales híbridos. Esto era lo específicamente americano. Quizás el mejor ejemplo de ello sea la monumental crónica ilustrada del descendiente inca Guamán Poma de Ayala, la *Nueva corónica y buen gobierno*, que le envió al rey español a principios del siglo xvii. Las ricas festividades eclesiásticas mostraban, en tanto expresión de una decidida piedad popular, las tendencias hibridizantes en las que participaban los diferentes grupos étnicos y sociales.

También hubo cambios en la cultura académica de las capas superiores de los nacidos en América. Aunque aparentemente se orientaban hacia España, al mismo tiempo se esforzaban por recalcar el valor único de los reinos de las Indias. Ya en el siglo xvii puede reconocerse una identidad que se relacionaba con América y con regiones específicas. Con todo, el patriotismo criollo e incluso el indígena eran presa de la madre patria, y los intereses entre España y América se volvieron en esta época cada vez más evidentes.

Estas autonomías se rebelaron también en los sistemas económico y comercial en América, que se alejaba bastante del ideal europeo. Pronto, las ambiciones monopólicas estaban ya tan sólo establecidas sobre el papel. Para el transporte marítimo de ultramar, en 1564 se estableció de manera definitiva un sistema de convoy con nuevas rutas, que, desde la perspectiva de la Corona, ofrecía bastantes ventajas mediante el aprovechamiento de vientos favorables y la protección de los navíos. La —así llamada—

carrera de Indias se mantuvo alrededor de 200 años, a pesar de que en ocasiones hubo ataques, como el espectacular atraco a la flota de plata novohispana a manos del holandés Piet Hein, en 1628.

Sin embargo, muchos observadores criticaron el sistema por ser ineficiente. Precisamente en el siglo xvii no era posible satisfacer la demanda en América, ya que la economía española estaba por los suelos. La periodicidad de los convoyes era también deseable. La oferta no satisfacía las expectativas de los clientes y los productos, sobre todo los textiles y los bienes de consumo diario que a menudo se reexportaban desde España, y que eran demasiado caros. Por el contrario, la exportación de plata hacia España, que seguía vigente, decayó por la recaudación fiscal y tributaria a lo largo del siglo xvii, lo cual se debía no sólo a la irregularidad del tráfico naval, sino también a la creciente necesidad financiera en favor de la defensa de las colonias.

El sistema seguía funcionando sólo porque las autoridades toleraron ciertas medidas, que en realidad no estaban previstas. Entre éstas se encontraba la limitada flexibilización de las rutas comerciales mediante privilegios en la zona de La Plata hacia 1602, o la autorización para llevar a cabo comercio con las provincias. A esto debe sumarse el aumento disparado del contrabando. Los funcionarios coloniales, desde el nivel más bajo hasta el rango más alto, e incluso los militares, participaban en gran medida. Por lo tanto, muchas regiones estaban en condiciones de abastecerse más y mejor, lo cual era necesario de cara a la incapacidad de España.

El contrabando y otras formas de fraude plagaron también los territorios soberanos portugueses, a pesar de que el sistema comercial era más flexible allí y concedía espacio a emprendedores independientes con menor capital. Apenas al promediar el siglo XVII se introdujo un sistema de flotas con escolta ante la amenaza de los rivales holandeses. A raíz de la importancia de la economía de las plantaciones de azúcar en Brasil se desarrolló un triángulo comercial con Europa con productos que se remitían a África, desde donde se enviaban esclavos a Brasil, y de allí se transportaban azúcar y tabaco a Portugal. Más tarde, los comerciantes brasileños también participaron de modo directo en el comercio de los esclavos. La competencia cada vez mayor que generaban las plantaciones de azúcar en el Caribe inglés, francés y holandés provocaron problemas para la economía brasileña, pero los yacimientos de metales preciosos descubiertos en la provincia de Minas Gerais en la década de 1690 causaron un florecimiento y permitieron que Río de Janeiro cobrara una importancia mayor en tanto emporio.

En términos generales, la realidad en América se alejó bastante de la teoría en los dos casos. En la práctica, esto favoreció desarrollos independientes. De esta manera crecieron mercados regionales de distinto tamaño que se apoyaban, según el contexto, sobre la agronomía indígena, sobre el pequeño rancho con su campo y ganado o sobre las haciendas (*facendas*, estancias) en expansión. En paralelo hubo también empeños autónomos en sectores en desarrollo, como los obrajes textiles de Quito. Además surgieron en Hispanoamérica, por ejemplo, en Guatemala,

Venezuela o Nueva Granada y, sobre todo, en el Caribe y en Brasil, plantaciones de capital sólido y fuerza laboral para la obtención de productos tropicales tales como el azúcar, el tabaco, el cacao y el índigo. En términos generales, en esta época hubo en las colonias casi siempre suficientes comestibles para la población, de manera que, a diferencia de Europa, casi no se sufrieron crisis de hambre. En el comercio interior americano, Acapulco se convirtió en el centro de un comercio floreciente, aunque también prohibido, en la costa poniente de América. Desde allí se reenviaban los bienes de lujo provenientes desde China hacia Quito, Perú y Chile. En el territorio del Caribe se estableció un triángulo comercial aún más próspero entre las islas de las Antillas, la Nueva España y la costa norte de Sudamérica. Mucho más al sur, el nido de traficantes que era Buenos Aires se convirtió en el punto central de una red que se extendía desde Europa hasta Brasil y Perú, y que pasaba por África. Las inestables condiciones de mercado y las costumbres de consumo; la competencia europea local y los intereses lucrativos de las élites de origen europeo y de los burócratas coloniales consiguieron que el monopolio comercial de la Corona durante el siglo XVII fuera real tan sólo en el papel.

El desarrollo autónomo de las colonias fue la base para una prosperidad relativa. Esto no quiere decir que América estuviera inconexa. Las estructuras se desarrollaron en una estrecha relación de intercambio con el sistema económico y comercial transatlántico, conformado no sólo por el comercio oficialmente registrado, sino también por el comercio ilegal o parcialmente legal.

Las potencias ibéricas no miraban pasivamente el decaimiento de sus ambiciones monopólicas. Los conflictos surgieron en dos niveles. Por un lado, las diferencias entre España y Portugal aumentaron de tono hacia el final de la unión dinástica en 1640. Para entonces, los portugueses eran la fuerza dinámico-expansiva, mientras que los españoles se limitaban a reaccionar. Surgieron, así, numerosos conflictos que provocaron constantes confrontaciones.

Por otro lado, las luchas entre otros rivales europeos siguieron siendo una constante en el contexto colonial. En el siglo xvii se alternaron Holanda, Inglaterra y Francia para comprometer fácticamente el monopolio ibérico. El creciente aumento del comercio y de las colonias se convirtió en un factor de prestigio para las potencias. En primer lugar fueron los holandeses quienes, por temporadas, lograron establecerse eficazmente en Europa, sobre todo en Brasil (1637-1654), y dominaron el comercio de esclavos. Las guerras europeas a partir de 1652 destruyeron, sin embargo, su posición.

Los holandeses se establecieron tan sólo en el Caribe. El archipiélago se mantuvo desde el punto de vista español como la región en crisis más importante. Allí surgieron, ante los ojos de los funcionarios coloniales españoles y, a menudo, con su silenciosa tolerancia, centros de contrabando que se convirtieron en colonias oficiales gracias al establecimiento de la economía de las plantaciones. De esta manera, expoliados por la ambiciosa política colonial del cardenal Richelieu, los franceses se instalaron a partir de 1635 en Martinica, Guadalupe y Dominica, y un poco más tarde también en la parte poniente de La Española, el fu-

turo Haití. Los ingleses, bajo las órdenes de Lord Cromwell, incursionaron en 1654 en América, pero tan sólo consiguieron asentarse en Jamaica y en puntos focales de la costa oriental de Centroamérica. Otros Estados europeos menores, tales como Dinamarca, Brandemburgo e incluso Baviera, anhelaron asegurar su participación desde las islas caribeñas en el comercio pujante del azúcar, el tabaco y los esclavos. A esto se sumaron los ataques de piratas que, en algunas ocasiones, se inclinaban hacia un lado y, en otras, hacia otro. A raíz de la inmensa extensión de las costas iberoamericanas y de las fortificaciones poco pobladas, los españoles debían resignarse la mayoría de las veces a atestiguar dichas incursiones.

A pesar de que, desde el punto de vista español, esta situación cambió poco, el año de 1700 significó un punto de inflexión para el imperio colonial. Con Felipe V (1700-1746), nieto de Luis XIV, llegaron los Borbones al trono. La nueva dinastía desarrolló un proyecto de reforma que imitaba el prototipo francés bajo el signo del absolutismo ilustrado, que habría de robustecer el poder de la madre patria en América. También para la América portuguesa trajo el nuevo siglo cambios profundos. Los yacimientos de metales preciosos descubiertos en las provincias ayudaron a establecer la llamada “época dorada”. Brasil se convirtió en territorio del imperio portugués, que se extendía ya por todo el globo.

Se trató, en realidad, de una época de crecimiento poblacional general, que, junto con la creciente demanda en Europa, estimuló al mismo tiempo la economía de muchas regiones. En la América española se incluyeron, con mayor

fuerza, las regiones que no contaban con metales preciosos en el sistema transatlántico. La economía de mercado y financiera fueron desplazando el comercio de cambio. Los desarrollos económicos procuraron la aparición de grandes patrimonios, lo que abrió oportunidades para el ascenso social. Por otro lado, el desarrollo demográfico general creó presión social en muchos sitios que aumentó a causa de la invasión de las haciendas y de la creciente carga fiscal.

En el contexto de este cambio, la Corona española inició hacia el final de la Guerra de Sucesión (1701-1713/1714) una política reformatoria gradual que debía comenzar en la madre patria y extenderse hasta las colonias. Allí, el contrabando había minado el comercio y los negocios legales habían recaído en manos extranjeras, de manera que principalmente los metales preciosos del Nuevo Mundo no permanecían en España. La situación se agudizó mediante la firma del Tratado de Paz de Utrecht de 1713, pues privilegió a Inglaterra en el comercio con Hispanoamérica.

Se tomaron entonces las primeras medidas concretas con el objetivo de establecer el control oficial sobre las colonias mediante la creación de una burocracia comprometida directamente con el rey, la reducción de costos, el aumento de la recaudación fiscal y el combate al contrabando. Las estructuras administrativas se reformaron al erigirse el virreinato de Nueva Granada en el norte de Sudamérica, en 1717. En términos militares se robusteció la defensa de las vías marítimas. Hubo incluso intentos por reformar los sistemas comerciales y marítimos mediante el establecimiento de compañías comerciales privadas como

la Sociedad Vasca Gipuzcoana (1728). Sin embargo, en este momento prematuro, las medidas fueron tibias y revocadas parcialmente.

Las numerosas guerras europeas del siglo XVIII, que afectaron también a las colonias, revelaron en lo sucesivo la debilidad de las potencias ibéricas. Los españoles reaccionaron comisionando una evaluación que informó preocupantemente acerca del estado de las colonias. Se insistió en su debilidad militar, en el maltrato de la población indígena, en los abusos de la Iglesia, en la corrupción de la administración y en el abandono de los españoles europeos. Como consecuencia, Fernando VI (1746-1759), el sucesor de Felipe V, intensificó las reformas y consiguió una explotación económica más eficaz de América. A pesar de la oposición del amplio círculo de comerciantes de Cádiz y México, se implantaron las primeras reformas en el sistema de flotas y creció la presión para aumentar la libertad comercial.

Las reformas se consumaron bajo el gobierno del rey Carlos III (1758-1759). Su reinado cayó en la época de la Guerra de los Siete Años, a la que España se sumó en agosto de 1761 al lado de Francia para sufrir una derrota destructiva contra los ingleses en América. La crisis condujo a una intensificación de los empeños reformatorios, que en América habían tenido consecuencias de largo alcance, de suerte que con razón se hablaba de una “segunda conquista”.

Según la ilustración española, Carlos III y sus consejeros implantaron una reforma desde arriba. Primordialmente se mantuvo el alza del rendimiento económico y fiscal

de las Indias, para las que se usó el término de “colonia”, en tanto proveedor de materia prima para la madre patria. En un primer momento se revisó la situación local mediante visitaciones generales. Las reformas aplicadas tuvieron impacto en distintos niveles. Así, la Iglesia debía liberarse de la influencia papal. Los jesuitas fueron una institución que, desde el punto de vista del soberano, había escapado a los objetivos de la reforma, puesto que cuestionaban la idea de la misericordia divina y porque habían alcanzado una inquietante abundancia de poder en las colonias. En 1767, el rey expulsó a la orden de sus territorios.

La mejora de la defensa constituyó el corazón de las reformas. Para esto se crearon capitanatos generales en Venezuela (1777) y en Chile (1778), y un nuevo virreinato en el Río de la Plata (1777). Se ampliaron las instalaciones defensivas en puntos neurálgicos como Panamá, La Habana, Cartagena, Callao o Guayaquil. Más aún, resultó importante aumentar las tropas en América mediante nuevas agrupaciones militares, en las que también servían las castas. Para solventar dichas medidas se aumentaron los impuestos y se eficientizó la recaudación. Además se introdujeron nuevas técnicas en la minería. También la liberalización del comercio intercolonial y de ultramar obedecía a dicho objetivo. De esta manera, el monopolio de Cádiz vio su final en 1765. Aunque la liberalización contaba con fronteras estrechas, las nuevas medidas condujeron a un importante aumento en el volumen comercial.

Otro capítulo fue la amplia reforma administrativa. Las restricciones para los criollos mostraron que la Corona había puesto fin a la venta de cargos. Altos dignatarios

españoles de origen europeo inundaron las colonias. Fue central la introducción de un sistema de intendencias a partir de 1764. El intendente era un funcionario responsable directamente ante la Corona, un eslabón directo entre la administración local y el poder central.

En el siglo XVIII, Brasil experimentó también su propia variación de la política reformatoria. Se llevó a cabo bajo la dirección del primer ministro portugués, el Marquês de Pombal (1756-1777), quien quería reducir la dependencia respecto de Inglaterra existente desde el Tratado de Methuen, en 1703. Muchas medidas, como las reformas administrativa, militar, comercial y económica; el aumento de impuestos, y la expulsión de los jesuitas se asemejaban a las de los españoles, pero hubo también diferencias. Un problema fundamental de Brasil fue la baja densidad poblacional. En el contexto de una política demográfica se facilitó la legalización de hijos naturales, se toleró el concubinato y se apoyó el matrimonio interétnico con la población indígena. Debía controlarse más eficazmente a la población, por lo que se crearon unidades técnico-administrativas de mayor tamaño y en 1763 se trasladó la capital a Río de Janeiro, lo que reflejó la creciente importancia del sur brasileño. Con estas medidas, la política reformatoria portuguesa pudo centralizar las estructuras coloniales con mayor fuerza que la española.

Las reformas borbónicas y pombálicas representaron el corte más profundo en los 300 años de política colonial. A pesar de ello, los objetivos planeados se alcanzaron tan sólo parcialmente. Se consiguió animar la vida económica, aunque esto no fue efecto exclusivo de las reformas. Un

factor decisivo para el éxito fue la reducción de la fuerza laboral en América y la creciente demanda en Europa, debido al crecimiento poblacional. Las ganancias de ninguna manera fluyeron de regreso a la madre patria sino que debían utilizarse para financiar asuntos locales, como la defensa. Las reformas condujeron también a ampliar la brecha entre ricos y pobres. Ni los españoles ni los portugueses consiguieron alejar completamente a su competencia europea del continente americano. El problema principal para las potencias ibéricas fue, en definitiva, la breve duración que se concedió a las reformas. Tras la caída de Pombal en 1777 y tras la muerte de Carlos III en 1788 menguó el celo en favor de la política colonial.

## ITINERARIOS REVOLUCIONARIOS HACIA LA INDEPENDENCIA (1760-1830)

La mengua del celo reformativo y la inconstancia de las autoridades centrales, quienes tiempo después replegaron algunas de las medidas, se debieron a que a menudo resultaba problemático llevar a cabo los ambiciosos objetivos de las reformas. En la lejana América, el gobernar seguía siendo, a pesar de todas las exigencias por parte de la Corona, un proceso de negociaciones con las capas altas de criollos y, tanto en las zonas fronterizas como en la provincia, también con indígenas libres y afroamericanos.

En el siglo XVIII todavía no existía ningún frente unido contra las reformas por parte de las capas superiores. Según el interés que pudieran suscitar, ciertas medidas de la Corona podían ser aprobadas por porciones de las élites de origen europeo. Sin embargo, una inmensa mayoría rechazó los recortes a su libertad, que iban en aumento. Los nacidos en América exigieron mayor derecho de intervención, en parte porque, en términos cuantitativos, su relación respecto de los españoles europeos había empeorado. Las reformas que se pensaron para vigorizar la presencia de la madre patria en las colonias trajeron consigo, paradójicamente, el

germen del derrocamiento del poder español, en tanto que excitaron la conciencia de los criollos.

El cambio en la forma de pensar se nutría de dos fuentes. Por un lado, la antigua tradición del iusnaturalismo de la escolástica tardía, que emanaba de un pacto entre el rey y el pueblo y que obligaba a los súbditos a obedecer en la medida en que el soberano cumpliera sus obligaciones ante ellos. Por otro lado, la Ilustración, que provocó profundos cambios en la ciencia y la cultura. En su variante española fue decisiva su orientación hacia un saber útil. En las colonias encontró difusión gracias a viajeros eruditos como Alexander von Humboldt, “el segundo descubridor de América”. Los criollos se involucraron en tales expediciones científicas y conocieron la riqueza de su propia patria.

En consecuencia, se organizaron en comunidades patrióticas y exigieron a través de medios impresos, en cantidad siempre creciente, un reordenamiento en favor de los intereses americanos. A esto se sumó una crítica cada vez más fuerte a la política colonial, que frenaba el desarrollo y que perjudicaba a los nacidos en América. Causaron especial descontento las prácticas de otorgamiento de cargos públicos. La identificación con la propia región y, todavía más allá, con la inmensa América aconteció en tanto distanciamiento de Europa, en donde muchos pensadores sostenían la tesis de la degeneración del Nuevo Mundo a causa del clima. Sin embargo, los intelectuales latinoamericanos, con cuyas obras ejercían la crítica hacia el gobierno colonial, estuvieron estrechamente relacionados con la Ilustración europea. También en este sentido, las élites coloniales se mantenían cercanas al contexto del Atlántico y,

ansiosas, recibían las noticias revolucionarias de, primero, Norteamérica, y, después, Francia.

Estas revoluciones influenciaron a las élites latinoamericanas pero no fueron un factor causal directo de los levantamientos de la época. En tales casos se trató, generalmente, de reacciones locales a los efectos socioeconómicos de las reformas borbónicas, que se retrotraían a tradiciones y ordenamientos avejentados. La frecuencia y las dimensiones de las rebeliones se espesaron hacia finales del siglo XVIII, y provocaron —la mayoría de las veces, empero, tan sólo temporalmente— amplias alianzas más allá de los estratos sociales y de los grupos étnicos. Representaban el balance trastocado en las relaciones entre la metrópolis y las colonias.

De esta manera, las asonadas en Caracas (1732-1749) se debían a la pérdida del control y de los ingresos de los grandes terratenientes criollos. En Quito estalló un levantamiento en 1765, organizado por criollos, en contra del nuevo sistema fiscal y contra la reforma del monopolio del aguardiente que ostentaba la Corona. De manera análoga se suscitó la revuelta de los comuneros en el virreinato de Nueva Granada (1780/1781-1783), que se opuso especialmente a las acciones del visitador general Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres. Los criollos involucrados retiraron su apoyo a la protesta conforme subieron de tono las radicales exigencias sociales.

Aún más amenazantes fueron los levantamientos indígenas en el Perú hacia 1780-1781. Espoleados por el autoproclamado inca Túpac Amaru II, enfocaron la protesta, no exenta de un matiz mesiánico, contra la agravada

explotación. La rebelión cobró muchas víctimas y se quedó presente en la memoria colectiva. Para los “blancos” del virreinato —europeos o criollos— se trató de una alarma. El temor ante un nuevo levantamiento indígena contuvo a los criollos del Perú, en lo sucesivo, de emprender cambios radicales. De manera similar reaccionaron desfavorablemente ahí donde, a finales del siglo XVIII, los esclavos y afroamericanos habían participado en las revueltas, como, por ejemplo, en Brasil y Venezuela.

El hecho de que la mayoría de los criollos reaccionara cuidadosamente cuando intervenían componentes sociales se debía en parte a la revolución de esclavos de Saint-Domingue. Esta colonia era francesa desde 1697 y desde mediados del siglo XVIII había cobrado importancia en la producción del azúcar y el café. Su riqueza estaba cimentada sobre una variación particularmente cruel de la esclavitud. En Saint-Domingue se conformó una disparidad cuantitativa extrema entre los esclavos y la población libre, dividida entre quienes tenían ascendencia europea y los afroamericanos libres, llamados *gens de couleur*. La situación social era tensa en la víspera de los acontecimientos revolucionarios a causa del antagonismo en el seno de los distintos grupos étnicos y entre sí.

Con el estallido de la Revolución francesa, entre mediados de 1789 y mediados de 1791, se suscitó una primera ola de levantamientos en Saint-Domingue. En un inicio se trató de enfrentamientos entre las élites blancas que, sin embargo, se propagaron. Pronto intervinieron entre la *gens de couleur* algunos agentes que cuestionaron la jerarquía racial. Como consecuencia del brote de violencia se disolvió

el orden oficial. Todos los grupos involucrados procuraron aprovechar el caos reinante para beneficio propio. De manera consciente o inconsciente, los opositores asumieron que se habían debilitado sus posiciones ante la gran masa poblacional que constituían los esclavos.

A pesar de todos los antagonismos, la institución de la esclavitud era intocable a juicio de la mayoría de los actores, y no sólo de los blancos. En un primer momento, los esclavos casi no habían podido participar en los acontecimientos de Saint-Domingue. Pero el estado cada vez más anárquico de la isla no les pasó inadvertido, ni tampoco la retórica de igualdad revolucionaria. En agosto de 1791 estalló la revuelta de los esclavos. En Francia se reaccionó ante el agravamiento de los acontecimientos con el envío de comisiones civiles que, con todo, tampoco pudieron adueñarse de la situación. Con la declaración de guerra de 1792 entre españoles e ingleses, originada por la radicalización de la Revolución francesa, intervinieron aún más actores internacionales. Ante tal trasfondo, los esclavos conquistaron una posición de poder que, en combinación con el debate en torno a los derechos humanos que se desarrollaba en Francia, volvió inevitable la derogación de la esclavitud a manos del comisario Léger Félix Sonthonax el 29 de agosto de 1793 y, más tarde, mediante la convención nacional del 4 de febrero de 1794. El hecho de que las fracciones combatientes hubieran soslayado las dimensiones de la amenaza favoreció a los esclavos.

Hasta 1804, la cuestión del poder se presentó bajo nuevos presagios. Para entonces, los grupos de las *gens de couleur* y los antiguos esclavos combatían entre sí, mientras

que la fracción de los blancos perdía importancia. Además había que contener la amenaza de las invasiones extranjeras. En este contexto fue decisivo el ascenso del antiguo esclavo François Dominique Toussaint L'Ouverture, quien consiguió repeler tanto a los españoles como a los ingleses e introdujo una recuperación económica. Asimismo empujó a los comisionados parisinos a un fuera de lugar en el juego político y, tras un enfrentamiento contra las *gens de couleur* del sur, se proclamó soberano incuestionable de la isla La Española. En el apogeo de su poder, en marzo de 1801, elaboró una constitución para la colonia, que lo nombró gobernador vitalicio.

En aquel momento, Toussaint L'Ouverture contaba con un adversario en Francia, Napoleón Bonaparte, quien deseaba reconquistar la rica isla azucarera para, con ella, establecer los cimientos de sus planes coloniales para el continente americano. En 1802 envió un cuerpo expedicionario que apresó a Toussaint L'Ouverture. Pero cuando intentó reintroducir la esclavitud estalló una ola insospechada de levantamientos. Mermados por una epidemia de fiebre amarilla, los franceses debieron abandonar la isla al año siguiente. El nuevo líder, Jean-Jacques Dessalines, declaró el 1 de enero de 1804 la independencia de Haití, un nombre que se tomó conscientemente de la lengua de los habitantes originarios.

En el corazón del Caribe se logró derrocar la esclavitud. Con ello, la revolución haitiana apuntó mucho más allá de la región caribeña. Si constituyó una señal de esperanza para los esclavos de las islas vecinas, entre los esclavistas causó temor y encono. Una consecuencia altamente problemática de la revolución de Saint-Domingue fue que

la liberación de los esclavos equivalió a caos y anarquía. La revolución esclavista se presentó como la primera amenaza para la jerarquía étnica, lo que tuvo consecuencias funestas en toda Latinoamérica.

Los movimientos independentistas de Iberoamérica se debieron a la crisis de la madre patria, que se había agudizado desde el inicio de la Revolución francesa. Eran claramente distinguibles las situaciones en los imperios español y portugués. La debilidad de España era expresión de los problemas de política interior en el periodo de Carlos IV (1788 a 1808) y de su primer ministro Manuel de Godoy. En términos de política exterior, la situación había empeorado drásticamente a lo largo del siglo XVIII. Las dificultades se agravaron en la década de 1790 y también a partir de 1796, con Francia sumida en su guerra revolucionaria, a causa de la enemistad con Inglaterra. La pérdida de la armada en la batalla de Trafalgar representó una sima.

La crisis de España no se circunscribió a Europa. Esto se hizo evidente en el Río de la Plata, cuando las tropas inglesas ocuparon Buenos Aires en 1806; las tropas criollas las repelieron, mientras el virrey español huía a la provincia. El éxito militar robusteció la conciencia de los criollos y, al mismo tiempo, se demostró la ineficiencia de la Corona española, impresión que quedó reforzada por distintas medidas, tales como la tibia liberalización comercial y la enajenación de los bienes eclesiásticos. Entre tanto, en España empeoraban los acontecimientos. Tras un levantamiento militar abdicó Carlos IV en 1808 en favor de su hijo Fernando VII. Esto le permitió a Napoleón invadir España y lo obligó a prescindir del trono. En su lu-

gar proclamó rey a su hermano José Bonaparte. Siguió un levantamiento popular en España, dirigido por un sinnúmero de juntas locales. En septiembre se fundó en Sevilla una junta central, que se adjudicó el poder en nombre de Fernando VII. De cara a América, las nuevas autoridades se mostraron complacientes y anunciaron un cambio de rumbo y una mayor integración de los criollos.

Las proclamas llegadas desde España a propósito de una igualdad en cuanto a los derechos de las colonias generaron grandes expectativas. La lealtad al señor y la presteza para combatir al invasor francés siguieron siendo convicciones fundamentales de grandes porciones de la población. A propósito de la cuestión sobre cómo se aliviaría el vacío de poder hubo bastantes discusiones, y en México y Buenos Aires, por ejemplo, se enfrentaron los criollos y los españoles europeos. Según las antiguas leyes, la soberanía recaía en el pueblo ante la ausencia del monarca. Numerosos criollos se precipitaron para conformar sus propias juntas. En las audiencias de Quito y del Alto Perú retiraron a los funcionarios españoles y quisieron gobernar —aún en nombre del rey— autónomamente. Aunque se sofocaron estas tentativas de forma violenta, en otros sitios se radicalizó la protesta. La invasión napoleónica de España había arrastrado consigo también el estupor necesario para despertar las frustraciones, adormecidas desde hacía bastante tiempo, a propósito de la política colonial española.

Cuando las cortes se reunieron en 1810 en Cádiz, se invitó también a delegados criollos por quienes se había votado a nivel local en América. Puesto que el modo de selección asignaba sólo una parte de los mandatos a las co-

lonias densamente pobladas, que los españoles exigían para sí, estalló la crítica. Las demandas de los criollos por un trato igualitario en lo político y por una liberalización en lo comercial no pudieron cristalizar en la constitución de Cádiz de 1812, lo que generó frustración entre ellos. Sin embargo hubo elecciones en 1813 y, a pesar de las continuas agitaciones, pudo establecerse el orden constitucional en algunas regiones. Pero esto tuvo una breve duración, pues en 1814 Fernando VII, quien había vuelto al trono, suprimió la constitución en el curso de la restauración absolutista.

Para entonces, los acontecimientos se habían ya autonomizado. No se trata de un proceso independentista recto sino de dos fases, la primera de las cuales se desarrolló entre 1810 y 1816. En este primer momento, las capas altas criollas declararon la independencia en muchas regiones. En la Nueva España, bajo la dirección de los clérigos Miguel Hidalgo y, más tarde, José María Morelos, hubo un levantamiento a partir de 1810, que creció hasta convertirse en un movimiento de masas campesinas. Sus objetivos políticos eran contradictorios e incluían puntos programáticos modernos con concepciones tradicionales como la percepción de privilegios corporativistas, especialmente para la Iglesia. Finalmente, el movimiento no triunfó porque le faltó el apoyo criollo. Con la ejecución de Morelos en 1815 concluyó la fase sociorevolucionaria de la lucha por la independencia de la Nueva España.

El desarrollo de los acontecimientos bélicos en Venezuela entre 1809 y 1815 se debió, sobre todo, a los regionalismos y a los factores sociales. En un inicio, el miedo de la clase alta blanca desembocó en una revolución política

decididamente defensiva, que, con todo, se autonomizó y en 1811 se encumbró con la figura de una independencia formal. Sin embargo, se trataba de una política eclesiástica de corto alcance, orientada hacia los intereses de la pequeña clase alta terrateniente. Esto se manifestó especialmente en el trato de los grupos demográficos no privilegiados. En dos ocasiones fracasaron los experimentos republicanos a pesar de que con Simón Bolívar se materializó un dirigente militar.

También en la Nueva Granada naufragó la primera república a causa de las corrientes regionalistas. El miedo ante la dimensión social y étnica del levantamiento no tuvo en este caso tanta relevancia. Aunque grupos demográficos no blancos participaron en la contienda como soldados, sólo en raras ocasiones —con excepción de Cartagena— pudieron determinar el curso de los acontecimientos. En Nueva Granada se trataba fundamentalmente de tres contrincantes, de ninguna manera homogéneos: los centralistas, los federalistas y los realistas. Al igual que en Venezuela, también aquí faltaba una visión política común, de suerte que pudo fructificar la reconquista española. Pero el rescoldo revolucionario no se había extinguido, tampoco en la Nueva Granada.

Pronto decayó el segundo chispazo en favor de una autonomía en Quito, que había comenzado en 1810. La nobleza criolla quería utilizar la crisis española para apuntalar su propia posición y ocupar cargos importantes. No debían tocarse las jerarquías sociales y, desde un punto de vista político, permaneció tibio el ímpetu revolucionario. Los notables no consiguieron la ruptura definitiva con España. El conflicto entre las élites facilitó la reconquista, que se selló en 1812.

Entre 1810 y 1814, el capitanato de Chile compartió el destino de la independencia, como muchos otros empeños, del imperio colonial español de la época. La conciencia política se limitó, provincialmente, a ciudades específicas, cuyos consejos ciudadanos fueron los actores dominantes. Los esfuerzos por crear una junta central en septiembre de 1810 fueron, por lo tanto, problemáticos, pues los objetivos políticos no quedaron determinados con claridad. Durante mucho tiempo no se trató de la independencia en cuanto a la autonomía y su legitimación. Esto fracasó cuando los realistas contraatacaron desde Perú en 1813-1814 y, con energía, organizaron el restablecimiento del orden tradicional.

En el Río de la Plata reinaba una situación diferente. Ninguna región de Latinoamérica alcanzó la independencia con tanta velocidad, sin que ya nunca llegara a quedar comprometida. Pero el movimiento, originado en Buenos Aires, padecía, junto con las demás regiones, numerosos problemas. También aquí se buscaba mantener el orden social. A esto se sumó el esfuerzo del puerto por dominar a la provincia, lo cual resultó imposible después de 1810. Algunas provincias se distanciaban celosamente de las demás porque —como era el caso del Paraguay independiente, bajo el dominio de José Gaspar de Francia desde 1811— perseguían distintos intereses económicos o concepciones políticas a causa de las rivalidades personales entre los caudillos. Ante esta escisión no pueden sorprender la pérdida del Alto Perú, que cayó en 1816 en poder de los monárquicos peruanos, y la de la Banda Oriental a manos de Portugal en 1816-1817. Los acontecimientos sucedidos desde 1810 habían generado una presunción que se dirigía tanto en

contra de las exigencias de soberanía de las antiguas potencias colonialistas como contra las porteñas.

Ahí donde habían cosechado éxitos los patriotas criollos se impuso un cambio en el sistema de gobierno: del principio dinástico y la gracia divina del absolutismo hacia los principios de la soberanía del Estado y de la burguesía oficial. Pero las experiencias burguesas de los fundadores eran limitadas. Utilizaron los consejos ciudadanos como caldos de cultivo de la autoridad local para ejercer presión a propósito de sus exigencias de autonomía regional. En un primer momento enfatizaron que ejercían la violencia oficial en nombre del rey legal, pero en el transcurso del tiempo fueron más allá. Los criollos se esforzaban por conformar su identidad a partir de su relación con su propia patria. En ese proceso utilizaron distintas acciones simbólicas como, por ejemplo, la referencia al pasado indígena. Construyeron la historia de los muchos siglos de opresión y de la heroica resistencia, a la que se sumaron. Sin embargo, estos constructos no eran tan sólidos como para resolver los profundos conflictos de las élites. En esta fase, la más severa debilidad de los movimientos independentistas fue el hecho de que gran parte de la población no privilegiada permaneció al margen pues, después de la experiencia de Haití, se temía seguir su ejemplo.

A los españoles les resultó sencillo reconquistar grandes territorios a partir de 1815, para lo cual se sirvieron del bastión de los realistas, Perú, como su base principal. Sin embargo, la extrema dureza de la pelea española reavivó la resistencia. Esto se manifestó, por ejemplo, en la parte austral de Hispanoamérica. El Paraguay independiente, Buenos

Aires y las provincias pudieron evitar la reconquista. Desde ahí y bajo la guía del general José de San Martín se llevó a cabo la independencia de Chile y, al menos de manera indirecta, también la de la Banda Oriental, el futuro Uruguay. No puede hablarse de un plan previamente ideado. En definitiva, la debilidad de España, que no pudo enviar tropas hacia La Plata, favoreció esta consolidación. Sin embargo se abrieron nuevos abismos a causa del provincialismo que desembocaron en empeños separatistas y que impidieron durante décadas una construcción nacional estable, sobre todo en el núcleo de la futura Argentina.

El norte de Sudamérica, conformado por la Nueva Granada y Venezuela, padeció todo el furor de la reacción española. El cuerpo de expedicionarios del general Pablo Morillo logró reconquistar grandes territorios hacia el final de 1816. Sin embargo, su régimen punitivo fomentó el espíritu de resistencia. En este contexto volvió Bolívar en 1816 a Venezuela, venido desde Haití, donde se había exiliado el año anterior. A pesar de las muchas derrotas y problemas con otros caudillos rivales, en 1817 estableció la Tercera República en la ciudad de Angostura. Para robustecer a sus tropas declaró la liberación de los esclavos que estuvieran dispuestos a secundarlo en la guerra. Aseguró su posición mediante una alianza con el caudillo José Antonio Páez. En febrero de 1819 le explicó a un congreso propio convocado por él mismo en Angostura su ideal de constitución para la nueva nación de Gran Colombia, que estaría compuesta por Venezuela, la Nueva Granada y Quito. La campaña victoriosa dirigida hacia la Nueva Granada, que culminó en la Batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819), significó el éxito.

A pesar de la superioridad militar, continuaba presente la amenaza española, que mantenía su dominio sobre Cartagena, Caracas y las posiciones clave de los antiguos virreinos de la Nueva España y del Perú. Al engrosarse con refuerzos que se agruparon a finales de 1819 en Cádiz, el general Morillo esperaba echar marcha atrás nuevamente. Pero justo en aquel momento tan delicado se suscitó un levantamiento de oficiales liberales en España que cambió el rumbo de los acontecimientos. Una nueva junta de gobierno restableció la constitución, reguló provisionalmente los combates contra el movimiento independentista y convocó a elecciones. Aquellas regiones que ya habían conquistado su independencia, como La Plata, Chile y Gran Colombia, no se prestaron a participar en las votaciones. Además, pronto resurgieron en la “cuestión americana” los viejos abismos entre los funcionarios americanos y los españoles europeos. Mientras España se hundía en un caos de política interior en 1821, muchos delegados americanos volvieron prematuramente a sus regiones originales, prestos para dar el paso hacia la independencia.

Precisamente en la Nueva España —que desde 1815 se había convertido en una de las plazas fuertes de los realistas, tras la derrota de los insurgentes— se desarrolló una nueva dinámica revolucionaria. Todos los implicados habían aprendido las lecciones de la primera fase, por lo que actuaron con cautela. Así, en 1821 se impuso el oficial Agustín de Iturbide junto con su programa conocido como Plan de Iguala. Dicho plan consideraba la independencia de la Nueva España pero también la adopción del catolicismo como religión oficial, la igualdad entre los

criollos y los españoles europeos, además de una monarquía. El pacto entre los distintos grupos de interés —desde los liberales criollos hasta los españoles monárquicos— fue único en toda América. Puesto que Fernando VII rechazó la Corona que se le ofrecía, Iturbide se coronó emperador de una monarquía hereditaria. Pero al año siguiente fue depuesto y en 1824 quedó suplantada la monarquía por una constitución republicana.

Con la revolución española de 1820, Centroamérica también atestiguó agitación en el espectro político. La movilización política condujo a que se enfrentaron dos contrapartes: los liberales en favor de la independencia y los conservadores, que apoyaban una reforma en el seno del sistema colonial. A esto se sumaron rivalidades locales. Finalmente, los acontecimientos en la Nueva España fueron determinantes. Iturbide efectuó una anexión militar a principios de 1822. Pero, tras su abdicación, la alianza se disolvió, y la unión de provincias centroamericanas constituyó una federación de cinco naciones más o menos independientes.

La decisión por independizarse en 1821 resultó definitiva tanto en el norte como en el sur del antiguo imperio colonial. Lo que permanecía de la antigua soberanía colonial fue, además de la “siempre fiel isla” de Cuba —donde la clase superior criolla, esclavista y enriquecida gracias al auge del azúcar se había arreglado ya con la dominación española—, la región casi impenetrable de los Andes. Allí se alcanzó la independencia gracias a una acción de pinza conjunta por parte de los dos liberadores, Bolívar desde el norte y San Martín desde el sur. El venezolano tuvo el mayor éxito, por lo que el encuentro de Guayaquil en julio de

1822 desembarcó en el repliegue voluntario de San Martín en un exilio en Europa.

En 1826 se concluyó la liberación militar de la región andina. Los habitantes de Quito, Perú y el Alto Perú les dieron la bienvenida a sus liberadores con sentimientos encontrados. En Quito, muchos rechazaron su entrada triunfal, mientras que en el Perú y en el Alto Perú los vieron desde un inicio, sobre todo las capas dirigentes criollas, como usurpadores. Ante el temor de una revolución social, los criollos peruanos postularon a un protector en 1821. Más tarde tomaron partido entre los distintos frentes, según la situación militar. En el Alto Perú, que tomó el nombre de Bolivia para honrar a su “liberador”, se tenía la esperanza de permanecer del lado del triunfador, que en 1825 permitió a la población formar parte del sector independiente. Éstas no eran las condiciones óptimas para la edificación de repúblicas independientes.

En realidad, al desaparecer la amenaza española se sucedieron intentos de disolución. Bolívar luchaba por una gran confederación andina, pero las complicaciones financieras provocaron disturbios en Perú y Bolivia con ocasión del sustento de la armada independentista. En 1828, el allegado de Bolívar, el general Antonio José de Sucre, frustró el proyecto boliviano, después de que el propio “liberador” hubiera vuelto apresuradamente dos años antes a la Gran Colombia para detener el proceso de disolución que se gestaba allí. Sin embargo fracasó su intento por estabilizar la situación echando mano de una dictadura, y ese mismo año se convocó a un congreso en Panamá con el objetivo de preparar una integración panamericana. En

1830, Venezuela y Ecuador se separaron de la Gran Colombia. La región remanente tomó el nombre, otra vez, de Nueva Granada. Los acontecimientos señalaban que, con el final de la amenaza española, se había suprimido la pinza que había mantenido unidas en distintos momentos a las diferentes regiones. Ya sin este freno pudieron resurgir los antiguos antagonismos. Bajo la impresión de los acontecimientos revolucionarios cobraron una nueva dimensión y desembocaron en guerras nacionalistas.

En el imperio colonial portugués se siguió otro camino hacia la independencia. Con el fin de año de 1807, en que huyeron las tropas invasoras francesas, la corte se trasladó de Lisboa a Río de Janeiro. Este cambio significó un florecimiento económico y cultural para la ciudad pero creó también descontento entre la aristocracia finquera, a causa de la situación privilegiada de los muchos portugueses europeos. En este sentido no tuvo impacto alguno el generoso gesto portugués que tuvo lugar después del congreso de Viena con el que Brasil recibió jubilosamente en 1815 el estatuto de ser una región igual en condiciones, bajo una Corona común. En 1817 hubo un levantamiento en la provincia de Pernambuco, que se sentía desplazada por la preferencia hacia Río de Janeiro. A pesar de que se anunció incluso una constitución, el movimiento permaneció con grietas internas. Los empeños por provocar una anexión de las provincias vecinas fracasaron, de manera que las tropas realistas pudieron controlar la situación en pocos meses.

Los conflictos se agravaron cuando las cortes de Portugal, que deseaba restituir el antiguo régimen colonial, consiguieron por la fuerza, después del levantamiento liberal

de 1820-1821, el regreso del rey João VI. De inmediato, Brasil se declaró independiente, pues había sido perjudicado en la distribución parlamentaria, al igual que como había sucedido ya en las colonias españolas. El príncipe Pedro, quien había tomado la gubernatura de Brasil, se convirtió en el emperador de una monarquía constitucional. La transición libre de sangre —en términos comparativos— fue posible en Brasil porque se mantuvo la fuerza unificadora de la Corona. A diferencia de las antiguas colonias españolas se continuó con la unidad del país a pesar de algunos levantamientos en las provincias porque la monarquía tuvo efectos integradores y porque las élites esclavistas temían una desestabilización del orden social.

En las nuevas repúblicas y monarquías americanas eran ya polémicas durante la fase bélica las concepciones políticas sobre el futuro. A pesar del énfasis de valores como la libertad y la igualdad en el simbolismo nacional, las revoluciones independentistas no fueron movimientos democráticos, puesto que las élites americanas deseaban la igualdad con los europeos tan sólo para sí mismas y no para la mayoría de la población. El nuevo sistema operó en favor de la autolegitimación de las clases altas y dirigentes. Pero iniciaron bajo mala estrella, ya que las jóvenes naciones latinoamericanas padecieron durante largo tiempo la sombra de la ilegitimidad a causa de la falta de reconocimiento por parte de las grandes potencias europeas. Las largas guerras y las deudas externas resultantes crearon las bases para nuevas formas de dependencia, que a la postre menoscabaron fuertemente el desarrollo de Latinoamérica.

Mapa 2. Los países latinoamericanos hacia 1830.





## CONFORMACIÓN DE LAS NACIONES E INTEGRACIÓN DEL MERCADO MUNDIAL (1830-1910)

Los proyectos políticos que provocaron los movimientos independentistas no eran del todo realizables debido a la situación internacional y a las consecuencias económicas de las largas guerras del siglo XIX. El periodo desde la independencia hasta los primeros años del siglo XX, que marcó una nueva época en la historia de Latinoamérica con la celebración de los centenarios de las independencias nacionales y el estallido de la primera Guerra Mundial, puede interpretarse como una época continua. La historiografía temprana latinoamericana juzgaba a menudo, en especial a la primera mitad del siglo XIX, de forma negativa: como una época de inestabilidad política y de decadencia económica. Con la consolidación y la apertura al mercado internacional y europeo durante la segunda mitad del siglo se abrió el camino a la modernización. La historiografía más reciente ha propuesto un juicio diferente, a saber, que incluso los fracasos de la fase inicial reflejan críticamente la euforia modernista del siglo que se apagaba.

Los problemas estructurales de las revoluciones independentistas eclipsaron el inicio de la conformación de los

países latinoamericanos. Con excepciones como la de Paraguay, surgieron constituciones por doquier al promediar el siglo XIX. Haití marcó el inicio en 1801, los Estados hispanoamericanos lo hicieron a partir de 1811, y Brasil en 1824. Fueron confeccionadas por las élites, que poseían poca experiencia de gobierno y que, por lo tanto, se apoyaron en los modelos extranjeros, como en la constitución estadounidense o en la española.

El objetivo de los constituyentes era un balance entre los ideales de libertad y de orden. Eran importantes las ideas básicas de libertad, igualdad y autodeterminación que las élites latinoamericanas habían conocido tempranamente. Los principios de la soberanía del pueblo, de representación política y de separación de poderes constituyeron el punto de partida. También los derechos humanos y civiles fueron un importante hilo conductor. El hombre, poseedor de sus derechos naturales, se erguía como núcleo de las leyes fundamentales. Con todo, hubo también restricciones que limitaron el derecho a, por ejemplo, la libertad de expresión o de religión. En una gran parte de los Estados, el catolicismo fue hasta el final del siglo XIX la religión oficial, y a menudo se prohibió la práctica pública de otros credos.

Durante mucho tiempo se discutió la cuestión del régimen de gobierno. Si bien se impuso en muchos lugares la república, hubo también monarquías. En Brasil, el país más extenso de Latinoamérica, se mantuvo este régimen de gobierno en su variante constitucional hasta 1889. En Haití y en México se hicieron experimentos, sin éxito alguno. La tendencia en favor de las repúblicas en el antiguo

imperio colonial español no era necesariamente expresión de un carácter democrático distintivo, pues a menudo se establecieron regímenes presidenciales autoritarios bastante largos, por ejemplo, en Paraguay el de José Gaspar de Francia (1814-1840), en Guatemala el de Rafael Carrera (1839-1865) o en México el de Porfirio Díaz (1876-1911). Más bien, la elección del régimen republicano coadyuvó a la autolegitimación de las élites criollas, que con ello evidenciaron el desinterés de la Corona española. A pesar de todo, hacia 1830 Latinoamérica era, junto con los Estados Unidos, la primera región del mundo en donde se había establecido —en extensiones territoriales considerables— el principio de la soberanía del pueblo.

Con las constituciones surgieron nuevas prácticas políticas. Así, las posibilidades de participación fueron en un primer momento, al menos en la teoría, bastante amplias, aunque más tarde volvieron a limitarse o quedaron estropeadas por patronazgos o clientelismos. Las elecciones no habían satisfecho nuestra concepción actual, pero eran importantes puntos de referencia. Incluso los caudillos, que se habían hecho del poder por medios violentos, se legitimaban a menudo mediante el “pueblo”. Las elecciones ayudaron también a la conformación de lo público, pues se volvieron fuentes de legitimidad cada vez más importantes. Surgió una activa esfera pública, rica en asociaciones y organizaciones políticas que fueron las precursoras de los partidos. Sin embargo, eran étnicamente exclusivas y prescindían, por ejemplo, de los indígenas, a quienes consideraban irracionales e incapaces. El problema político mayor fue, sin duda, la traducción del espíritu constitucional en

la práctica. Las élites aprovechaban la legislación constitucional para realizar disposiciones que les fueran ventajosas y que mantuvieran la jerarquía social. Entre los ideales de igualdad y la realidad constitucional se abría un inmenso abismo. Se observa, por ejemplo, en que el derecho al voto dependía del alfabetismo y del poder adquisitivo. Tanto la vulneración de los derechos fundamentales como la división de poderes socavaron también el respeto a la constitución mediante leyes de emergencia del Ejecutivo. En aquel momento, el poder legislativo en Latinoamérica era, en muchos casos, una posición débil. En tal contexto no podían surgir instituciones estables.

Esto se evidenciaba en el carácter efímero de las constituciones. En total, durante el siglo XIX hubo en los 18 países un total de 115 constituciones, aunque la diferencia entre Uruguay (una constitución) y la República Dominicana (15 constituciones) resulta notable. Además, en muchos Estados se suprimió la constitución a causa de dictaduras y guerras civiles. El hecho de que consideraran necesario elaborar nuevas constituciones muestra que no se cuestionaba su importancia fundamental como fundamento del orden institucional. La retórica republicana debía conservarse, pues ofrecía un aroma de legitimidad.

El fracaso temprano de muchas constituciones se debe también a que no se habían resuelto los problemas básicos relacionados con la conclusión de las guerras independentistas. Fue central la lucha entre los centralistas y los federalistas, que a menudo dependía de los intereses económicos propios de una región o ciudad. Especialmente problemático fue el conflicto en Centroamérica, en la

región de La Plata y en Gran Colombia. Con frecuencia, esta disputa se confundía con los conflictos entre conservadores y liberales. Estas querellas políticas devenían rápidamente en enfrentamientos militares. La consecuencia fue una extrema inestabilidad política, que se manifestó en una alta cantidad de cambios de gobierno en la mayoría de los países de la región, como en el caso —y ésta es tan sólo la punta del iceberg— de México, que entre 1824 y 1857 tuvo 16 presidentes y 33 gobiernos interinos, o el de Perú, que en promedio tuvo un cambio de gobierno cada año entre 1821 y 1845. Pero hacia el final del siglo XIX, el centralismo se había establecido prácticamente en todos lados.

Una razón que explica la brevedad de muchas constituciones y gobiernos fue sin duda la difícil tarea de conservar la lealtad al rey en la forma de lealtad a un ente de gobierno abstracto. Esta empresa fracasó en muchas ocasiones y el resultado fue una propensión a los regímenes autoritarios, que no trabajaron en el desmantelamiento de los antagonismos regionales y sociales, sino que se beneficiaron de ellos. Los nuevos hombres poderosos, los caudillos, aprovecharon el resquebrajamiento del orden colonial durante las guerras independentistas para satisfacer sus ansias de poder. El debilitamiento de los centros urbanos significó la pérdida de la capacidad para regular conflictos, lo que favoreció los brotes de violencia. Los regionalismos se contrapusieron a los jefes militares quienes, una vez en el poder, perseguían los intereses de sus propios adeptos y de su región.

En este periodo, los caudillos tomaron posesión del escenario político en todos los países latinoamericanos.

A menudo alcanzaron incluso el gobierno del Estado, como Juan Manuel Rosas, en La Plata (1829-1852), o José Antonio Páez, en Venezuela (1831-1843). Una vez establecidos en el poder, la constitución les ofrecía todas las posibilidades para su ejercicio del poder. Con frecuencia se trataba de grandes terratenientes o ganaderos con cierto carisma. Se ha hablado con razón en este contexto de una tendencia en favor de la ruralización del poder. Las élites urbanas perdieron influencia, ya que no contaban con los mismos recursos militares y porque no podían participar en los enfrentamientos bélicos en la misma medida que los cabecillas rurales con sus adeptos a caballo.

El ejército ganó importancia, pues a menudo fue la única institución que permaneció intacta después de las guerras independentistas. Los constituyentes le otorgaron un papel decisivo. A los militares se les comisionaba, en muchos casos *expressis verbis*, la conservación del orden interno e incluso la vigilancia de las elecciones. Estos encargos les concedieron a los militares una y otra vez motivos para participar en la política.

La consecuencia fue una militarización de la vida pública, que se inmiscuyó en las contiendas fronterizas, en los principios económicos, en la política económica y en la primacía de la ciudad sobre el campo. Estas guerras civiles fueron de una dureza terrible. La violencia de la revolución, que anteriormente se había dirigido al enemigo exterior, apuntaba ahora hacia el interior. El efecto de la presencia agresiva de los ejércitos insurgentes se mantuvo durante mucho tiempo. Lo mismo vale también para los distintos grupos guerrilleros. Especialmente en la región

andina —donde fue siempre grande la desconfianza de los indígenas ante el poder de los blancos, sin importar el gobierno—, la guerrilla se extendió más allá del final oficial de la guerra. Fue un factor desestabilizador que alimentó también a los grupos criminales.

En las regiones fronterizas de los antiguos reinos coloniales era casi irreconocible el orden estatal. La nueva retórica republicana resultaba incomprensible en la realidad de dichas regiones fronterizas, pues se caracterizaba por el fracaso de las instituciones, por ejemplo, de las misiones. A raíz de la debilidad de las nuevas naciones no fue posible establecer el nuevo orden legal y, como sucedió en Sonora, al norte de México, los criollos emigraron al extranjero en busca de seguridad. La falta de contundencia condujo a la deslegitimización del Estado. En la segunda mitad del siglo, los Estados consolidados como Chile (1861-1863) y Argentina (1879-1880) destruyeron la resistencia indígena en las fronteras con brutales campañas de exterminio.

Mientras tanto se habían multiplicado los intentos de disolución de los países, que habían comenzado en 1830-1831 con el desmoronamiento de Gran Colombia. En 1836, Texas declaró su independencia de México. Las provincias unidas de Centroamérica se descompusieron a partir de 1839 en las repúblicas independientes de Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Honduras y Nicaragua. En este último país era tan grave la decadencia que en 1856-1857 el aventurero norteamericano William Walker pudo arrebatarse para sí temporalmente el poder. En la década de 1830, diversos levantamientos regionales pusieron en riesgo la unidad territorial de Brasil. En 1844 se disolvió

nuevamente la unidad forzada por la invasión haitiana entre Haití y la República Dominicana. En el sur surgieron a partir del virreinato del Río de la Plata los países independientes de Bolivia, Paraguay y Uruguay. Las provincias restantes se hundieron en una guerra civil que se debía a las profundas diferencias entre el puerto de Buenos Aires y las zonas rurales. No fue sino hasta 1862 que el general Bartolomé Mitre consiguió la reunificación argentina.

Más allá de esto, en el siglo XIX aparecieron conflictos fronterizos entre los nuevos Estados, puesto que permanecían sin definir las líneas divisorias en las provincias. Esto se debía a la imprecisión de las demarcaciones provinciales de la época colonial, que, siguiendo el principio legal del *uti possidetis*, se volvieron fronteras nacionales después de la independencia. Surgieron guerras que hundían sus raíces tanto en las ambiciones territoriales como en las ansias nacionalistas. La Guerra de la Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay (1865-1870) es el conflicto latinoamericano más sangriento del siglo XIX, que tuvo consecuencias catastróficas principalmente para Paraguay. Para México, los enfrentamientos con los Estados Unidos, en proceso de expansión, fueron una amenaza existencial. Se agudizaron en la guerra de 1846 a 1848, por la que México perdió alrededor del 55% de su territorio nacional. Por el contrario, la Guerra del Pacífico de Chile contra los ejércitos aliados de Bolivia y Perú (1879-1883) se debió más bien a la posesión de materia prima importante, en este caso, del salitre.

Se presentaron también conflictos en las relaciones con el extranjero. Durante las guerras de independencia,

tan sólo en Haití hubo ataques directos de parte de una tercera potencia. En Hispanoamérica y en Brasil se trató siempre de enfrentamientos entre las colonias y la madre patria. Sin embargo, las relaciones con Inglaterra eran de una importancia central debido a su soberanía marítima y a su poderío comercial. Para Haití e Hispanoamérica se postergó el problema del reconocimiento legal a causa de la postura intransigente de Francia y España. Haití tuvo que comprarla a gran precio en 1825. España reconoció a sus antiguas colonias gradualmente a partir de 1836. En el caso de Brasil, el reconocimiento se dio con mayor rapidez, pero causó de igual manera grandes costos.

La aceptación oficial en la comunidad de las naciones fue importante, pero siguió siendo problemática la situación internacional de Latinoamérica. España, Francia e Inglaterra se mantuvieron presentes en la región a través de sus posesiones coloniales. En Hispanoamérica se mantuvo presente durante algunas décadas un justificado temor ante las actividades españolas. Más graves aún fueron los ataques directos de algunas potencias europeas, que con frecuencia se debían a deudas económicas pendientes. En otros casos se trataba de intereses estratégicos, por ejemplo, asegurar la libertad comercial en el Río de la Plata. Un motivo particular fue la prohibición del comercio de esclavos en Brasil. Desde el punto de vista europeo, los derechos a la soberanía de los países latinoamericanos no tuvieron importancia alguna.

Los problemas de la conformación de la nación se debían, en última instancia, al escepticismo ante un sistema político, que no explicaba claramente quién era el nuevo

soberano. “Nación” y “pueblo” eran conceptos vagos que las nuevas élites redefinían con mayor o menor amplitud según sus intereses, puesto que no querían correr riesgos de subversiones sociales. Se hablaba con frecuencia de los valores universales, pero en la práctica reinaba una discriminación social. En las sociedades étnicamente heterogéneas de Latinoamérica, en donde los grupos demográficos no blancos constituían la mayoría absoluta, se volvió especialmente grande la brecha entre la realidad social y la retórica en favor de la libertad y de la igualdad.

De acuerdo al espíritu de los constituyentes, al menos en la teoría, la dimensión étnica no debería jugar en términos sociales ningún papel. Se comenzó con una nación de ciudadanos que eran todos iguales ante la ley. Por lo tanto, en muchos lugares se suprimió el concepto de “indio”, con su tono peyorativo, y se le reemplazó con el nombre de “indígena”. Pero, después de concluida la guerra, muchas de las capas sociales hasta entonces marginadas exigieron las promesas revolucionarias de libertad, igualdad y autodeterminación. Desde el punto de vista de las clases superiores, esto representó una amenaza. Por lo tanto, los nuevos Estados trazaron nuevas fronteras internas étnico-sociales mediante limitaciones en el derecho al voto, además de medidas socioeconómicas de corte político, incluso antes de que estuvieran definidas las fronteras territoriales. Los esclavos liberados y las capas sociales inferiores permanecieron casi siempre al margen de los derechos fundamentales garantizados en las constituciones.

Por consiguiente, fue ambivalente el desarrollo social en los Estados independientes. A pesar de que hubo im-

pulsos reformatorios decisivos en la primera fase, se les desechó en las décadas de 1830 y 1840. Debido a la presión británica se abolió el comercio de esclavos en la década de 1820, salvo en el caso de Bolivia (1840) y de Paraguay (1842). Sin embargo debió pasar mucho tiempo para que se materializara dicha prohibición. En Brasil continuó el mercado negro. La institución en sí persistió aún más. Sí se abolió en esa década en aquellos países hispanoamericanos en los que la cuota de esclavos no tenía gran importancia, como Chile (1823), Centroamérica (1824) y México (1829). Generalmente se emitieron leyes en favor de un nacimiento libre, o se postergaba la libertad hasta alcanzar la mayoría de edad. De esta manera se postergó el final de la esclavitud. En 1869, Paraguay concluyó este proceso y pocos años más tarde la imitaron las colonias españolas de Puerto Rico (1873) y Cuba (1886). Brasil fue el último país latinoamericano en sumarse en el año de 1888.

Durante este periodo cambió bastante el papel que desempeñaba la población libre con quienes tenían raíces africanas o mestizas. Gradualmente, los *gens de couleur* se hicieron del poder en Haití, pero éste fue un caso excepcional. En otros Estados latinoamericanos se legisló la discriminación de la población mestiza, al menos teóricamente. Se abrieron nuevos canales de movilización social, principalmente a través del sistema militar, a pesar de que los prejuicios étnicos se mantuvieron fuertemente arraigados en la práctica y siguieron representando barreras fácticas para el ascenso social.

Para la población indígena de Hispanoamérica, la igualdad legal debía posibilitar la incorporación a la economía de

mercado y a la clase media. Las concepciones liberales de propiedad privada y de supresión de los privilegios corporativos condicionaron la desintegración de la propiedad comunal indígena. Las clases criollas dirigentes se mostraron particularmente orgullosas de este éxito modernizador. Pero los indígenas consideraban estos procesos con sentimientos encontrados, pues aunque el tributo había representado una carga, por otro lado les había garantizado un papel especial con un cierto sentido de protección. Para efectos prácticos, la pérdida de dicha posición especial provocó rechazos sociales en distintos puntos de las repúblicas jóvenes. Así, hubo, por ejemplo, flujos migratorios que podían ofrecer nuevas oportunidades a individuos concretos pero que afectaron a antiguas comunidades.

Con todo, de ninguna manera encontraron aplicación uniforme las nuevas leyes liberales. En partes de México, de América Central, de la región andina y en general allí donde aún no se establecía una economía exportadora se conservaron las antiguas estructuras y las comunidades indígenas mantuvieron de facto sus modos de vida tradicionales mucho más allá del final de las revoluciones independentistas. Por ejemplo, en la región de los Andes se conservó incluso el tributo indígena, puesto que los círculos acaudalados se negaron a pagar impuestos. Esto significó que los privilegios indígenas, en general la propiedad comunal, se abolieron mientras que las imposiciones tradicionales continuaban existiendo. Con la participación en la economía mundial se complicó la situación, puesto que los indígenas quedaron aún más desplazados y aumentaron las intervenciones a sus tierras. Las relaciones laborales

se transformaron poco, pues en lugar de los trabajos obligatorios de la época colonial surgieron la servidumbre por deuda y nuevas formas de trabajo forzado, que se legitimaban con leyes en contra del vagabundeo.

Las capas sociales no privilegiadas de ninguna manera fueron objetos pasivos en el proceso de conformación de los Estados, sino que crearon espacios de libertad para sí, en los que cuidaban sus estilos de vida e instituciones informales. Cuando se les amenazaba, luchaban en parte con absoluto éxito y, por épocas, con gran estilo. Todo el siglo XIX estuvo sembrado de levantamientos de campesinos e indígenas, pero también de esclavos. A esto hay que sumar el bandidaje en la provincia. También los numerosos movimientos milenaristas fueron expresión de estos levantamientos. Pero en esta época no hubo grandes revoluciones sociales.

En la cumbre social de los nuevos Estados, salvo Haití, se erguían las élites nacidas en América pero de origen europeo, que ocupaban las posiciones clave en la política, la economía y la administración. Especialmente en la posesión de tierras, cuya concentración aumentó en este periodo, surgieron nuevas capas superiores en el campo. Se esforzaban por impedir cambios sociales, sin que por ello omitieran la retórica liberal. Por lo tanto supieron encontrar arreglos que les permitieran conservar los antiguos privilegios sociales bajo nuevas apariencias. Sin embargo, en las repúblicas independientes encontraron retos desconocidos a causa de competidores, como comerciantes extranjeros y mestizos ambiciosos. Además se inició un proceso de diferenciación social que cobró ímpetu en los últimos 30 años del siglo XIX.

La situación social de las antiguas repúblicas estaba íntimamente unida a procesos económicos problemáticos. El optimismo inicial resultó infundado. En lugar del crecimiento esperado, en 1850 los indicadores macroeconómicos de muchos países de la región habían empeorado respecto de 1800, porque las consecuencias de las largas guerras y de la inestabilidad política perjudicaban la vida económica. Esto resultó especialmente claro en México, aquella antigua perla del antiguo virreinato colonial español que se hundió en el caos después de haber obtenido su independencia. En términos generales, el periodo entre 1820 y aproximadamente 1870 tuvo resultados negativos.

El punto de partida resultaba estupendo pues se había vuelto posible el libre comercio tan esperado. Como base de la economía exterior fungieron los tratados comerciales que pactaron los jóvenes Estados con las potencias europeas o los Estados Unidos sobre la base de los principios de la nación más favorecida. En realidad, los europeos fueron los más beneficiados. Los latinoamericanos pagaron altos costos, puesto que las cláusulas limitaban bastante las posibilidades de apoyar la economía nacional. De esta manera, los contratos representaban el fundamento para reconocer su independencia pero, por otro lado, creaban nuevas dependencias económicas. Para los productores latinoamericanos que debían competir con productos de importación, como los obrajes, el libre comercio fue mortal. En un primer momento, el interior del país permaneció en su mayoría al margen del libre comercio.

La integración económica internacional iba acompañada de un endeudamiento, cuyas dimensiones no supieron

advertir los gobiernos. En la década de 1820, Latinoamérica padeció su primera crisis de endeudamiento, puesto que el capital prestado, en su mayoría inglés, se invirtió de modo improductivo, para cubrir antiguas deudas y para pagar gastos corrientes. La consecuencia directa fue la suspensión de pagos de casi todos los Estados latinoamericanos. Por lo tanto, durante casi 25 años fue difícil acceder a créditos internacionales. De esta manera, en Latinoamérica faltó el capital de inversión necesario en un momento histórico decisivo, con lo que empeoró la dependencia del comercio exterior. Los Estados jóvenes estrenaron su independencia con una enorme carga de deuda extranjera.

A partir de la primera mitad del siglo XIX tomaron el poder en la mayoría de los Estados latinoamericanos ciudadanos educados y comerciantes con una fuerte orientación hacia el progreso. Reconocieron el desarrollo erróneo de las primeras décadas de la independencia y observaron que, a pesar del cambio superficial, la sociedad y la economía se habían estancado. Su objetivo era vencer el retraso nacional aproximándose gradualmente a modelos europeos. Para ello se empeñaron en introducir sus países en el sistema económico mundial, motivados por la explotación de los recursos disponibles. Eran rectores los principios fundamentales del liberalismo: desempeño y responsabilidad individual en el ámbito de la ética política, libre comercio y *laissez faire*, y la división internacional del trabajo sobre la base de las exportaciones de materia prima y de las importaciones de productos terminados en el ámbito económico. En términos de política económica se le otorgó al Estado el papel de garante de una economía exportadora

funcional. Por lo tanto, la política económica fue principalmente una política impulsora de las exportaciones mediante regulaciones de libre comercio, la creación de accesos libres al suelo y a los recursos naturales, así como la regulación de la fuerza de trabajo humana. Esto resultó problemático para las numerosas actividades económicas, con excepción de las exportaciones.

Se supuso de manera optimista que el crecimiento de las exportaciones traería consigo un aumento en la productividad y un cambio estructural en favor de la economía moderna de mercado. Las élites del siglo XIX perseguían un ideal de progreso que se reflejaba en la compra a bonos de medios de transporte financiados desde Europa, como el ferrocarril. En la segunda mitad del siglo, la industrialización y el crecimiento demográfico en Europa resultaron benévolos para el avance económico, lo que se reflejó en una demanda cada vez mayor de comestibles, de materia prima y de productos tropicales como el tabaco, el cacao, el café, el caucho y el azúcar. El trazado de rutas de navíos de vapor transatlánticos y la interconexión de las provincias con medios de transporte crearon las condiciones necesarias para una orientación exportadora exitosa. El desarrollo insuficiente del sector comercial no podía satisfacer adecuadamente la demanda de productos terminados. Lo que producían los manufactureros locales no podía compararse con los productos de masa europeos. Eran necesarias, por lo tanto, las importaciones y, para encontrar el balance comercial, resultó indispensable aumentar las exportaciones. Sin embargo, de ninguna manera estuvo exento de crisis el proceso económico. A menudo debían otorgarse privi-

legios demasiado amplios a los extranjeros para hacerse de capital, como lo deja ver el Tratado de Grace del gobierno peruano en 1890. Hacia el final del siglo XIX se cuestionó el paradigma de progreso liberal. Se llegó a un punto de inflexión con el estallido de la primera Guerra Mundial.

Los entusiastas del progreso liberal, que llegaron al poder en la segunda mitad del siglo XIX en casi todos lados, deseaban superar el pasado colonial. Combatieron el poder temporal de la iglesia con reformas y constituciones nuevas como en el México de Benito Juárez. La modernización del sistema educativo que siguió, por ejemplo, el presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento, y el establecimiento de infraestructura constituyeron objetivos centrales de los reformistas. En Colombia, por ejemplo, especialmente la cuestión de la iglesia provocó en esta época numerosas guerras civiles entre conservadores y liberales que a menudo sacaban a la luz los grandes conflictos entre el campo y la ciudad, la tradición y la modernidad, la orientación a las exportaciones y la posesión de tierra. Alcanzaron su punto más alto en la guerra colombiana de los Mil Días, entre 1899 y 1902.

Los reformistas querían transplantar la “civilización” europea en su entorno “bárbaro”. Para esto no bastaba intensificar las relaciones económicas con Europa. Los bienes y el dinero fueron fundamentales para la europeización del mundo vital, pero los ideales se rezagaron bastante. Como muchos de sus contemporáneos, también el argentino Juan Bautista Alberdi propagó el “blanqueamiento” de la población mediante la colonización masiva de inmigrantes europeos. Para esto deberían aprovecharse los grandes territorios aún inexplorados de la provincia.

Ya en la primera mitad del siglo XIX se emitieron leyes favorecedoras de la inmigración hacia los Estados independientes. En la segunda mitad del siglo, especialmente los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile instrumentaron de modo gradual una publicidad migratoria activa. Con el ascenso del positivismo europeo y del darwinismo social hacia finales del siglo XIX, esta política gozó de una nueva motivación. Según dichas concepciones, los políticos deseaban persuadir principalmente a inmigrantes de la región noroccidental de Europa. A causa de prejuicios racistas, los europeos de las regiones sur y oriental eran menos bienvenidos. En la segunda mitad del siglo hubo migraciones masivas sobre todo de Europa y en una proporción claramente menor también desde Asia. De los casi 50 millones de europeos que buscaron suerte en América entre 1830 y 1930, cerca de tan sólo una quinta parte permaneció en la parte sur del continente. Puesto que se concentraron en pocos países como Argentina, Brasil y en zonas de Chile y Uruguay, su importancia fue mayor allí.

Resultó problemática la integración de Latinoamérica en el mercado mundial, ya que la migración masiva generó nuevos problemas sociales. También en las relaciones internacionales surgieron nuevos enfrentamientos por esto mismo. A menudo no se pagaban puntualmente las deudas contraídas en un momento de confianza en el futuro. En las guerras civiles, a menudo se afectó a los extranjeros que exigían indemnizaciones. Esto provocó conflictos con los poderosos europeos, quienes una y otra vez dejaron en claro los límites de sus asociaciones comerciales.

A esto se sumó la carrera imperialista por la repartición de la tierra. Aunque Gran Bretaña había alcanzado una hegemonía informal, en especial desde el punto de vista comercial, de ninguna manera había llegado a su fin el colonialismo clásico. España y Francia, autoproclamada defensora de la “raza latina”, desarrollaron a partir de 1860 empeños imperialistas que fueron más allá del intervencionismo propio de la primera mitad del siglo. En este contexto, los invasores europeos se beneficiaron del colapso temporal de los Estados Unidos a causa de su guerra civil. El punto más alto que se alcanzó en este esfuerzo fue, gracias a Francia, el imperio mexicano de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867). Pero el levantamiento de los mexicanos, que derrocó dicho imperio, consiguió desautorizar definitivamente la idea de la restauración de una monarquía europea en Latinoamérica.

Hacia finales del siglo XIX se transformaron significativamente las condiciones internacionales. Esto se dibujó ya un año después del fusilamiento de Maximiliano, cuando estalló un levantamiento contra la soberanía española en Cuba. Esta guerra independentista se dilató durante varias décadas. Los Estados Unidos, que desde la declaración del presidente James Monroe en 1823 reclamaban un papel especial en el continente americano, aprovecharon en 1898 la debilidad de España para un golpe militar. El tratado de paz de París de diciembre del mismo año significó el fin oficial del poder colonial español en el Nuevo Mundo. A partir de entonces, los Estados Unidos asumieron el control al menos en la región norte de Latinoamérica. En 1902-1903, los Estados Unidos volvieron a mostrar

sus exigencias de poder en el contexto de la separación de Panamá respecto de Colombia, en tanto que aseguraron para sí el istmo para construir un canal interoceánico. Esta política quedó completada por el nuevo panamericanismo, inaugurado con una conferencia en Washington (1889-1890), y que trajo consigo una activa política exterior estadounidense en Latinoamérica.

Ya en épocas coloniales se habían constituido identidades entre las clases privilegiadas, que titubeaban en su orientación hacia las madres patrias o hacia el entorno americano. En el periodo de las guerras independentistas, esta separación iba acompañada de un distanciamiento espiritual respecto de los centros urbanos. Esto es válido especialmente para España, que se volvió modelo de decadencia y tiranía. Por el contrario, los centros de la Europa ilustrada, sobre todo de Francia e Inglaterra, se convirtieron durante ese mismo periodo en nuevos puntos de referencia.

Desde el punto de vista cultural, el siglo XIX estuvo marcado por la búsqueda de las identidades nacionales y latinoamericanas, y por el intento de sacudirse la carga colonial heredada. En esta búsqueda de lo propio, Europa siguió siendo en muchos aspectos un punto de referencia. Por ejemplo, el pensador latinoamericano más destacado, el venezolano Andrés Bello, vivió 18 años en Londres, y a partir de 1829 publicó en Chile sus trabajos científicos y literarios, que fueron pioneros. El Viejo Mundo ejerció en esta época una enorme fuerza de atracción sobre los jóvenes latinoamericanos de las clases privilegiadas. Esto es válido ante todo para la idea de progreso, que gozaba también de una dimensión cultural. Se consideraron medios

Europeos para los problemas de desarrollo en Latinoamérica, tales como la integración social y la marginalización de amplias capas sociales. Así, quienes no parecieran integrados debían ser exterminados. En esta concepción nacional no había lugar, por ejemplo, para la población indígena.

De cara a esta postura de las élites latinoamericanas en favor de una urgente modernización, no sorprende que factores europeos hayan influido la autoconciencia e incluso el nombre de la región. “Latinoamérica” fue un concepto que surgió entre los pensadores franceses panlatinos, y que en el Nuevo Mundo se recibió en la década de 1860 con gestos de agradecimiento. Este calificativo permitía distanciarse tanto de la herencia española como de los Estados Unidos. Con el uso del concepto de “Latinoamérica”, conocidos pensadores como el chileno Francisco Bilbao o el colombiano José María Torres Caicedo justificaron el deseo de una autonomía cultural y política.

Sin embargo, la orientación hacia Europa tenía también sus límites. En muchos lugares se mantuvieron las concepciones tradicionalistas y patriarcales. El ciego celo modernizante y el remedo del estilo europeo eran objeto de la crítica pública, y en el interior de las élites ilustradas se levantaron voces que reconocieron tempranamente que los indígenas y otros elementos demográficos no privilegiados eran piezas integrales de Latinoamérica. La existencia de dichos grupos demográficos volvía imposible una europeización definitiva. El conflicto con la propia realidad, en contraposición con la ideología europeizante dominante, cobró, por lo tanto, gran importancia. Puesto que los éxitos de desarrollo esperados no se presentaban o se alcanzaban a rastras, era comprensible

este retroceso. En esto desempeñó un papel importante el enfado que provocaba el dominio de los europeos en el propio territorio. Ante el trasfondo del historismo romántico y del pensamiento antihispánico, la herencia indígena experimentó entonces una idealización en todas partes. Se trataba del establecimiento del discurso ilustrado del “buen salvaje”.

En realidad, la masa de población indígena, africana y mestiza quedó excluida de los proyectos tanto de los europeizantes como de sus críticos. Esto no significó que estos estratos sociales bajos, principalmente en el campo aunque también presentes en los centros urbanos crecientes, no tuvieran nada que oponer a lo europeizante. Mediante su adhesión tradicional y su sistema de valores más orientado hacia la comunidad que al individuo pudieron resistir, en parte, a la presión del cambio impulsado por las capas superiores europeizantes de las ciudades.

Con el cambio de siglo se estructuró también el discurso de las élites. De esta manera, a partir del año de 1898 se estableció el panhispanismo, puesto que la amenaza inmediata de la antigua potencia colonial ya no tenía vigencia alguna tras la pérdida de Cuba. En este proceso cobró una importancia crucial la toma de partido en favor de una cercanía cultural con la antigua madre patria en contraposición ante el supuesto utilitarismo de los Estados Unidos. Al enfatizar los valores tradicionales, este modo de pensar resultó especialmente atractivo para los círculos conservadores en Latinoamérica. Sin embargo, también arrastraron consigo prejuicios racistas contra su riqueza étnica y daban ocasión a pronósticos pesimistas y críticos sobre las posibilidades de desarrollo de la propia región.

Al mismo tiempo se reflexionó sobre otro punto de referencia: el descubrimiento de la propia América y de la riqueza de sus etnias como fuente potencial de fuerza y autoconciencia. José Martí, el poeta cubano y luchador de la libertad, fue el precursor de este panamericanismo de origen genuinamente latinoamericano, que encontró su lema en el concepto de “nuestra América”, en contraposición a “América del Norte”. La búsqueda de las raíces propias en las culturas autóctonas y en la masa de los marginados así como la exigencia de un frente unido para rechazar el peligro norteamericano entre 1898 y 1914 resultaron elementos innovadores en la historia espiritual de Latinoamérica.

La conformación de las naciones en el siglo XIX estuvo cargada de problemas, y de ninguna manera se concluyó con la consecución de la independencia. En muchas regiones, la herencia de la época colonial marcó las estructuras internas. En partes del Caribe se prolongó incluso la soberanía colonial europea. El titubeo entre el caudillismo y el Estado constitucional caracterizó los primeros años de los países independientes. Los conflictos que estallaron en muchos sitios entre conservadores y liberales resultaron tan irresueltos como los problemas sociales que surgieron ante amplios grupos poblacionales marginalizados y étnicamente heterogéneos. El hecho de que los países independientes no se hayan podido distanciar de la marginalización y opresión de la población indígena, mestiza y africana representó un problema básico para el desarrollo de Latinoamérica. En el posicionamiento hacia el exterior, en su integración en el mercado internacional y en el conflicto con el imperialismo europeo y norteamericano-

no brotaron nuevas formas de dependencia. Esto se refleja también en la búsqueda de la propia identidad, que se caracterizó, sobre todo, por la comparación con modelos extranjeros en apariencia más desarrollados.

## NACIONALISMO Y CRISIS GLOBAL (1910-1945)

Hacia 1810, Latinoamérica experimentó con las revoluciones independentistas una escisión de carácter histórico. Un siglo más tarde no había vuelto a vivir otro corte histórico comparable, capaz de sacudir a toda la región. Hasta entonces se habían establecido ya 20 países independientes que, a pesar de sus similitudes, habían seguido procesos bastante dispares. Para 1910 se habían vigorizado y acelerado ya las transformaciones en muchos sentidos bajo influencia, sobre todo, del nacionalismo y de las crisis globales de aquella época, de manera que puede hablarse de un nuevo periodo en la historia latinoamericana. En épocas recientes se reconoce, principalmente desde una perspectiva culturo-histórica, el periodo entre 1910 y 1945 como una fase de ruptura. Estuvo impregnada de un espíritu modernizador, que condujo a una diferenciación cada vez mayor dentro de la propia Latinoamérica.

Puede determinarse su inicio en tres acontecimientos que, de alguna manera, fueron de importancia para toda Latinoamérica. En primer lugar, en 1910 comenzaron las celebraciones por el centenario de la independencia y, junto al júbilo por lo hasta entonces conseguido, se dio por

primera vez una crítica pública contra los fracasos, especialmente en el aspecto social. En segundo lugar, la primera Guerra Mundial provocó, gracias a sus efectos económicos y sociales, una profunda revaloración de lo que hasta el momento había sido una preferencia dominante por Europa. El final del sistema económico liberal a nivel mundial desencadenó su desaprobación y, en muchos países, se decidió en favor de una reorientación hacia los Estados Unidos. Con la entrada en la guerra de algunos países del lado de los Aliados en 1917, Latinoamérica participó por primera vez, al menos desde el punto de vista teórico, como un actor autónomo en la política mundial. En tercer lugar, el acontecimiento de la Revolución en México, comenzada en 1910, activó una alarma que se expandió más allá de las fronteras nacionales. De esta manera parecieron posibles los cambios revolucionarios en Latinoamérica, una impresión que se fortaleció aún más a consecuencia de los procesos internacionales, especialmente la Revolución rusa de 1917.

La crisis económica mundial de los años treinta puso punto final a muchas perspectivas. En la historiografía se habla a menudo de esta crisis como el final de una época, puesto que sacudió catastróficamente a la mayoría de los Estados latinoamericanos. Por último, la segunda Guerra Mundial y el nuevo orden mundial trajeron consigo una reorientación profunda. Entre 1933 y 1945 se tuvo la seria impresión a nivel internacional de que Latinoamérica podía ser un socio en condiciones idénticas para la lucha contra los fascismos europeos y de que, con la victoria de las democracias occidentales contra las potencias

del Eje, podría florecer una nueva era democrática en el subcontinente.

El siglo xx comenzó en Latinoamérica con una revolución que se cuenta entre los acontecimientos centrales de la historia mundial de ese siglo. El estallido de dicha revolución en México —el país en el que, aparentemente, se habían adoptado a la perfección las ideologías de progreso europeas— sorprendió a los contemporáneos. En un primer momento pareció tratarse de otro de los típicos golpes de Estado que habían marcado al largo siglo xix. En el año de los festejos por el centenario de la independencia mexicana, en 1910, se levantó la oposición bajo el liderazgo de Francisco I. Madero, perteneciente a la clase acomodada, contra el anciano dictador Porfirio Díaz, quien había transformado sin tregua a México desde 1876 con capital extranjero y sangrientas represiones. Al año siguiente, Díaz debió abandonar al país y Madero fue votado nuevo presidente.

Sin embargo, con esto no terminó la Revolución. Madero decepcionó a muchos partidarios a causa de su postura complaciente para con las viejas élites. De esta manera se autonomizaron los distintos grupos heterogéneos, que se habían unido tan sólo en el rechazo a Díaz, y estalló una guerra civil. En el norte del país, donde el movimiento surgió bajo la capitanía de Pascual Orozco y, más tarde, de Francisco (Pancho) Villa, así como en el sur, donde la dirigió Emiliano Zapata, se volvieron más fuertes las exigencias socio-revolucionarias, especialmente la de la reforma agraria. En 1913, el ejército, bajo la dirección del general Victoriano Huerta y con ayuda del embajador estadounidense,

derrocó al presidente Madero y estableció un régimen contrarrevolucionario. Sin embargo, Huerta no pudo mantenerse mucho tiempo en el cargo debido a la prolongación de la guerra civil.

Bajo el liderazgo del gobernador y terrateniente Venustiano Carranza, los —así llamados— constitucionalistas se hicieron del poder; se decantaron en favor de un cauce conservador y combatieron a las fuerzas más radicales. Fructificó la estrategia de los constitucionalistas que consistía en dividir a los partidarios de Villa y de Zapata y en vencerlos uno a uno. En 1916 se había impuesto ya Carranza, quien fue reconocido por los Estados Unidos. Aunque continuaron las contiendas, una nueva constitución legitimó al gobierno. En contra de las intenciones del propio Carranza, la Constitución de 1917 incluía numerosas determinaciones sociales que, en su mayoría, se efectuaron en la década de los años treinta. Tras el asesinato de Carranza en 1920 se estabilizó la situación, que quedó afianzada en 1928 mediante la fundación de un partido estatal, que a partir de 1946 se llamó Partido Revolucionario Institucional (PRI). El PRI dominó el sistema político del país hasta el año 2000.

La Revolución en México ganó importancia en el continente gracias al vigor con el que se exigieron los cambios sociales, que se implantaron al menos parcialmente, y gracias también al surgimiento de un nacionalismo revolucionario que acompañó los cambios sociales. Aunque no hubo una relación causal directa, los acontecimientos y las noticias llegadas desde México, en combinación con los movimientos internacionales de los años 1917-1918, resultaron

estimulantes para muchas naciones latinoamericanas. Estalló por doquier la protesta social, por ejemplo, en ocasión de los disturbios —que parecían guerra civil— durante la Semana Trágica de Argentina. Sin embargo, la crítica no tomó forma revolucionaria en todos lados.

Las causas de la protesta fueron el cambio social y las diferencias que todavía en aquella época marcaban a las sociedades latinoamericanas. En la primera mitad del siglo xx surgieron diferenciaciones sociales, puesto que en muchos países surgió una clase media en las ciudades —que crecían aceleradamente— compuesta por funcionarios de la administración pública cada vez más engrosada, de empleados de empresas privadas, de pequeños empresarios, de obreros, de universitarios y de trabajadores independientes. De esta nueva capa social surgieron numerosos críticos que, por ejemplo, se involucraron en el movimiento estudiantil de 1918 y en el nuevo movimiento feminista, y que se pronunciaban en favor de las capas no privilegiadas.

La inmensa mayoría de la población —llega a hablarse de cuatro quintas partes— pertenecía a la clase social baja y vivía, sobre todo, en el campo. Los campesinos y arrendatarios de pequeñas parcelas; los trabajadores y jornaleros sin tierras, y los pequeños empresarios representaban la inmensa mayoría de la población. En términos generales vivían en condiciones de dependencia tradicionales que en parte empeoraron al intensificarse la economía exportadora: de manera que, por doquier, echaban raíz en una repartición de la tierra extremadamente inequitativa, con lo que el llamado en favor de la tierra fue una exigencia central de los revolucionarios mexicanos y de los reformadores sociales

posteriores. Sin embargo habían de pasar todavía muchos años para que se estableciera en México una reforma eficaz y duradera de la tierra, pues la movilización de los campesinos continuó siendo difícil.

En muchas regiones se encontró, al menos para algunos grupos de trabajadores, una salida gracias a la migración a las zonas mineras, que experimentaban un apogeo, o en las fábricas industriales recién inauguradas en las ciudades. En general, allí podía ganarse un mejor sueldo, aunque las condiciones laborales eran bastante malas y los puestos de trabajo dependían aún más de la confluencia de distintos factores. También resultó atractivo el trabajo industrial para los inmigrantes, que hasta 1930 acudieron en masa a Argentina y Brasil, sobre todo.

Ya antes de 1910 habían llegado a Latinoamérica ideas anarquistas y socialistas que se reflejaron en el surgimiento del movimiento obrero. En países como Argentina, Brasil y Chile habían aparecido ya a finales del siglo XIX, mientras que en Venezuela, Ecuador y Centroamérica todavía no existían estructuras de organización permanentes. Tan sólo a causa de la crisis de la primera Guerra Mundial aumentó en términos cuantitativos y regionales el proletariado organizado. Por todos lados crecieron los sindicatos, las asociaciones de trabajadores, los periódicos y los partidos políticos, pero permanecieron divididos a causa de enfrentamientos ideológicos entre anarquistas, sindicalistas, socialistas, comunistas y trabajadores católicos. En la lucha por sus derechos, el movimiento obrero recurrió cada vez más a la huelga. Los empleadores y el Estado reaccionaron la mayoría de las veces con represiones brutales. Las masacres de obreros

en huelga, por ejemplo, en las plantaciones bananeras en Colombia en 1928, se volvieron importantes memoriales nacionales. Sin embargo, en esta época aparecieron también, bajo presión de reformadores sociales liberales y católicos, las primeras medidas legales para proteger al obrero.

La desigualdad en Latinoamérica siguió teniendo, como antes, no sólo una dimensión social sino también étnica. Desde el inicio del siglo, además de las reflexiones críticas sobre el déficit de desarrollo, el problema de la población indígena se había colocado en el centro del interés general. En países como Bolivia, Guatemala, México y Perú, con altos porcentajes de población indígena, se pronunciaron intelectuales críticos, como el peruano José Carlos Mariátegui, a propósito de la situación de urgencia socioeconómica y de la marginalización de estos grupos demográficos, y exigieron reformas. Especialmente en México y en Perú surgieron movimientos indigenistas, que ya no consideraban que la falta de integración de los indígenas se debía a su baja autoestima cultural o incluso “de raza”, sino que lo reconocían como un problema socioeconómico. También comenzó a cambiar lentamente la situación de la población afroamericana: los afrobrasileños se organizaron y publicaron periódicos propios que denunciaban la discriminación en la sociedad brasileña.

Un fenómeno típico de esta época fue la crítica cada vez mayor a la dimensión internacional de la desigualdad. Desde inicios de siglo había aumentado el intervencionismo estadounidense en Centroamérica, en el Caribe y en la parte norte de Sudamérica —en el así llamado “patio trasero” de los Estados Unidos—, y una vez concluida la pri-

mera Guerra Mundial aumentó aún más gracias al fracaso de las potencias europeas. La oposición latinoamericana no quedó limitada al nivel diplomático, puesto que ya desde finales del siglo XIX se habían puesto en marcha diversas iniciativas para establecer tribunales y en favor del respeto a los derechos de la soberanía nacional. Una vez terminada la guerra surgieron, con decisión, movimientos y partidos antiimperialistas, como el del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, quien en 1924 fundó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que invitaba a una solidaridad panlatinoamericana. En la década de los años veinte cristalizó en la lucha de los rebeldes nicara-güenses, bajo la dirección de Augusto César Sandino, contra los invasores estadounidenses, lo que atrajo a la atención pública mundial y ofreció a la izquierda —sobre todo a la Komintern— la oportunidad de hacer propaganda.

Con el surgimiento de los movimientos sociales llegaron también los esfuerzos en favor de la democracia. Aparecieron nuevos partidos, especialmente en los países en el sur de Latinoamérica, donde la participación política se había dilatado un poco mediante una ampliación del derecho al voto. En términos generales eran un reflejo del interés político cada vez mayor de la población. Pero las oligarquías tradicionales se opusieron durante mucho tiempo, con un éxito relativo, a la pérdida de su monopolio del poder. En países como Guatemala, por ejemplo, se mantuvieron hasta 1945, con la excepción de breves intermedios. No era posible ignorar la continuidad de los poderes oligárquicos que, en muchos casos, mantuvieron su dominio y, en otros, fueron depuestos tan sólo superficialmente. Por el contra-

rio, en Chile y en Ecuador fungieron los militares jóvenes como el motor del cambio y sortearon el estancamiento reformativo del sistema político con dictaduras que se apoyaron en consejeros e inversionistas estadounidenses. También en Brasil hubo empeños similares, pero las fuerzas conservadoras pudieron sostenerse, como en muchos otros países. Se mantuvieron en la visión de una modernización económica dirigida desde arriba. Las transformaciones sociales y políticas se reflejaron en el cambio cultural que surgió junto con la globalización de dicha época. Por ejemplo, los movimientos indigenistas se comprometieron en términos culturales y políticos, como en el caso de la reforma educativa del México revolucionario, que permeó en toda Latinoamérica. Su expresión más evidente fueron las obras del muralismo, que crearon artistas como Diego Rivera y José Clemente Orozco. Las reformas eran resultado de la valoración cada vez más alta de lo propio, un baluarte del orgullo nacional al que se refería todo discurso nacionalista de la época, sin importar su tenor, que quedó completado mediante investigaciones en favor de la unidad cultural e incluso “racial” de Latinoamérica. Con su idea de la “raza cósmica”, el filósofo y político mexicano José Vasconcelos se opuso a las teorías raciales de su época, en tanto que declaró a la mezcla típica de los latinoamericanos como un rasgo “racial” distintivo.

También la literatura y el arte descubrieron que los elementos indígenas y africanos constituían fuerzas latinoamericanas genuinas. Incluso contiendas deportivas tales como el fútbol llegaron a ser fuente de autoconciencia. En especial cobró importancia Uruguay cuando ganó la

primera Copa Mundial en 1930. En paralelo a esto, y como reto, apareció la dinámica de la americanización, que resultó victoriosa en el cine, la música y el baile. La intensa adopción de medios y productos novedosos propios de la cultura de masas provocó una tensión ambivalente respecto del nacionalismo cultural, de manera que, desde un punto de vista cultural, el inicio del siglo xx latinoamericano estuvo también plagado de contradicciones.

El desarrollo económico gozó en este periodo una nueva dirección que dependió en gran medida de los acontecimientos de la primera Guerra Mundial y de la crisis económica global. Hasta 1930 dominó la orientación tradicional hacia el extranjero en grandes porciones de Latinoamérica. En el sistema económico global, el continente siguió siendo un productor de primer nivel de materia prima y de productos agrarios, así como receptor de productos terminados. La coyuntura esencial radicó en la exportación de unos pocos productos para la mayoría de los países. En Centroamérica se establecieron —literalmente— repúblicas bananeras, como Costa Rica, Honduras y El Salvador, mientras que en la región de los Andes y en otros sitios surgieron enclaves mineros y otros en el sector de las plantaciones, que dependían de capital extranjero. Los beneficiados de este sistema económico eran las oligarquías y los inversionistas europeos, y se vivió una enfática orientación hacia los Estados Unidos, en tanto fuente principal de las inversiones.

La primera Guerra Mundial ofreció la oportunidad de reconsiderarlo todo. Los mercados europeos tradicionales se colapsaron y surgieron estrecheces en el abastecimiento

de productos terminados. Las importaciones provenientes de los Estados Unidos no podían equilibrarlas del todo. La crisis ocasionada por la guerra provocó impulsos que condujeron a emprender esfuerzos en favor de la industrialización, especialmente en la industria de los bienes de consumo en el terreno de los textiles, los alimentos y los productos de lujo, como en Argentina, Brasil y Chile. La urbanización cada vez mayor de estos países en la década de los veinte y el crecimiento del movimiento obrero en esas regiones estuvieron íntimamente relacionados con su industrialización temprana.

En paralelo, durante este periodo brotó una nueva concepción político-económica. El espíritu nacionalista de la época sucumbió a medidas proteccionistas. Esto se debe a la fase de relativa prosperidad durante los años posteriores a la guerra que, paradójicamente, en muchos sitios se financió con capital estadounidense. De esta manera, hasta 1930 se efectuaron inversiones que mantuvieron la fe en el progreso, y que incluso en algunos casos provocaron un auge, una “danza de los millones”, en los gobiernos conservadores de Colombia o durante la dictadura de Augusto Leguía, que duró 11 años en el Perú.

En 1929 el bienestar económico dependía tanto de la economía mundial, y particularmente de la estadounidense, que las noticias de la caída de la bolsa en Nueva York desencadenaron un terror inmediato. En cuanto los inversionistas norteamericanos retiraron su capital a causa del pánico, la crisis se hizo presente en Latinoamérica. En muy poco tiempo se desplomaron los indicadores económicos hasta colocarse en puntos de crisis. Los mercados de ex-

portación en Europa y los Estados Unidos se desplomaron, como había sucedido ya en 1914, pero con la diferencia de que en esta ocasión no había demanda de bienes importantes para la continuación de la guerra. Al mismo tiempo empeoraron los *terms of trade*, con lo que ya no pudieron pagarse las importaciones necesarias y su volumen decayó gravemente. Resultó catastrófica la reducción del volumen comercial y golpeó sobre todo a aquellos países que confiaban en la exportación de uno o de muy pocos productos. Se colapsaron los países cuyos ingresos a menudo dependían de los aranceles del comercio exterior. Debido a la falta de capital debió interrumpirse la construcción de infraestructura pública. Por ende se volvieron incontenibles los índices de inflación y de desempleo. En poco tiempo, un país latinoamericano tras otro se declaró incapaz de pago. Bajo esas condiciones ya no fue posible recibir capital extranjero para la deuda pública ni nuevas inversiones. Conforme se evidenció la fuerza de la crisis económica, decayó la fe en las exportaciones, en el “desarrollo hacia afuera”. Esto se debe, en parte, a que la crisis económica mundial creó nuevas condiciones internacionales, pues los países industrializados se escudaron tras rígidas medidas proteccionistas y adoptaron el estándar de oro como sistema monetario. En Latinoamérica se siguieron estas especificaciones, se introdujeron controles de divisas y de importaciones, y se devaluó la moneda propia. El objetivo era superar la crisis mediante una limitación de las importaciones. Para esto fue necesario impulsar la producción local.

Sin duda se desarrolló en este periodo una nueva dirección en la política económica orientada hacia el merca-

do interior, un “desarrollo hacia adentro”. Esto se mostró también en la política migratoria, que se tornó restrictiva. La orientación hacia el interior repercutió también en la agronomía, en la infraestructura y, especialmente, en la industria. Se construyó aprovechando la infraestructura y siguiendo los modelos existentes desde la primera Guerra Mundial, de manera que en los años treinta se establecieron las bases de la política de industrialización vía sustitución de importaciones que marcaría a Latinoamérica en las décadas posteriores. No debe olvidarse que los embates político-económicos a partir de 1933 generaron una mayor demanda general de materia prima latinoamericana. Algunos países, como Cuba o Venezuela, debieron su relativamente rápida recuperación gracias, sobre todo, a la salud del sector exportador. Incluso en países en vías de desarrollo industrial, como Brasil o Chile, este factor desempeñó también un papel importante. La gran crisis trajo consigo no sólo consecuencias económicas sino también profundamente políticas. El colapso económico originó numerosas revoluciones y robusteció algunas tendencias nacionalistas y a veces radicales. En un caso, en el conflicto entre Bolivia y Paraguay por el Chaco (1932-1935), se suscitó incluso una guerra. Si el dominio de las oligarquías nacionales había quedado socavado desde 1910 y, en el caso de México, incluso minado, la tendencia se volvió entonces más profunda. A menudo, los gobiernos fueron derrocados por golpes militares o al menos con apoyo del ejército. Los regímenes militares que se hicieron del poder, por ejemplo en Argentina y Bolivia, eran afines a los fascismos europeos.

Por todos lados se instalaron regímenes populistas que buscaban la reconstrucción de la sociedad mediante la adopción de modelos corporativistas y tecnocráticos. En todos los sentidos, el Estado aumentó considerablemente sus actividades, lo que en parte se debía también a los cada vez mejores medios de transporte, como automóviles y aviones. Algunos hombres de gobierno, como Getúlio Vargas, en Brasil, Lázaro Cárdenas, en México y, más tarde, Juan Domingo Perón, en Argentina, le otorgaron un nuevo rostro a la política. Amplias capas sociales se sintieron apeladas mediante medidas sociopolíticas populistas y muchos sindicatos se acercaron a los gobiernos. La década de los treinta, hundida en la crisis, fue también un periodo de conflictos laborales agudizados, situación que aprovecharon los comunistas para manifestarse, a costa de los anarquistas.

Tras la primera Guerra Mundial y la crisis económica global, la segunda Guerra Mundial resultó ser la tercera crisis externa en este periodo. Ya con anterioridad se había mostrado la fuerte dependencia de Latinoamérica respecto de la política mundial, pues desde 1919 estaba activamente incluida en la Sociedad de las Naciones. Los Estados Unidos, que durante la crisis económica global habían remontado un fuerte antiamericanismo, a partir de 1933 transformaron su política latinoamericana y adoptaron el eslogan de “el buen vecino”. Así, Latinoamérica debía unirse en una alianza panamericana contra los totalitarismos europeos. Además de esto había motivos económicos decisivos. Se apoyó esta política con medidas culturo-políticas, como la producción de algunas películas de Ho-

llywood que obedecían a este objetivo. Fueron ambivalentes las reacciones en Latinoamérica. Se mantuvieron fuertes la desconfianza y la animosidad contra el vecino del norte. En los años treinta fueron muchos los gobiernos que jugaron con las contradicciones entre los Estados Unidos y Europa para perseguir sus propios intereses. Al igual que los Estados Unidos, también Latinoamérica declaró en 1933 su neutralidad, pero observaba con preocupación los éxitos militares de Alemania.

El ataque japonés a los Estados Unidos provocó una ponderación en Latinoamérica y generó un acercamiento, puesto que pareció urgente una defensa común bajo el eslogan de la “seguridad colectiva”. A partir de 1942, los Estados latinoamericanos, salvo la excepción de Argentina, rompieron gradualmente sus relaciones con las fuerzas del Eje y entraron a la guerra al lado de los Aliados. Los inmigrantes y sus descendientes de Alemania, Italia y Japón se consideraron un peligro cada vez mayor para la seguridad nacional, y se les persiguió. Por el contrario, la apertura hacia quienes huían del terror nazi fue más bien tibia. La aportación de Latinoamérica a la guerra se cifró principalmente en el envío de materia prima bélica y en la facilitación de puntos estratégicos. Aunque esto fue bastante redituable, resultó en una mayor dependencia hacia los Estados Unidos por tomar partido en su favor. Además se frenaron los esfuerzos industrialistas a causa del auge de las exportaciones.

En Latinoamérica se discutió críticamente esta dependencia hacia el final de la guerra. Puesto que se había alcanzado el objetivo común de defenderse ante las potencias del Eje, reaparecieron después los intereses, esencialmente

distintos, entre los Estados Unidos y Latinoamérica. Aunque los gobiernos latinoamericanos apoyaron los planes de Washington en favor de la creación de las Naciones Unidas, rechazaron el Consejo de Seguridad exclusivo para las grandes potencias. En el plano de la política económica hubo también distintas opiniones, pues los Estados Unidos sugerían el libre comercio, mientras que Latinoamérica apoyaba una política económica nacionalista y de corte estatal. Mediante la reorientación de la política norteamericana en favor de Europa después de la guerra, Latinoamérica fue de un interés secundario y recibió, por lo tanto, una ayuda económica mínima. Decayó también el apoyo a la democracia en el continente americano, que resultó contundentemente exitoso en algunos países durante los años cuarenta. Bajo la impresión de la Guerra Fría, que comenzaba, Washington apoyó dictaduras, siempre y cuando protegieran los intereses estadounidenses y fueran anticomunistas.

Hacia el final de la década, esto propició en muchos países un evidente desplazamiento hacia la derecha. En este contexto se creó, también con éxito, un sistema de seguridad interamericano de perfil anticomunista, que en 1948 culminó con la fundación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y que afianzó la hegemonía de los Estados Unidos en la región.

Las crisis globales del inicio del siglo xx tuvieron efectos más o menos fuertes sobre Latinoamérica, con consecuencias ambivalentes. El subcontinente no pudo escapar a estas dinámicas. El surgimiento de los nacionalismos en este periodo no fue algo específico de Latinoamérica. Los

intentos en favor de procesos —lo más autárquico posible hacia adentro— son reflejo del espíritu de la época, pero dichos esfuerzos tan sólo fueron realizables dentro de cierta medida. Los éxitos modernizadores resultaron escasos, pues la situación en Latinoamérica era más complicada que en otros sitios, ya que las hipotecas sociales resultaban onerosas para los países de la región. Al menos durante este periodo, el subcontinente experimentó el inicio de un profundo cambio social que habría de marcar todo su siglo xx, pues trajo consigo un retorno decisivo hacia elementos de la realidad social hasta entonces desdeñados. Esto es válido también para el plano cultural, en el que surgió una tensión entre las influencias internas y externas. Se puede interpretar este periodo como la época del despertar de la autoconciencia latinoamericana, tras el cual fueron enormes el optimismo y la esperanza en el progreso.



## DEMOCRACIAS Y DICTADURAS BAJO LA SOMBRA DE LA GUERRA FRÍA (1945-1990)

El final de la guerra no significó para Latinoamérica un cambio de época. Sin embargo, el nuevo orden mundial creó condiciones internacionales que se volvieron más evidentes que nunca antes en la región. No solamente hubo cambios fundamentales en los parámetros desde una perspectiva de política exterior. En la sociedad y en la economía se robustecieron también procesos ya iniciados a principios del siglo xx, como la industrialización y la urbanización. En términos generales se fortalecieron los retos sociales. Se reconoció como un problema el “subdesarrollo” y se buscaron maneras de combatirlo. Esto condujo a diversas reacciones políticas que resultaron nuevas en su radicalismo. Era común a todas la cuesta de la solución violenta de los conflictos sociales. Se mostró también el alto grado de ideologización que se alimentaba del contexto global y que, en esta época, le otorgó a la historia latinoamericana un carácter propio.

El final de la segunda Guerra Mundial no estuvo exento de problemas para Latinoamérica desde la perspectiva económica. Al acabar la guerra decayó la demanda de

materia prima importante para el conflicto bélico y disminuyó el volumen de las exportaciones. También se agotó la ayuda económica proveniente de los Estados Unidos. Sin embargo, aumentaron rápidamente los precios para los productos de exportación, y los *terms of trade* mejoraron notablemente en los primeros años después de la guerra. La mayoría de los países aprovecharon esta coyuntura para liquidar sus antiguas deudas. Además nacionalizaron sectores clave de la economía, lo que, igual que el aumento en la demanda de bienes de importación, favoreció el rápido consumo de las reservas nacionales.

En 1950 todavía trabajaba más de la mitad de la fuerza laboral en el campo, aunque el porcentaje había decaído bastante desde 1930. Esta tendencia continuaría su curso. La importancia socioeconómica del campo decayó sin pausa, aunque aumentó notablemente su productividad. Esto último se debe a la expansión de las áreas de producción en territorios hasta entonces inaccesibles —como, por ejemplo, en Brasil— y a una modernización general. De esto se beneficiaron, sobre todo, los empresarios medianos y grandes, que poseían el capital necesario para adquirir nueva maquinaria y abonos, mientras que empobrecieron los pequeños campesinos y jornaleros.

Se volvió entonces tema de la agenda política la reforma de la agenda agraria, exigida desde hacía mucho. En los años cincuenta, países como Guatemala y Bolivia retomaron esta tarea, pero se levantó pronto la oposición de las oligarquías que derrocaron a los gobiernos reformistas. Tan sólo bajo el efecto de la Revolución cubana se tomó en serio el impulso de la reforma agraria también en otros sitios.

Algunos países lo llevaron a cabo bajo augurios conservadores, por ejemplo, la ayuda estadounidense de los años sesenta en el contexto de la Alianza para el Progreso, mientras que otros lo hicieron bajo la estrella revolucionaria, como en el caso de Chile a principios de los años setenta y de Nicaragua en los años ochenta. En general, las reformas cambiaron poco la repartición inequitativa de los recursos. Los regímenes militares en el sur retrocedieron parcialmente. La población campesina pobre emigró hacia las ciudades o vivió de las transferencias de los familiares que habían emigrado por causas laborales, principalmente, a los Estados Unidos.

La crisis del campo fue un indicio en favor de la concentración del sector industrial. El camino hacia la era industrial marcó la historia latinoamericana durante estas décadas. En los años cincuenta, muchos gobiernos pasaron, con un nuevo impulso, del nacionalismo y de una desconfianza ante el mercado global hacia una política económica de industrialización vía sustitución de importaciones. Detrás de esta nueva orientación político-económica estaba también el efecto de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), de las Naciones Unidas, fundada en 1948. Algunos intelectuales de la CEPAL, sobre todo el argentino Raúl Prebisch, supusieron, a partir de las experiencias de las guerras mundiales y de la crisis económica global, que era un error para el desarrollo la orientación hacia afuera. Más aún, pronosticaron que los *terms of trade* de Latinoamérica empeorarían sin pausa en el futuro debido a que el sistema económico global afectaba estructuralmente al subcontinente. Por ello, la CEPAL fomentó la

sustitución de las importaciones mediante la industria local, para lo cual el Estado debía adquirir un papel guía.

Con convicción, los grandes países de la región, como Argentina, Brasil, México e incluso Chile, persiguieron estas normas. Limitaron las importaciones con medidas proteccionistas. Al mismo tiempo consolidaron el sector industrial público y se esforzaron por edificar una base sólida para la industria pesada. Pero, además de las actividades estatales, eran imprescindibles también las inversiones extranjeras, que creaban tensiones con los aires nacionalistas. El hecho de que las empresas extranjeras —entre otras también las alemanas, como Volkswagen— se hayan decidido por Latinoamérica se debe a la facilidad de aceptación de sus mercados. Los esfuerzos se reflejaron en altas tasas de crecimiento que en parte continuaron hasta los años setenta. En especial Brasil y México; Argentina —con ciertas limitaciones—, y a la distancia también Chile y Colombia —a causa del pequeño mercado interno— se convirtieron en países industriales en vías de desarrollo que planificaron también la consolidación de su infraestructura de transporte. Con esto creció la convicción de que pronto formarían parte del mundo industrial. Incluso en algunos sitios se hablaba de un “milagro económico”.

Sin embargo, no todos estuvieron de acuerdo en un principio con la industrialización. Países como México y Colombia se empeñaron al mismo tiempo en favorecer tanto sus exportaciones como otras fuentes de ingreso. Además, muchos otros pequeños países se asieron al modelo de desarrollo con base en las exportaciones. Por un lado faltaban los cimientos para la industrialización y, por otro,

estaban asentadas en el poder todavía las oligarquías tradicionales y propietarias de las tierras. El sector exportador se concentró en un único producto o en pocos. Esto vale, por ejemplo, para el petróleo de Venezuela, para el estaño de Bolivia o para el azúcar de Cuba. Mientras que otros países, tales como Perú, Ecuador y otros centroamericanos, ampliaron su gama de productos de exportación.

Estos países se vieron desplazados de los problemas conocidos a causa de fluctuaciones coyunturales del mercado mundial. A esto se sumaron problemas ecológicos por la destrucción progresiva de los bosques y, por ello mismo, de las catástrofes naturales, que empeoraron. Los conflictos con los inversionistas extranjeros aumentaron también debido al creciente nacionalismo y antiimperialismo. Finalmente, hacia finales de los años cincuenta, algunos pequeños países probaron suerte con una industrialización autónoma, pero tuvieron poco éxito a causa de los escasos mercados locales. También los intentos por una integración regional, que se multiplicaron especialmente en la década de los años sesenta, fueron poco fructíferos por distintas razones.

Incluso en los grandes países la industrialización arrojaba ciertas sombras. Los productos fabricados en climas proteccionistas eran excesivamente caros y no podían sostener la competencia internacional. La producción era ineficiente. No se pensaba en absoluto en la exportación de productos industriales y los ingresos debían embolsarse más bien mediante productos de exportación tradicionales. No se alcanzó el objetivo de la política industrial, a saber, la disminución de las importaciones. De aquí surgieron problemas estructurales que empeoraron progresivamente.

También aumentaron los conflictos sociales. Sin embargo, la clase media se diferenció y también su participación en la estructura laboral experimentó un crecimiento. Este desarrollo no fue suficientemente fuerte como para dismantelar las desigualdades sociales. Por el contrario, la gran parte de la población seguía perteneciendo a las clases bajas, aunque la mayoría vivía ya en las ciudades. Sobra decir que no todos encontraron empleo en la industria. Un porcentaje cada vez mayor derivó al sector informal, donde desarrolló actividades no reguladas.

En los años sesenta se agudizaron los síntomas de crisis en muchos países. Como reacción a ello se dio la espalda a este modelo y se emprendió una nueva dirección. Los regímenes militares de Argentina, Chile y Uruguay buscaron un cambio brusco en lo económico-político mediante la liberalización del comercio exterior. Otros países se decidieron también en favor del sector de exportación. Al mismo tiempo se disparó la deuda externa tras la crisis petrolera de 1973, pues el capital podía conseguirse bajo condiciones accesibles. Cuando volvieron a precipitarse los precios de la materia prima a principios de los años ochenta y, con ello, empeoraron las condiciones de crédito, estalló una nueva crisis en Latinoamérica que tuvo su apogeo en la incapacidad de pago de México en 1982. Esta crisis introdujo el final de la política de industrialización vía sustitución de importaciones, puesto que los representantes extranjeros fomentaban, con negociaciones obstinadas a propósito de la regularización de la deuda, la liberalización de los mercados, medidas de privatización más amplias y la edificación del sistema social. Latinoamérica siguió este

esquema neoliberal con cierta reticencia, pero hacia el final de la década se mostró, casi siempre, una consolidación económica. Los costos más altos de este cambio fueron la caída de los sueldos reales, un aumento en la cuota de desempleo, el desbordamiento del sector informal y el crecimiento de la brecha entre pobres y ricos.

Con los altibajos económicos hubo un profundo cambio social. La población de Latinoamérica se triplicó entre 1945 y 1990. El subcontinente experimentó una verdadera explosión demográfica, especialmente en las décadas de los cincuenta y los sesenta, que se debió, sobre todo, a las mejoras de la medicina. Una de las consecuencias fue la migración de pobres hacia regiones supuestamente más ricas. Las ciudades crecieron explosivamente en este periodo y algunas, como São Paulo o la ciudad de México, se convirtieron en megalópolis sin estar preparadas para ello. Por un lado, surgieron zonas urbanas modernas que adoptaban estándares arquitectónicos occidentales; por otro —y en ocasiones en contacto directo con estas vecindades—, se expandieron los barrios de miseria en los que ni siquiera existía el sistema básico de servicios públicos. No pocas veces estos asentamientos se convirtieron en focos conflictivos. Pero las capas bajas no conformaron una clase homogénea. El aumento del sector informal apuntaló la tendencia hacia la fragmentación. La inmensa masa de pobres se contrapuso a la creciente clase media y a las muy pequeñas clases altas, que estaban conformadas por familias tradicionales de las antiguas oligarquías terratenientes y del nuevo espectro de empresarios. La estructura social, salvo contadas excepciones, continuó siendo extremadamente

heterogénea, efecto que quedó aún más marcado a causa de las reformas neoliberales de los años ochenta.

Los problemas sociales y económicos desencadenaron intensas discusiones a propósito del curso correcto hacia el futuro que no se mantuvieron en el plano teórico, sino que pronto se convirtieron en conflictos ideológicos con violencia armada. De esta manera, Latinoamérica pasó a ser un escenario de agitada violencia política. La región fue parte de la lucha global de las ideologías y arena de la Guerra Fría.

Este proceso tuvo su apogeo en la rivalidad mundial entre el capitalismo y el marxismo. Sobre esta base surgieron en Latinoamérica algunas aportaciones teóricas que llegaron a ser aceptadas en todo el mundo. Subió de volumen la crítica al optimismo en el progreso de cara a los éxitos no alcanzados. De aquí brotó en los años sesenta la Teoría de la Dependencia. Sus precursores, tales como el futuro presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso, concebían el subdesarrollo como resultado de la historia dominada por fuerzas externas. Entendían el sistema mundial como gobernado por centros que mantenían a las periferias bajo su dependencia. Esta idea fundamental vinculó a los teóricos de la Dependencia, a pesar de que hubo numerosas corrientes distintas. La crítica ha esgrimido graves desatinos de la Teoría de la Dependencia, pero a nivel político tuvo gran influencia.

También la Iglesia, que se había mantenido como protectora del statu quo social a pesar de su doctrina social, descubrió con ocasión del Concilio Vaticano II (1962-1965) los problemas del subdesarrollo. Entre porciones del

clero cobró importancia la justicia social y la lucha contra la pobreza, que tomaron forma por primera vez durante la conferencia de obispos latinoamericanos de 1968 con la fórmula de la “opción preferencial por los pobres”, que se volvió activa en los barrios desfavorecidos de la ciudad y el campo. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez acuñó para esto el concepto de Teología de la Liberación. De manera similar a la Teoría de la Dependencia, los teólogos de la Liberación se preocuparon por los problemas contemporáneos. Entre algunos sacerdotes fue evidente su cercanía a la izquierda revolucionaria, como fue el caso del colombiano Camilo Torres, quien se unió a la guerrilla armada. Por ello mismo se mantuvo la oposición hacia la Teología de la Liberación en el seno de la Iglesia católica.

La violencia fue uno de los conceptos en torno a los cuales giraron las doctrinas de los teóricos de la Dependencia y de los teólogos de la Liberación. Conceptos como violencia “estructural” e “institucional”, que se desprendían de la situación socioeconómica dominante, jugaron un papel decisivo en las discusiones. Para las voces más radicales de la izquierda política, que ganaron importancia en la década de los sesenta debido al discurso revolucionario de Cuba, la única respuesta posible era la contraviolencia. Puesto que resultaron vacuas las estrategias adoptadas por los partidos comunistas para provocar la caída del sistema político, se vivió en esta década un renacimiento de la guerrilla, que tenía una larga tradición desde la lucha por la independencia.

Durante este periodo, Latinoamérica se convirtió en el continente revolucionario por excelencia ante los ojos extranjeros. Ciertamente se desencadenaron revoluciones

que provocaron profundas transformaciones en el sistema político y en la estructura social. Común a todos era la orientación antiimperialista, anticolonialista y, con salvedades, anticapitalista, que floreció junto con un fuerte nacionalismo. Muchos de estos intentos fracasaron en el contexto de la Guerra Fría, en el que los Estados Unidos desempeñaron un papel poco honroso al apoyar sangrientas dictaduras siempre y cuando le parecieran útiles en su lucha contra el comunismo.

Se inició con Bolivia, un país que contaba con un porcentaje demográfico altamente indígena y que resultaba profundamente “subdesarrollado” para los parámetros occidentales. Las oligarquías dominantes habían caído en el descrédito tras la derrota de la Guerra del Chaco contra el pequeño vecino de Paraguay. Con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) apareció en los años cuarenta una oposición nacionalista. En 1951 se intentó despojar al MNR del triunfo en las elecciones, pero, liderado por Víctor Paz Estenssoro, el MNR recuperó el gobierno al año siguiente y nacionalizó los yacimientos de materia prima y dispuso una reforma agraria y electoral. Sin embargo, se perdió pronto el impulso revolucionario a causa de las disputas en el seno del propio MNR. Ante las actividades guerrilleras, que aumentaron durante las décadas de los sesenta y los setenta, los militares de distintas convicciones políticas se convirtieron en elementos definitorios de la política boliviana.

Si los Estados Unidos se involucraron en el ocaso de la revolución boliviana, en Guatemala tomaron un papel más activo. El presidente Jacobo Árbenz estableció a par-

tir de 1951, entre otras cosas, una reforma agraria que perjudicó a los productores estadounidenses de plátanos. En cuanto convocó a miembros del Partido Comunista a su gabinete, Washington lo consideró un instrumento del comunismo internacional. Por lo tanto, la CIA coordinó un ataque en 1954 que interrumpió abruptamente el proceso reformativo.

Los Estados Unidos no tuvieron éxito contra Cuba, el país que entre 1898 y 1958 había sentido el influjo norteamericano como ningún otro. A principios de 1959 se impuso con su movimiento revolucionario Fidel Castro, quien había combatido al corrupto dictador Fulgencio Batista con ayuda de una pequeña tropa guerrillera después de su desembarco en 1956. En la primera fase democrática de la Revolución se activaron numerosas medidas reformativas. Bajo la impresión de la amenaza norteamericana, que llegó a su punto máximo en el fracasado intento de invasión en la Bahía de Cochinos en 1961, Castro dio un vuelco e imprimió a la Revolución un carácter socialista. Sin embargo, el camino de la Cuba comunista fue único, puesto que el poder político no se concentró en un partido sino en la persona del carismático líder máximo, Fidel Castro. Tampoco estuvieron exentas de conflicto las relaciones con la Unión Soviética.

La Revolución cubana tuvo, adentro y afuera de Latinoamérica, una enorme irradiación y se convirtió en un mito, en parte gracias también al fiel acompañante de Castro, Ernesto Che Guevara. Creó un clima de estallido revolucionario que benefició a la izquierda en muchos países latinoamericanos. En Chile, Salvador Allende, un político

socialista, llegó al poder en 1970 mediante elecciones democráticas, en busca del “camino chileno hacia el socialismo”. Su experimento concluyó tres años más tarde cuando el ejército, bajo el influjo de una masiva crisis económica, organizó un golpe de Estado y el presidente Allende se quitó la vida.

A finales de los años setenta, la Revolución en Nicaragua volvió a ser el centro del interés mundial. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), llamado así en honor al héroe nacional de los años veinte, derrocó en 1979 a la dictadura de Anastasio Somoza. También en este caso se implantaron reformas revolucionarias, aunque la Revolución sufrió resistencia. De manera similar a lo acontecido en el Chile de Allende, los Estados Unidos atacaron con el recurso del boicot económico. Además, Washington apoyó a los contras, quienes emprendieron a partir de 1982 una sangrienta guerra civil que arrastró a grandes porciones de Centroamérica a la miseria. Los sandinistas, diezmados por el conflicto, dilapidaron en el transcurso de los años ochenta la confianza que se había depositado en ellos.

Al igual que en Cuba, donde los ideales revolucionarios habían sido traicionados por el propio Castro, también en otros lados fueron evidentes los límites de las revoluciones, aunque por razones diferentes. Incluso en México, el país de la “revolución institucionalizada”, estos límites resultaron evidentes para un amplio público internacional en 1968, cuando el gobierno disparó brutalmente en contra de algunos estudiantes para presentarse ante el mundo como un país en vías de desarrollo prometedor con ocasión de ser el primero en Latinoamérica que hospedaba los Juegos Olímpicos.

A pesar de todo, Latinoamérica tuvo en este periodo un papel dominante en el mundo gracias a sus movimientos revolucionarios. Los intelectuales de izquierda de los países industrializados se apropiaron de los esfuerzos latinoamericanos para la confección de sus propias teorías y para su activismo político, lo cual puede observarse en el movimiento estudiantil europeo de los años sesenta. El descubrimiento del tercer mundo mediante la ayuda al desarrollo estatal proveniente de oriente y occidente, y a través del movimiento de solidaridad no estatal, empujó a Latinoamérica hacia el epicentro del interés mundial.

Los Estados Unidos respondieron con intervenciones pero también con la ejecución del gran programa de la Alianza para el Progreso. La Unión Soviética se esforzó por auxiliar a los movimientos revolucionarios apoyando a Cuba, y por construir su propia posición en el “patio trasero de los Estados Unidos”, lo que condujo en octubre de 1962, durante la crisis cubana, a una seria amenaza con una posible guerra atómica. El subcontinente se convirtió en escenario de guerras de representación de las potencias mundiales. Al mismo tiempo surgieron desde Latinoamérica, y especialmente desde Cuba, impulsos importantes en favor de una “tercera vía” anticolonial, sita entre el capitalismo y el comunismo, que culminaron en las operaciones militares cubanas en África, así como en el movimiento tricontinental, conformado por los representantes revolucionarios de África, Asia y Latinoamérica.

La fase revolucionaria comenzó a decaer a mediados de los años sesenta. En primer lugar fue responsabilidad del ejército, que en la mayoría de los países sudamericana-

nos organizó golpes de Estado. Brasil comenzó en 1964 y siguieron después Perú (1968), Bolivia (1971), Ecuador (1972), Chile (1973), Uruguay (1976) y Argentina (1976). También en los países centroamericanos de El Salvador, Honduras, Guatemala y Panamá el ejército gobernó relativamente mucho tiempo y de manera sangrienta. En términos generales, los golpistas justificaron su actuación con el incumplimiento de los políticos ante los problemas económicos y sociales. En el caso de Perú y de Ecuador, las autoridades emprendieron en un primer momento programas de reforma social, pero los frenaron las fuerzas de derecha. Las juntas militares de derecha que se hicieron del poder señalaron la amenaza a la seguridad interna a manos de la subversión comunista, manifiesta en el ascenso de la guerrilla, cuyos bombazos y secuestros sacudieron a la opinión pública. Con la Doctrina de la Seguridad Nacional y la mentalidad militar se instauró un efecto anticomunista más fuerte, propagado por los Estados Unidos.

Las dictaduras militares se distinguieron de los regímenes del siglo XIX y de inicios del siglo XX. La mayoría no colocó a un caudillo en su núcleo, sino que los comandantes de las distintas corporaciones se dividieron el poder y conformaron una junta. Algunas excepciones, como Alfredo Stroessner en Paraguay (1954-1989), confirman la regla. Más tarde pudo caerse en la personalización del poder, como en el caso del chileno Augusto Pinochet. En términos generales, los regímenes utilizaron el terror de Estado contra la oposición política. La represión cobró una nueva dimensión debido a las violaciones a los derechos humanos, a la tortura y a la red transnacional de servicios

secretos de la Operación Cóndor. Expulsó a muchos latinoamericanos al exilio y mantuvo el interés mundial en el subcontinente.

Otra característica común de las dictaduras militares fue la pretensión política que legitimó la mayor parte de la violencia. Se siguieron planes para reestructurar los Estados, la economía y la sociedad, para lo cual el ejército se presentaba casi como ultrapartidista y como la instancia interesada exclusivamente en el bien de la nación. Con este objetivo se reclutaron en todos lados élites tecnocráticas que transformaron la economía y los sistemas de seguridad social bajo signos neoliberales. Las inversiones extranjeras, que durante mucho tiempo habían sido vistas con malos ojos, volvieron a buscarse de manera estratégica. A pesar de la retórica neoliberal, el Estado, bajo el control del ejército, conservó importantes prerrogativas de intervención. A pesar de que las dictaduras militares pudieron demostrar, en distintos momentos, éxitos contundentes, no pudieron encontrar la salida de la crisis estructural que habían prometido. La época de los militares caducó en los años ochenta.

También la vida cultural tuvo profundos cambios. A pesar de los mecanismos de opresión surgieron grupos demográficos cada vez más amplios. La riqueza étnica y cultural se colocó en el centro del interés y se consideró, como nunca antes, un elemento positivo. La revaloración de lo propio iba acompañada de un rechazo crítico ante lo europeo y lo estadounidense. La producción cultural de Latinoamérica cobró una atención mundial nunca sin parangón.

Ya a principios del siglo xx, la herencia indígena y las formas de expresión cultural de las clases sociales no

privilegiadas habían alcanzado un nuevo aprecio. Con el rechazo de los estándares culturales occidentales, el arte y la literatura se volvieron hacia sus raíces africanas, que parecían ofrecerles a los artistas jóvenes los símbolos míticos que buscaban. Con esto se transformó también el concepto de cultura, influenciado por Cuba. En Latinoamérica se habían constituido nuevas formas culturales híbridas a causa de las corrientes migratorias, según la teoría de la “transculturación” del etnólogo cubano Fernando Ortiz.

La estima mundial se debía en parte al éxito de artistas y autores que siguieron la tendencia de enfatizar los elementos surrealistas. Un ejemplo de ello fue el realismo mágico del Nobel colombiano Gabriel García Márquez, quien, junto con el mexicano Carlos Fuentes y el peruano Mario Vargas Llosa, desencadenó un auténtico *boom* de la literatura latinoamericana.

A esto se añadió el elemento novedoso de la cultura de masas de corte norteamericano que se expandió con asombrosa rapidez. El concepto de cultura, que la oligarquía había definido durante mucho tiempo en el sentido de “alta cultura”, experimentó una expansión esencial que se volvió aún más profunda después de 1945. Era parte de un proceso de democratización en el que lo “popular” perdió su connotación negativa. Muchos grupos demográficos hasta entonces marginalizados en distintos países pudieron integrarse al mercado y a la cultura nacionales mediante la urbanización y las reformas educativas. En paralelo a esto se estableció a partir de 1945 la revolución mediática y de comunicación, que poseyó desde un inicio un elemento transnacional a causa de su fuerte impronta estadounidense.

Además del cine y la radio, la televisión se convirtió a partir de los años sesenta en otro medio masivo de comunicación. Su expansión fue relampagueante y acompañó los progresos de los países industrializados. También en Latinoamérica, la televisión influyó señaladamente en la vida cotidiana.

Los esfuerzos por fomentar la cultura nacional arrojaron durante mucho tiempo poco fruto, pero esto cambió a partir de 1960 debido a distintas razones. Por un lado, los militares sometieron a los medios bajo su control, como sucedió en Brasil, lo que en este caso propició el surgimiento del gigante televisivo transnacional tv Globo, que muy pronto inundó toda Latinoamérica con las telenovelas. Los regímenes militares perseguían objetivos cultivo-políticos, para lo cual apoyaban formas supuestamente tradicionales del folclor en música y baile. Además del combate contra la corrupción de los valores morales, se estableció como objetivo la regresión de la influencia de la cultura de masas estadounidense. Sin embargo, fracasaron los proyectos cultivo-políticos de los militares por no ser suficientemente atractivos y por oponerse, más allá del ámbito económico, a la lógica neoliberal del libre mercado, cuyas ideas fundamentales se volvían cada vez más fuertes. Con el despliegue de la sociedad de consumo y la propagación de los radios y los televisores, incluso en los barrios pobres, cada vez más personas pudieron acceder a los mensajes de la industria cultural.

Por otro lado, el clima revolucionario de los años sesenta propició un cambio profundo en la concepción de la cultura. Ya no se le consideró una esfera independiente sino un ámbito altamente politizado. De acuerdo al espí-

ritu de la época, los críticos diagnosticaron un imperialismo cultural que fungía como correlato del imperialismo económico y político. En el nivel cultural, la consecuencia fue que el centro de los países periféricos impuso la cultura comercial de masas en favor de la mentalidad de consumo capitalista. Fue especialmente importante la transferencia de concepciones, conductas y estilos de vida que aparentemente operaban en favor de la homogeneización, la parálisis y el aislamiento político. Conforme a esta manera de pensar, la industria cultural imperialista hurtó su cultura a los países subdesarrollados de la misma manera como el imperialismo económico se había apropiado de su materia prima.

Se consideró un peligro especial la dinámica expansionista —basada sobre la conciencia de que sus propios parámetros de valores son universales— inherente al imperialismo cultural. En consecuencia, los medios transnacionales promovieron la sociedad de consumo de corte occidental y, así, debilitaron a los países periféricos de Latinoamérica. Los artistas e intelectuales de toda Latinoamérica adoptaron una forma de pensar antiimperialista que se dirigió principalmente contra los Estados Unidos. Partiendo desde Cuba, lo anunciaron con apoyo de numerosos y prestigiosos europeos en un sinnúmero de manifiestos. Sin embargo, la crítica al imperialismo cultural se evidenció cada vez más como doctrinaria. A los disidentes se les acusaba de traición a la Revolución. En cuanto los intelectuales debieron huir de Cuba, como en el caso del escritor Guillermo Cabrera Infante, la diatriba contra el imperialismo cultural perdió adeptos lenta pero consistentemente.

En el transcurso de los años ochenta, esto se volvió evidente con el advenimiento de las nuevas teorías culturales latinoamericanas. Principalmente con la crítica a la concepción del receptor pasivo de la cultura de masas —quien no tenía posibilidad alguna de influencia sobre los productos previamente dados— se efectuó un cambio de paradigma en el debate en torno al concepto de cultura. De esta manera se argumentó que los receptores no podían controlar los medios, pero que le otorgaban un sentido social y cultural al mensaje, y que, con ello, participaban en el proceso de construcción del sentido cultural en tanto sujetos autónomos con intereses legítimos. Al abrirse la cultura aparecieron nuevas posibilidades de participación y se nivelaron las concepciones de la alta cultura y de la cultura de masas. Al mismo tiempo se liberó la idea tradicional de la esencia de una cultura nacional. Aunque se reconoció como problema la homogeneización internacional de la cultura y, con ello, el aplanamiento de las diferencias culturales, se mantuvo la opinión de que se trataba de un proceso de apropiación cultural creativo que conduciría a formas híbridas de cultura.

El nuevo concepto de cultura de ninguna manera permeó en todos lados. Se mantuvo la idea de una amenaza extranjera y la búsqueda de lo propio. Se escondía detrás la idea de las culturas monolíticas, que se erguían irreconciliables entre sí y que se combatían. Además, con frecuencia se distinguía entre la cultura de masas, de connotación negativa, y la cultura nacional, de connotación positiva, que se volvía preferencia ideológica, ya fuera del pueblo o de las élites. Estas ideas se encontraban en la base de la crítica

al imperialismo cultural, pero también de los conceptos de cultura tradicionales y elitistas. Hacia el final de la Guerra Fría se cobró conciencia de que las culturas eran una fuente de fuerza para el continente sembrado de crisis.

En las décadas entre 1945 y 1990 se llevó a cabo el desarrollo histórico de Latinoamérica bajo la sombra de la Guerra Fría. Durante este periodo, los países del subcontinente siguieron su propio camino hacia la modernidad, con repercusiones para otras regiones del mundo. Sin embargo, después de la segunda Guerra Mundial los proyectos de desarrollo planteados con gran optimismo encontraron pronto sus propios límites. A causa de los continuos fracasos, éste fue un periodo de esperanzas decepcionantes. Permanecieron irresueltos muchos problemas estructurales, como la desigualdad social, y surgieron otros nuevos, como el crecimiento demográfico y la urbanización. Sin embargo, Latinoamérica no fue, en este sentido, la excepción.

## LOS RETOS DE LA NUEVA GLOBALIZACIÓN

La ruptura histórica mundial alrededor de 1990 se hizo notar también en Latinoamérica. El final de las últimas dictaduras militares trajo consigo un corte profundo. La superación de las contradicciones de los bloques desencadenó la euforia y cuestionó la política de desarrollo que se había mantenido hasta entonces. La desaparición del “primer y segundo mundos” significó, para la discusión en torno a la política de desarrollo, el desvanecimiento de la concepción del “tercer mundo”. Por supuesto que esto no significó que los problemas que habían acongojado a Latinoamérica se hubieran desvanecido. Por el contrario, en lo sucesivo habrían de crecer la desigualdad y las diferencias entre los continentes y también hacia el interior.

La redemocratización de Latinoamérica es, sin duda, el elemento donde se vuelve más evidente el carácter de ruptura de 1989-1990. Así como los regímenes militares eran tan dispares a pesar de ciertas similitudes concretas, así fueron también diversos sus finales. Ecuador comenzó el tránsito hacia la democracia en 1979. Los demás países se unieron a este proceso cuando Alfredo Stroessner (1989), en Paraguay, y Augusto Pinochet (1990), en Chile, dos

de los dictadores más aferrados, permitieron el cambio de poder hacia el final de la década. En el panorama general se dio también el hecho de que en 1990 Nicaragua tuvo elecciones que costaron el gobierno a los sandinistas. En México no fue sino hasta el año 2000 cuando llegó a su fin el gobierno unipartidista del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por el contrario, en Cuba se ha mantenido el régimen comunista hasta hoy.

La tendencia democratizadora se registró en el amplio territorio del final del conflicto entre oriente y occidente, y en Centroamérica llegó a ser incluso condición para la terminación de un conflicto regional que había ocasionado más víctimas que todas las dictaduras militares sudamericanas juntas. El motivo decisivo para el derrocamiento de las dictaduras fue la protesta interna, cada vez mayor, contra los militares que habían fracasado en sus proyectos de reforma. La población en los países afectados no estaba en condiciones de tolerar la represión. El levantamiento se dio en torno a los familiares de las víctimas de las violaciones de los derechos humanos, quienes desde hacía bastante tiempo se consideraban expuestos a las persecuciones del régimen. Recibieron apoyo por parte de la Iglesia católica, y el público internacional también desempeñó un papel importante.

El paso a la democracia no fue una ruptura revolucionaria. En la mayoría de los países sudamericanos, la abdicación de los dictadores marcó el inicio de un proceso de apertura ya previsto. En muchos casos, los antiguos gobernantes se aseguraron de retener derechos especiales que eclipsaron la redemocratización como precio por su apartamiento. Les importaba particularmente la impunidad.

Argentina fue una excepción, ya que los militares debieron abandonar apresuradamente el poder en 1983, después de que se hubieran desacreditado a causa de la derrota en la Guerra de las Malvinas contra Gran Bretaña un año antes. De inmediato se estableció una Comisión de la Verdad que en 1984 presentó su informe y que se volvió modelo para muchos otros países. Sin embargo, en Argentina tampoco se llevó a cabo una persecución exhaustiva de los responsables sino que, igual que en otros sitios, se impusieron leyes de amnistía que provocaron una fuerte oposición. La política sobre el pasado y el análisis jurídico de lo acontecido siguen siendo hoy problemáticos.

Después del final de la Guerra Fría surgieron alianzas entre antiguos adversarios. En muchos lugares, las élites tradicionales pudieron conservar su primacía sobre las resquebrajaduras del sistema, en tanto que ganaron para sí a personajes dominantes de los movimientos guerrilleros o incluso a antiguos militares. Los Estados que han sido dominados por estas élites han perdido notoria importancia y fuerza creadora en el contexto de la nueva globalización. Aunque esto no es válido exclusivamente para Latinoamérica, sí lo es en una medida especial, pues en esta región el Estado ya estaba bastante debilitado a causa de la herencia de las dictaduras y de las guerras civiles.

La debilidad del Estado empeoró a raíz de la problemática situación económica. Los observadores han señalado, con razón, que la redemocratización sorprendió a Latinoamérica por haber ocurrido bajo condiciones económicas precarias. El final de la Guerra Fría trajo consigo a nivel mundial el final del centralismo estatal y de las reformas

estructurales de la economía de mercado. Algunas organizaciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, dictaron las nuevas condiciones para Latinoamérica. Los elementos centrales del programa de reforma, conocido como “Consenso de Washington”, fueron el repliegue del Estado mediante la desregulación de la vida económica, la privatización de las empresas estatales, el retorno de la inversión extranjera y la reducción del gasto público.

Entre los procesos importantes de esta fase se cuenta la liberalización del comercio extranjero. Como consecuencia se presentó un intercambio comercial más robusto entre los países latinoamericanos y con otras regiones del mundo, lo que, por ejemplo, se refleja en una nueva disposición hacia el oriente, especialmente hacia China. Algunos países tuvieron éxito al buscar su sitio en los mercados globalizados gracias a los nuevos productos de exportación. Más aún, la liberalización fomentó los esfuerzos de integración económica regional, por ejemplo, en 1991 el Mercado Común del Sur (Mercosur), conformado por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, o en 1994 el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), entre Canadá, los Estados Unidos y México. A causa del aumento en los precios de la materia prima y de la demanda desde Asia, los indicadores económicos fueron, por momentos, realmente positivos. Sin embargo, hubo continuos retrocesos, como la crisis financiera de México en 1994 y, sobre todo, el colapso económico de Argentina en 2001-2002. La deuda y una inflación galopante siguieron siendo problemas estructurales de muchas economías latinoamericanas, a pesar

de que, sobre todo México y Brasil, han recuperado peso económico-político a nivel internacional.

Si el neoliberalismo fue característico desde una perspectiva económica durante las décadas posteriores a 1989-1990, desde el punto de vista político lo fue el neopopulismo, que va desde Carlos Menem, en la Argentina (1989-1999), hasta Hugo Chávez, en Venezuela (1999-2013). Muchos partidos tradicionales se desacreditaron con su participación en las dictaduras o fueron afectados por el debilitamiento del Estado. Este punto de partida favoreció el surgimiento de nuevos partidos políticos, que encontraron aceptación entre los electores a causa de su crítica profunda a los políticos. Los neopopulistas entendieron que debían escenificarse como fuertes personalidades de liderazgo y como una alternativa a la democracia de partidos. Algunos de los nuevos caudillos se beneficiaron de su cercanía con el pueblo, por provenir de clases sociales no privilegiadas. También los antiguos movimientos liberacionistas de Centroamérica resultaron favorecidos por la nueva orientación de la política y se transformaron en partidos, que, por ejemplo en Nicaragua, tienen nuevamente responsabilidad de gobierno. El triunfo electoral del candidato sandinista Daniel Ortega en 2006 fue parte del éxito de numerosas elecciones en 2005-2006, que en los medios con frecuencia se ha interpretado como un “viraje hacia la izquierda”. Sin embargo, una observación más cuidadosa deja ver que esta “izquierda” pertenece a corrientes políticas bastante diferentes en los distintos países.

La nueva globalización ha transformado desde 1989-1990 la situación de los problemas sociales, que a menudo

tienen profundas raíces históricas. Las migraciones, por ejemplo, han experimentado una nueva orientación. Una cantidad cada vez mayor de latinoamericanos es atraída, generalmente por razones económicas, hacia los países ricos del norte, especialmente hacia los Estados Unidos. Latinoamérica, que alguna vez fue el continente de la inmigración, es hoy en día la región del mundo con el índice más alto de emigrantes. También en el interior del subcontinente han cristalizado nuevos procesos migratorios en países económicamente más exitosos.

Los movimientos migratorios han desencadenado múltiples transformaciones sociales y han modificado las regiones de origen y de destino. Los latinoamericanos representan el grupo migratorio más grande en los Estados Unidos, de manera que hoy se discute ampliamente su “latinoamericanización”. Los migrantes mantienen relación con su lugar de origen y sus remesas representan importantes ingresos económicos, sobre todo para Centroamérica y el Caribe. Las migraciones alteran estilos de vida y valores fundamentales, lo que, por ejemplo, se advierte en el aumento de comunidades religiosas evangélicas de corte estadounidense a costa de la Iglesia católica, aun cuando ha causado euforia la elección del argentino Jorge Mario Bergoglio como primer papa latinoamericano. En las migraciones se manifiestan las contradicciones de la globalización puesto que muchos países receptores se resguardan, de manera que los migrantes se ven obligados a la ilegalidad y, así, la migración se vuelve una operación peligrosa.

La inseguridad y la violencia son factores centrales en la vida cotidiana de la mayoría de la población —aún no

privilegiada— de Latinoamérica. Las dos décadas desde la ruptura política no han bastado para el advenimiento del cambio social esperado, sino que la desigualdad social ha crecido en muchos lugares desde 1989-1990. En un comparativo mundial, los Estados latinoamericanos ocupan los últimos sitios. Sufren rezagos países fuertes en lo económico como Argentina, México, Chile y, sobre todo, Brasil. Los problemas estructurales, por ejemplo, la repartición inequitativa de la tierra, persisten en estos países. El sector informal ha crecido aún más; la desregulación crea relaciones laborales que recuerdan a formas de la esclavitud hace mucho superadas. Un mar de pobreza rodea la isla de la riqueza de los centros comerciales y de barrios amurallados, que ofrecen seguridad privada. La miseria queda robustecida por la explotación irresponsable del medio ambiente y por las catástrofes naturales, como el devastador terremoto de Haití en enero de 2010. La pobreza y las diferencias crecientes entre ricos y pobres son, por lo tanto, problemas centrales del subcontinente, como lo muestran las recientes manifestaciones en Brasil en el marco de la Copa Mundial de fútbol o las protestas universitarias en Chile.

La violencia se refleja en distintos niveles y cada vez es más difusa. Una tendencia general es el traslado evidente de la violencia política de los años setenta y ochenta hacia la violencia social, que en parte se debe a las consecuencias negativas de la política reformativa de corte neoliberal. La herencia de las dictaduras militares y de las guerras civiles está aún presente en muchos países. Colombia, el país de la violencia proverbial, es un ejemplo extremo. En este

país, al igual que en otros lados, la criminalidad de la droga ha generado espacios al margen de la ley que no obedecen a las fronteras nacionales. Especialmente el crimen organizado representa una grave amenaza. Por ejemplo, en Centroamérica existen violentas pandillas de jóvenes que causan enormes problemas para los países débiles de la región. De esta manera, la seguridad se ha convertido en un bien más escaso que nunca antes, que pone en jaque la gobernabilidad.

A nivel mundial, la globalización ha provocado un cuidado de lo local, una revitalización de las identidades tradicionales. En Latinoamérica, la aparición de los nuevos movimientos indigenistas es expresión de estas tendencias. Dichos movimientos muestran, por un lado, la importancia creciente de la sociedad civil, después de que la consolidación de las democracias jóvenes haya posibilitado la pluralidad de los actores sociales. El surgimiento de los movimientos indígenas es —así lo evidenció, por ejemplo, el levantamiento neozapatista en 1994 como respuesta a la participación de México en el TLCAN—, por un lado, una reacción ante los efectos secundarios negativos de la nueva globalización. Por otro lado, ésta ha creado condiciones especialmente favorables para su propio éxito.

En 1992, con el interés mediático en torno a los festejos por el quingentésimo aniversario del descubrimiento y conquista de América, las exigencias de los indígenas por la tierra y por el reconocimiento de su autonomía cultural se volvieron el núcleo de atención del público internacional. El cambio deseado desde entonces se ha visto reflejado en reformas constitucionales que garantizan los derechos de la

población indígena. En Bolivia llegó al poder un político indígena, Evo Morales, quien encarna dicho cambio. Sin embargo, los problemas bolivianos, que han arrastrado a la nación hasta el borde del desmoronamiento estatal, muestran que este proceso sigue siendo una lucha no acometida. Las altas expectativas de los movimientos indígenas no han sido del todo satisfechas todavía. En especial, la tendencia peyorativa de grandes porciones de la población latinoamericana ante los indígenas no se ha transformado suficientemente como para permutar la injusticia fundamental que existe desde hace más de 500 años.

En las décadas posteriores a 1990, Latinoamérica ha sido constantemente marcada por los efectos de la nueva fase de la globalización y se encuentra en medio de sus dinámicas. Es parte del aceleramiento y de la densificación del entramado social entre los continentes. Las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales han experimentado en los últimos años un fuerte cambio, a pesar de que siguen existiendo muchos problemas estructurales en apariencia inmutables. Para numerosos observadores extranjeros, esto ha suscitado la impresión de ser un continente en crisis permanente, en el que poco ha cambiado a lo largo de sus casi 200 años de independencia. Como explicación de esto recién se han esgrimido continuas explicaciones: Latinoamérica definitivamente no está en condiciones de derrotar a la miseria a causa de sus máculas culturales y de su herencia ibérica. Las estimaciones de este tipo no sólo son ahistóricas, sino que ignoran también la autonomía y las diferencias de desarrollo en el interior de la región. Quien quiera entenderlo debe conocer la historia de Latinoamérica.



## DATOS BÁSICOS SOBRE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

anterior a 12500 a.C.	Migración humana hacia América
alrededor de 12500 a.C.	Asentamiento de Monte Verde
alrededor de 11500 a.C.	Herramientas de piedra y puntas de flecha de la cultura de Clovis
hasta 8000 a.C.	Periodo paleoindio
8000-2000 a.C.	Sedentarización
2000-200 a.C.	Antiguas culturas (olmecas, Chavín)
200 a.C.-900 d.C.	Culturas clásicas (Monte Albán, Teotihuacan, mayas, moches, Tiahuanaco, huaris)
alrededor de 1000 d.C.	Esplendor de Tollan y Chichén Itzá
1200-1500 aproximadamente	Reinado de Mayapán en Yucatán
1200-1465 aproximadamente	Chimú
1325 aproximadamente	Inicio de la expansión del Imperio azteca
1430 aproximadamente	Inicio de la expansión del Imperio inca
1492	Colón atraca en Guanahaní
1494	Tratado de Tordesillas
1500	Cabral en la costa brasileña

1502-1519	Reinado de Moctezuma II
1503	Establecimiento del sistema de la encomienda
1505	Primeros esclavos africanos en La Española
1507	Invencción del nombre “América”
1511	Fundación de la Audiencia de Santo Domingo
1513	Vasco Núñez de Balboa en el Pacífico Requerimiento del jurista real Palacios Rubios
1519-1521	Conquista del reino azteca por Hernán Cortés
1519-1522	Primera circunnavegación por Fernão de Magalhães
1527-1532	Guerra de sucesión entre Atahualpa y Huáscar
1531-1533	Francisco Pizarro conquista el reino inca
1532	Transición hacia la colonización por asentamientos en Brasil
1535	Erección del virreinato de la Nueva España
1535-1538	Pedro de Mendoza en la zona del Río de la Plata
1540-1553	Pedro de Valdivia en Chile
1541-1542	Viaje de Francisco de Orellana por el Amazonas
1542	<i>Leyes Nuevas</i> de Carlos V
1543	Erección del virreinato de Perú

1549	Administración central el São Salvador da Bahia
1564	Introducción del sistema de flotas
1567	Expulsión de los franceses de Brasil
1569-1581	Virrey Francisco de Toledo en Perú
1572	Ejecución del último inca, Túpac Amaru
1573	Introducción del galeón de Manila
1580-1640	Unión dinástica de las Coronas española y portuguesa
1609	Primeras reducciones jesuitas en Paraguay
1615	Guamán Poma de Ayala, <i>Nueva Crónica</i>
1628	Piet Hein captura la flota de plata novohispana
1630-1654	Holandeses en Brasil
1655	Ingleses en Jamaica
1697	Paz de Rijswijk: Santo Domingo para Francia
1700	Los Borbones en España
1717	Erección del virreinato de Nueva Granada
1756-1777	Reformas ilustradas por parte del Marquês de Pombal
1759-1788	Política de reforma bajo el reinado de Carlos III
1763	Río de Janeiro se vuelve capital

1767	Expulsión de los jesuitas de Hispanoamérica
1777	Erección del virreinato del Río de la Plata
1780-1781	Levantamiento de Túpac Amaru II en Perú
1780-1783	Revolta de los comuneros en Nueva Granada
1789-1804	Revolución e independencia de Haití
1799-1804	Viaje americano de Alexander von Humboldt
1807-1808	Huida de la corte portuguesa a Río de Janeiro
1808	Napoleón en España
1810	Cortes de Cádiz
1810-1826	Guerras independentistas en Hispanoamérica
1812	Constitución de Cádiz
1815	Brasil y Portugal constituyen el Reino Unido de Brasil, Portugal y Algarve
1822	Imperio independiente en Brasil
1823	Doctrina Monroe
1826	Congreso de Panamá Inicio de la primera crisis crediticia en Latinoamérica
1829-1852	Juan Manuel Rosas, caudillo de la zona de La Plata
1830	Muerte de Bolívar y disolución de la Gran Colombia
1846-1848	Guerra mexicano-estadunidense

1856-1857	William Walker en Nicaragua
1862	Reunificación definitiva de Argentina
1862-1867	Franceses en México: Imperio de Maximiliano I
1864-1870	Guerra de la Triple Alianza
1868-1878	Diez años del levantamiento en Cuba contra España
1876-1911	Presidencia de Porfirio Díaz en México (Porfiriato)
1879-1883	Guerra del Pacífico
1879-1885	“Conquista del desierto” argentino contra los indígenas
1888	Fin de la esclavitud en América (Brasil)
1889	Proclamación de la república en Brasil
1889-1890	Conferencia Panamericana en Washington
1891	José Martí: <i>Nuestra América</i>
1898-1899	Guerra cubano-hispano-estadunidense
1899-1902	Guerra de los Mil Días en Colombia
1903	Independencia de Panamá
1910-1920	Revolución mexicana
1919	Semana Trágica en Argentina
1924	Fundación del APRA peruano
1927-1934	Guerra de guerrillas de Sandino en Nicaragua
1928	Fundación del predecesor del PRI en México

1930-1935	Crisis económica mundial presente en Latinoamérica
1932-1935	Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay
1933	Política estadounidense de buena vecindad
1937-1945	<i>Estado novo</i> con Getúlio Vargas en Brasil
1946-1955	Presidencia de Juan Domingo Perón en Argentina
1948	Fundación de la CEPAL y de la OAS
1948-1963 aproximadamente	Época de violencia en Colombia
1952	Revolución del MNR en Bolivia
1954	Golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en Guatemala
1959	Triunfo de la Revolución cubana bajo Fidel Castro
1964-1984	Dictadura militar en Brasil
1968	Golpe de Estado militar en Perú por Juan Velasco Alvarado Masacre de Tlatelolco, en México
1970-1973	Salvador Allende en Chile
1973-1984	Dictadura militar en Uruguay
1973-1990	Dictadura militar en Chile
1976-1983	Dictadura militar en Argentina
1978-1993 aproximadamente	Cartel de Medellín activo en tráfico de cocaína
1979	Revolución en Nicaragua
1980-1992	Guerra civil en El Salvador Sendero Luminoso de corte maoísta en Perú

1982	Crisis crediticia en México
1987	Acuerdo de Esquipulas por la paz de Centroamérica
1991	Fundación de Mercosur
1992	Festejos por los 500 años del descubrimiento de América
1994	Levantamiento de los neozapatistas mexicanos
1999	Hugo Chávez alcanza la presidencia de Venezuela
2000	Derrota electoral del PRI en México
2001-2002	Colapso financiero de Argentina
2006	Evo Morales, primer presidente indígena de Bolivia
2008	Raúl Castro, jefe de Estado de Cuba
2009	Inicio de los festejos por el bicentenario de la independencia
2010	Fuertes terremotos destruyen Haití y Chile
2013	Elección del primer papa latinoamericano



## SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

De la inmensa literatura sólo pueden tomarse algunos pocos textos fundamentales, que muestran un foco geográfico amplio y que refieren a una literatura más extensa.

### MANUALES DE CONSULTA Y PANORAMAS GENERALES

- Bakewell, P., *A History of Latin America*, Malden 2004.
- Cambridge Economic History of Latin America*, 2 t., Cambridge 2006.
- Cambridge History of Latin America*, 11 t., Cambridge 1984-1995.
- Cambridge History of Native Peoples of the Americas*, Cambridge 2000.
- Carmagnani, M., *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, México 2004.
- Davis, D.B., *Inhuman Bondage: The Rise and Fall of Slavery in the New World*, Oxford 2006.
- Encyclopedia of Latin America History and Culture*, 6 t., Farmington Hills 2008.
- Galeano, E., *Las venas abiertas de Latinoamérica*, Siglo XXI 2009.

- General History of the Caribbean*, 6 t., París 1999-2004.
- González, J., y O. González, *Christianity in Latin America*, Cambridge 2008.
- Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, 3 t., Stuttgart 1992-1996.
- Hausberger, B., y G. Pfeisinger (eds.), *Die Karibik. Geschichte und Gesellschaft, 1492-2000*, Viena 2005.
- Hensel, S., y B. Potthast, *Lateinamerika-Lexikon*, Wuppertal 2013.
- Historia General de América Latina*, 9 t., París 1999-2006.
- Klein, H.S., y B. Vinson, *African Slavery in Latin America and the Caribbean*, Nueva York 2007.
- König, H.-J., *Kleine Geschichte Lateinamerikas*, Stuttgart 2006.
- Meissner, J., U. Mücke y K. Weber, *Schwarzes Amerika: Eine Geschichte der Sklaverei*, Munich 2008.
- Mörner, M., *Aventureros y proletarios: los emigrantes en Hispanoamérica*, Madrid 1992.
- Potthast, B., *Von Müttern und Machos: Eine Geschichte der Frauen Lateinamerikas*, Wuppertal 2003.
- Rehrmann, N., *Lateinamerikanische Geschichte*, Reinbek 2005.
- Rinke, S., G. Fischer y F. Schulze (eds.), *Geschichte Lateinamerikas vom 19. bis zum 21. Jahrhundert: Quellenband*, Stuttgart 2009.
- Stüwe, K., y S. Rinke (eds.), *Die politische Systeme Nord- und Lateinamerikas*, Wiesbaden 2008.
- Werz, N., *Lateinamerika: Eine Einführung*, Baden-Baden 2005.
- Zeuske, M., *Handbuch Geschichte der Sklaverei*, Berlín 2013.

## LA AMÉRICA PRECOLOMBINA

*Azteken*, Colonia 2003.

Grube, N. et al. (eds.), *Maya: Gottkönige im Regenwald*, Colonia 2000.

Haberland, W., *Amerikanische Archäologie*, Darmstadt 1991.

Julien, C., *Die Inka*, Munich 2001.

Köhler, U. (ed.), *Altamerikanistik*, Berlín 1990.

Meltzer, D., *First Peoples in a New World*, Berkeley 2009.

Prem, H.J., *Geschichte Altamerikas*, Munich 1989.

## ÉPOCA COLONIAL

Barral, Á., *Rebeliones indígenas en la América española*, Madrid 1992.

Bitterli, U., *Die Entdeckung Amerikas*, Munich 1999.

Brading, D., *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge 1991.

Burkholder, M., y L. Johnson, *Colonial Latin America*, Oxford 2001.

Edelmayer, F. et al. (eds.), *Die Neue Welt: Süd- und Mittelamerika in ihrer kolonialen Epoche*, Viena 2001.

Elliott, J.H., *Empires of the New World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven 2007.

Florescano, E. (ed.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México 1975.

- Guerra, F.-X., y A. Lemperière (ed.), *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México 1998.
- König, H.-J., *Die Entdeckung und Eroberung Amerikas*, Friburgo 1992.
- *et al.* (eds.), *Die Eroberung einer neuen Welt*, Schwalbach 2008.
- O'Phelan, S., *Rebellions and Revolts in Eighteenth Century Peru and Upper Peru*, Colonia 1985.
- Rinke, S., *Kolumbus und der Tag von Guanahani, 1492*, Stuttgart 2013.
- Román Gutiérrez, J.F. (ed.), *Las reformas borbónicas y el nuevo orden colonial*, México 1998.
- Romano, R., *Coyunturas opuestas: la crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México 1993.
- Russell-Wood, A.J.R., *The Portuguese Empire, 1415-1808*, Baltimore 1998.
- Weber, D., *Bárbaros. Spaniards and their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven 2005.

#### INDEPENDENCIA Y SIGLO XIX

- Adelman, J., *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton 2006.
- Andrews, G., *Afro-Latin America, 1800-2000*, Oxford 2004.
- Annino, A. *et al.* (eds.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX. De la formación del espacio nacional*, Buenos Aires 1995.

- Chust, M., y J.A. Serrano (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Fráncfort del Meno 2007.
- Earle, R., *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*, Durham 2007.
- Forment, C., *Democracy in Latin America, 1760-1900*, Chicago 2003.
- Geggus, D., y N. Fiering (eds.), *The World of the Haitian Revolution*, Bloomington 2009.
- Guerra, F.-X., *Modernidad e independencias*, México 1993.
- Lynch, J., *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford 1992.
- Malerba, J. (ed.), *A independência brasileira*, Río de Janeiro 2006.
- Marichal, C., *A Century of Debt Crises in Latin America*, Princeton 1989.
- Riekenberg, M., *Ethnische Kriege in Lateinamerika*, Stuttgart 1997.
- Rinke, S., *Revolutionen in Lateinamerika: Wege in die Unabhängigkeit, 1760-1830*, Munich 2010.
- Rodríguez, J., *The Independence of Spanish America*, Nueva York 1998.
- Sábato, H. (ed.), *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*, México 1999.

## SIGLOS XX Y XXI

- Albert, B., *South America and the First World War*, Cambridge 1988.

- Bernecker, W. *et al.* (eds.), *Lateinamerika 1870-2000*, Viena 2007.
- Conniff, L., *Populism in Latin America*, Tuscaloosa 1999.
- Cueva Perus, M., *Violencia en América Latina y el Caribe*, México 2006.
- Drake, P., *Between Tyranny and Anarchy: A History of Democracy in Latin America*, Stanford 2009.
- Gootenberg, P. (ed.), *Cocaine: Global Histories*, Londres 1999.
- Lewis, P., *Authoritarian Regimes in Latin America*, Lanham 2006.
- Loveman, B., *For la Patria: Politics and the Armed Forces in Latin America*, Wilmington 1999.
- Maldonado, A. *et al.* (eds.), *Revoluciones latinoamericanas*, Morelia 2006.
- McPherson, A., *Intimate Ties, Bitter Struggles. The United States and Latin America Since 1945*, Washington D.C. 2006.
- Melgar Bao, R., *El movimiento obrero latinoamericano*, México 1988.
- Miller, N., *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Londres 1999.
- Thorp, R. (ed.), *Latin America in the 1930s*, Oxford 1984.
- Tobler, H.-W., *Die mexikanische Revolution*, Fráncfort del Meno 1992.
- Vayssière, P., *Les révolutions d'Amérique latine*, París 2002.
- Wickham-Crowley, T., *Guerrillas and Revolution*, Princeton 1992.

## REGISTRO ONOMÁSTICO

- Alberdi, Juan Bautista, 111  
Alejandro VI, 36  
Allende, Salvador, 147, 148,  
172  
Almagro, Pedro de, 38, 39  
Alvarado, Pedro de, 38  
Árbenz, Jacobo, 146, 172  
Atahualpa, 38, 40, 41, 168  
Ayala, Guamán Poma de, 64,  
169
- Batista, Fulgencio, 147  
Bello, Andrés, 114  
Belalcázar, Sebastián de, 39  
Bergoglio, Jorge Mario (papa  
Francisco), 162  
Bilbao, Francisco, 115  
Bolívar, Simón, 84, 87, 89,  
90, 170
- Cabral, Pedro Álvares, 37,  
167  
Cabrera Infante, Guillermo,  
154
- Cárdenas, Lázaro, 132  
Cardoso, Fernando Henrique,  
144  
Carlos III, 71, 74, 169  
Carlos IV, 81  
Carlos V, 168  
Carranza, Venustiano, 122  
Carrera, Rafael, 97  
Castro, Fidel, 147, 148, 172  
Castro, Raúl, 173  
Chávez, Hugo, 161, 173  
Coligny, Gaspard de, 50  
Colón, Cristóbal, 9, 34, 35,  
36, 37, 42, 167  
Cortés, Hernán, 38, 168  
Cortés, Martín, 42  
Cromwell, Lord, 69  
Cruz, Juana Inés de la, 63
- Dessalines, Jean-Jacques, 80  
Díaz, Porfirio, 97, 121, 171
- Felipe V, 69, 71  
Fernando VI, 71

- Fernando VII, 81, 82, 83, 89  
 Fleury, Jean, 51  
 Fuentes, Carlos, 152  
  
 Gama, Vasco da, 37  
 García Márquez, Gabriel, 152  
 Gaspar, José, 85  
 Godoy, Manuel de, 81  
 Guevara, Ernesto Che, 147  
 Gutiérrez, Gustavo, 145  
 Gutiérrez de Piñeres, Juan  
     Francisco, 77  
  
 Habsburgo, Maximiliano  
     de, 113  
 Haya de la Torre, Víctor Raúl,  
     126  
 Hein, Piet, 65, 169  
 Henry VIII, 49  
 Hidalgo, Miguel, 83  
 Huáscar, 38, 168  
 Huayna Cápac, 29, 30, 38  
 Huerta, Victoriano, 121, 122  
 Huitzilopochtli, 27  
 Humboldt, Alexander von,  
     76, 170  
  
 Iturbide, Agustín de, 88, 89  
  
 João III, 50  
 João VI, 92  
 Juárez, Benito, 111  
  
 Las Casas, Bartolomé de, 45,  
     47  
 Leguía, Augusto, 129  
 López de Palacios Rubio,  
     Juan, 41  
 Luis XIV, 69  
  
 Madero, Francisco I., 121,  
     122  
 Magalhães, Fernão de, 37,  
     168  
 Manco Cápac, 29  
 Manco Inca, 39  
 Marco Polo, 34  
 Mariátegui, José Carlos, 125  
 Martí, José, 117, 171  
 Maximiliano I, 171  
 Mendoza, Pedro de, 39, 168  
 Menem, Carlos, 161  
 Mitre, Bartolomé, 102  
 Moctezuma II, 27, 40, 168  
 Monroe, James, 113  
 Morales, Evo, 165, 173  
 Morelos, José María, 83  
 Morillo, Pablo, 87, 88  
  
 Napoleón Bonaparte, 80, 81,  
     170  
 Núñez de Balboa, Vasco, 37,  
     168

- Orellana, Francisco de, 39, 168
- Orozco, José Clemente, 127
- Orozco, Pascual, 121
- Ortega, Daniel, 161
- Ortiz, Fernando, 152
- Pachacútec Inca Yupanqui, 29, 30
- Paz Estenssoro, Víctor, 146
- Páez, José Antonio, 87, 100
- Pedro I, 92
- Perón, Juan Domingo, 132, 172
- Pinochet, Augusto, 150, 157
- Pizarro, Francisco, 38, 39, 168
- Pizarro, Gonzalo, 42
- Pombal, Marquês de, 73, 74, 169
- Prebisch, Raúl, 139
- Quetzalcóatl, 25
- Richelieu, 68
- Rivera, Diego, 127
- Rodríguez de Francia, José Gaspar, 85, 97
- Rosas, Juan Manuel, 100, 170
- San Martín, José de, 87, 89, 90
- Sandino, Augusto César, 126, 171
- Sarmiento, Domingo Faustino, 111
- Somoza, Anastasio, 148
- Sonthonax, Léger Félix, 79
- Stroessner, Alfredo, 150, 157
- Sucre, Antonio José de, 90
- Toledo, Francisco de, 60, 169
- Torres, Camilo, 145
- Torres Caicedo, José María, 115
- Toussaint L'Ouverture, François Dominique, 80
- Túpac Amaru I, 39, 55, 169
- Túpac Amaru II, 77, 170
- Túpac Yupanqui, 29
- Valdivia, Pedro de, 39, 168
- Vargas, Getúlio, 132, 172
- Vargas Llosa, Mario, 152
- Vasconcelos, José, 127
- Velasco Alvarado, Juan, 172
- Vespucci, Amerigo, 37
- Villa, Francisco (Pancho), 121, 122
- Walker, William, 101, 171
- Zapata, Emiliano, 121, 122



*Historia de Latinoamérica. Desde las primeras  
culturas hasta el presente*

se terminó de imprimir en febrero de 2016  
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.

Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle,  
03100 Ciudad de México,

Portada: Enedina Morales.

Formación: Ángela Trujano López.

La edición estuvo al cuidado de Carlos Mapes  
bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones de  
El Colegio de México.

